



Estoy buscando a DIOS,
¿alguien lo ha visto?

LA CARACOLA

RELATO INVEROSÍMIL

Carlos Saura Garre

carlosaura06@terra.es

1

La única vez que vi al diablo acababa yo de cumplir los ocho años. Recuerdo que era una tarde de verano y mis padres, como otras veces, habían decidido que pasáramos el día en la playa del *Embarcadero*. La llamaban así por el viejo muelle de madera que se adentraba en el mar como un dedo esquelético, y en el que los domingos un hombre de rostro de sal y sol alquilaba su barca pintada de verde y blanco a quienes querían dar un paseo por las tranquilas aguas de la bahía. Papá nos había llevado más de una vez en aquella barca, y yo había disfrutado tumbado en la proa viendo cómo la quilla abría el mar impulsada por los fuertes brazos de mi padre. Fueron tardes inolvidables. Allí aprendí a amar el verdiazul

de la bahía, aquel mar que se alejaba hasta un misterioso horizonte y se perdía bajo el cielo en una lejanía inalcanzable.

Cerca de la orilla, y paralela a ella, una estrecha carretera separaba la playa de un par de viejos hoteles y algunos chalés que se alquilaban en verano. Pero la ciudad estaba a unos cinco kilómetros, y nosotros, como otras muchas familias, veníamos en coche a pasar el domingo. Si papá tenía vacaciones, cargábamos lonas, palos, cuerdas, colchonetas, mantas, bañadores, toallas, platos, servilletas, cuchillos, tenedores, y hasta un infiernillo de carbón, levantábamos una especie de tienda de campaña y pasábamos allí una semana como robinsones improvisados.

Aquel día era un domingo cualquiera.

Mientras mis padres y mi hermano disfrutaban del sol y del mar, me alejé por la orilla entre las rocas flanqueadas de arena buscando conchas y caracolas. El diablo tenía la apariencia de un viejecito con sombrero de paja y traje raído, sentado sobre una piedra y con los pies en el agua mientras fumaba un apestoso cigarro que nunca se quitaba de la boca. Me miró al verme llegar y me sonrió. Tenía una preciosa caracola entre las manos. Yo la miré un instante con envidia y él la tendió hacia mí, como si hubiera adivinado mis pensamientos.

La tomé emocionado y me la llevé a la oreja. Me habían contado que allí dentro se escuchaban los más misteriosos sonidos, pero nunca imaginé que fuesen tan asombrosos e indescriptibles.

-Es la voz de Dios- susurró inclinándose hacia mí, como quien revela un arcano misterio.

Yo estaba impresionado y a la vez confundido, ya que Dios era para mí un ser del que apenas sabía nada: en mi casa nunca se hablaba de él, y en la escuela aprendíamos el catecismo de pura carrerilla, sin saber lo que estábamos diciendo.

-Si vuelves a hacer eso, Dios te castigará.

Fue lo primero que aprendí acerca de Dios. Estaba en el primer curso de párvulos.

Pocos años después llegué a saber que era tan poderoso como para sacarse el mundo de la manga (igual que el prestidigitador, en el teatro, sacaba de su sombrero conejos y palomas), que estaba en todas partes al mismo tiempo y que podía castigar a los hombres malos tal como Supermán, Batman o el Hombre Enmascarado, aunque la verdad era que, como comprendí más tarde, no hacía nada de eso, pues en este mundo castigos y premios divinos parecían estar repartidos aleatoriamente, exactamente igual que una lotería. Pero aquella tarde, escuchar la voz de un desconocido con tales poderes, resultaba de lo más sorprendente.

-¿Quién es Dios? -le pregunté devolviéndole la caracola.

-Puedes quedarte con ella -se volvió hacia mí clavándome en el pecho un índice largo y huesudo-. Y no vuelvas a hacer esa pregunta. -La colilla de su cigarrillo se movía arriba y abajo como un extravagante apéndice entre sus labios-. A nadie, absolutamente a nadie. Si lo haces te complicarás la vida.

Me volví saltando de alegría y llevándome la caracola al oído. Sólo cuando pasaron muchos, muchos años, comprendí que aquel viejecito debía ser el demonio en persona. ¿Quién, si no, estaría interesado en que yo no supiera nada de Dios? Aquella hermosa caracola sigue conmigo; primero en casa, en la vitrina de los regalos inútiles, y ahora aquí, en la residencia, sobre la mesita de noche, aunque no la he vuelto a escuchar desde entonces.

Cuando llegué donde mi padre leía un libro a la sombra del parasol playera, le mostré la caracola, de rodillas sobre la arena. Mi madre y mi hermano tomaban bocadillos de atún y naranjada.

-Teo, a merendar.

Pero yo estaba realmente excitado para pensar en algo tan prosaico.

-¡Papá! ¿Quieres oír la voz de Dios?

El dejó el libro a un lado y se llevó la caracola al oído. Los duros rasgos de su rostro se relajaron y esbozó una sonrisa:

-Es realmente estupendo. ¿Dónde la encontraste?

-Me la dio un hombre muy viejo que estaba en la orilla sentado sobre una roca. Me dijo que era la voz de Dios.

Mi padre me tendió la caracola:

-Consérvala siempre. No la pierdas.

Ignoro qué quiso decir exactamente, porque pasado el tiempo supe que era ateo, incrédulo, escéptico, indiferente, agnóstico o algo así. ¿Pensó que yo debería guardar aquella ventana abierta, por si la voz de Dios, o Dios mismo, se colaba en mi vida el día menos pensado? Pero un ateo con esperanza no es realmente un ateo. ¿Qué pensamientos torturaban, o alegraban, las soledades íntimas de papá? Nunca hablamos de ello.

Al atardecer volvimos a casa en el viejo Volkswagen. Yo iba con mi hermano Andrés en el asiento trasero y mi caracola pegada a la oreja. Andrés, cuatro años mayor que yo, no paró de incordiar-me todo el camino.

-¿Qué haces con esa caracola en la oreja, hermanito?

-Estoy oyendo la voz de Dios -dije muy serio.

-¿La voz de Dios? ¡Tú eres tonto!

No quise contestarle. Lo conocía lo suficiente para saber que estaba dispuesto a fastidiarme. Todavía era un rey destronado.

-¿A que no sabes qué es ese ruido que escuchas en la caracola? -Me la quitó con un movimiento rápido y certero. Me lancé sobre él para recuperarla, pero me lo impidió fácilmente. Era más fuerte que yo-. Estate quieto un momento -me empujó con la mano libre-, que te voy a explicar de donde viene ese ruido.

- ¿Ah, sí, tío listo? ¿Tú lo sabes?

-Claro que sí, hermanito. Mira, este hueco que tiene la caracola dentro recoge lo que se oye por ahí fuera: las voces de la gente, el ruido de los coches, el viento. Y aquí se escucha todo mezclado, revuelto. ¿Comprendes, pequeñajo? -Se volvió a nuestro padre-: ¿Verdad papá que llevo razón?

Pero fue nuestra madre la que respondió.

-Andrés; no fastidies a tu hermano; déjalo que oiga lo que quiera.

-¿Pero a que es cierto, papá? -insistió él.

Papá guardó silencio unos instantes. Luego habló con su voz tranquila y relajada.

-La fantasía y la imaginación también son importantes, Andrés. Hay que dejarle un sitio en nuestra cabeza. -Giró suavemente el coche hacia la izquierda-. Te perderías muchas cosas si te pasaras la vida dando explicaciones científicas a todo lo que sucede. -Se volvió a nuestra madre sonriendo-: ¿Verdad, mamá?

Ella esbozó una sonrisa cómplice:

-Si miras una puesta de sol y te pones a pensar que es la Tierra, girando sobre sí misma, la que lo oculta, no podrás ver lo maravillosos que son los colores de las nubes y de las montañas. Eso es lo que quiere decir papá.

-¿Has oído? -Dije a mi hermano sacándole la lengua-. Ahora dame la caracola-. Y se la quité de un manotazo.

2

Mi padre murió tres años después de aquella conversación en la playa. Se lo llevó un maldito infarto de miocardio. Fue la primera vez que me encontré con la muerte. Era dura y fría, terrible e insoportablemente fría. Mi padre no debió morir entonces. Sólo tenía cuarenta y dos años. Era un hombre silencioso y tranquilo que transmitía serenidad. A su lado nos sentíamos seguros, como bajo el techo de una casa sólida un día de tormenta.

-Dios se lo llevó -gimoteó una vecina en el duelo-; era demasiado bueno para este mundo. Ahora goza de paz para siempre.

¿Así que era eso? ¿El buen Dios les arrancaba la vida a las gentes honestas para darles una paz eterna, sin importarles un comino que dejaran a una esposa y dos hijos en una soledad desesperante? La familia de mis padres andaban todos en el extranjero o repartidos por diversas partes del país. Algunos vinieron al entierro y luego se fueron a sus

asuntos. Mi madre tuvo que desempolvar su viejo título de profesora en Corte y Confección y mostrarlo en varias empresas hasta que una de ellas la admitió como simple costurera. Había que alargar la escasa pensión de perito agrónomo que había dejado mi padre. Pero el problema no era una cuestión de economía doméstica: sencillamente los tres necesitábamos de su presencia.

Poco a poco mi madre se convirtió en la sombra de ella misma. Hablaba tan poco y se movía por la casa tan en silencio que a veces dudábamos de que existiera. Lo hacía todo de forma mecánica y ausente, como un robot de carne y hueso al que le hubiesen dado cuerda. El fantasma de papá rondaba la casa y hacía que el vacío de su presencia fuese más tangible y evidente. Mi madre era joven, ya que sólo tenía treinta y siete años, pero se le olvidó que tenía sexo: no volvió jamás a mirar a ningún hombre. Recuerdo que un empleado en el taller de sastrería donde ella trabajaba, con cara de buena persona y buenas intenciones, la acompañó hasta la puerta de casa varias veces, pero ella se había convertido en un pedazo de hielo tan frío que el pobre hombre desistió y nunca más le vimos. Y así se fue marchitando lentamente mientras mi hermano y yo legábamos hasta la universidad.

No es mi intención contar con todo detalle la historia de mi vida a partir de un suceso tan aciago. Nunca me sucedió nada digno de contar (hasta que empecé a disfrutar de la jubilación), y aunque los grandes escritores son capaces de relatar nimiedades con tanta maestría que mantienen a sus lectores embobados, yo nunca tuve ese don, así que me limitaré a hacerlo en cuatro pinceladas.

Llegado el momento de entrar en la universidad, Andrés escogió arquitectura mientras cortejaba a una chica seria y un tanto adusta, que hacía como que estudiaba Historia del Arte, pero que luego resultó ser tan cariñosa y desprendida que no tuvo inconveniente en llevarse a nuestra madre con ellos cuando se casaron y a él lo destinaron, bastante lejos por cierto, como empleado de una empresa de construcciones.

Yo me incliné por las matemáticas. Siempre me habían chiflado las ecuaciones, los logaritmos, las derivadas, el cálculo diferencial, las integrales y el número pi. Cuando aún me faltaban dos años para terminar, encontré un trabajo: las tardes de los fines de semana me dedicaba a preparar perritos calientes en una hamburguesería. Así me ayudaba en los estudios y colaboraba en la economía familiar. Mi hermano también trabajaba: daba clase de matemáticas. Y fue por entonces cuando comencé a coquetear con Sofía, hija única de un militar viudo, y educada como una señorita con aires de heredera afortunada gracias a las propiedades de su madre. Se desenvolvía bastante bien en la cocina, sobre todo haciendo empanadillas de cabello de ángel, sabía bordar, moverse con elegancia en cualquier ambiente y tocar el piano con cierta soltura. Una joya. Sólo me pareció un poco rara cuando me enteré de que se había matriculado en filología semítica.

Pero aquello no fue obstáculo para que nos entusiasmásemos el uno con el otro, como tampoco lo fue el hecho de que ella se hubiese criado desde niña como una chica creyente católica. Su madre había pertenecido a una de esas familias ricas que hacen cuantiosos donativos a conventos y parroquias, y que se educaban en colegios de monjas y frailes. Nuestra disparidad de pensamientos la dejamos bien clara a las pocas semanas de conocernos: yo no tenía ningún interés en complicarme la vida con ella por culpa de las creencias religiosas. Así que, una mañana de primavera, sentados en el césped del campus universitario, le solté una parrafada que me dejó sin aliento.

-Sofía, si vamos a seguir saliendo juntos conviene que sepas que yo no comparto las creencias de la iglesia católica, ni las de ninguna otra religión, y como sé que tú eres una persona piadosa, apostólica y romana, debes saber que las formas de pensar nada tienen que ver con el cariño, y que a mí no me importa que creas lo que te dé la gana, ni voy a interferir en eso, pero que tú también tendrás que respetar mi forma de pensar para que las cuestiones religiosas nunca se interpongan entre nosotros.

Respiré.

Estuve todo el rato arrancando pequeñas hojas del césped mientras hablaba y enrollándolas entre mis dedos sin mirarla a ella más que de reojo. Cuando lo hice, ella sí que me estaba mirando. Me había estado mirando todo el rato, pero no había movido un solo músculo de su rostro mientras abrazaba su libro de gramática hebrea.

-Me parece muy bien -dijo con la mayor naturalidad del mundo. Hizo una pausa y preguntó como si aquello fuese una rareza científica: ¿Eres ateo?

Me pilló por sorpresa. Nunca me había planteado aquella cuestión.

-No lo sé. Sencillamente no creo en las cosas que cuentan los curas. ¿Eso es ser ateo?

-Mi padre diría que sí, seguro -rió ella.

-¿Te importa?

Se encogió de hombros sin dejar de sonreír.

-¿Por qué? Los ateos también son personas, ¿no?

Nos levantamos y echamos a andar. La cuestión quedó zanjada definitivamente. Nunca discutimos acerca de creencias.

Yo terminé mis estudios y ella siguió un año más en la universidad traduciendo el *Corán* y *Las Mil y Una Noches*. Más tarde conseguí una plaza de profesor y nos casamos. Lo hicimos por la Iglesia. A mí me daba igual. Era un acto social que sólo atañía a mi compañera y a mí. El cura no fue más que un testigo religioso, como había testigos seculares, aunque, evidentemente, se trataba de una ceremonia religiosa: las palabras de la Biblia sonaron en el silencio del recinto como fantasmas llegados del fondo de los siglos. Para mí no tenían ningún sentido, pero a mi compañera, imagino, debieron sonarle como una sinfonía celestial. Daba igual. Lo realmente importante era que después deberíamos inscribirnos en el juzgado como pareja estable.

Mi madre, mi hermano y mi cuñada vinieron en el flamante Alfa Romeo de Andrés para compartir con nosotros aquellos momentos. Mejor: aquellos días. Estuvimos disfrutando juntos casi una semana. Andrés me aclaró que habían dejado a

su pequeña, que ya tenía tres años, con sus abuelos maternos. Un verdadero regalo para mi madre. Ella estaba tan envejecida, y evidentemente no por su edad, que su hermoso cuerpo de antaño se había reducido hasta no quedar más que huesos y piel. Pero la habían cuidado con amor, bastaba con mirarla, y en su rostro se adivinaba una luz que no era otra cosa que el recuerdo imborrable de nuestro padre. Hablé de ello con Andrés y me lo confirmó.

-Gracias a ella, siempre tengo presente a papá. Y no porque lo mencione, que casi nunca lo hace, es el simple hecho de saber que está vivo dentro de ella.

Al separarnos nos dimos un abrazo. A mi madre la estreché con tanta fuerza que se quejó riendo:

-¡Que vas a estrujarme, Teo!

Nos miramos directamente a los ojos. Ella me vio feliz, yo pude ver a mi padre en ellos.

Sofía y yo nos fuimos a vivir a mi casa de toda la vida, la pequeña casa con el jardincillo y la alberca que mi padre había heredado del abuelo. Su padre pasaba temporadas con nosotros, pero la mayor parte del tiempo disfrutaba con los amigos en la residencia militar. Ella iba a misa los domingos y yo la acompañaba a las iglesias cuando íbamos a un bautizo, una boda o un entierro. Y ahí quedaba todo.

Me pasé la mayor parte de mi vida dando clases de matemáticas en el instituto y dedicado a mi compañera: una vida en común, reposada y tranquila, que duró treinta largos años. Ella por su educación religiosa y yo por mi educación no religiosa, resultamos ser igual de conservadores y tradicionalistas. Ni siquiera mis gónadas se me alteraron durante la crisis de los cuarenta, si es que eso existe. Una vida vulgar para personas vulgares. Una forma, como otra cualquiera, de cruzar el ciclo vital de puntillas para acabar desapareciendo del mismo modo que habíamos aparecido: inadvertidamente, como dos fantasmas sin sustancia. Nada tiene de extraño que me pasara el resto de mi vida sin acordarme de la caracola.

Sin pretenderlo, seguí al pie de la letra el consejo del demonio en la playa.

Viví, como todo el mundo, rodeado de Dios por todas partes, pero sin que nos rozásemos ni una sola vez. No sentíamos ningún interés el uno por el otro, evidentemente.

La muerte de Sofía, como la de mi padre, tampoco fue normal: se la comió la metástasis de un cáncer de mama operado a destiempo. Su padre había muerto ya hacía varios años y sus dos primas, su única familia, me acompañaron en los últimos momentos. Ellas se encargaron de traer al cura para esa ceremonia que la Iglesia administra a los moribundos. Se nos fue apretando con fuerza mis manos, mirando al techo, o quizás al cielo que no podía ver pero que esperaba se le abriera para que terminase de una vez la pesadilla.

La muerte volvió a golpearme, pero ya no era un niño y en esta ocasión yo estaba preparado: sabía que no era más que otro acto en el drama de la vida, aunque fuese el último y me destrozara el corazón. Nuestras vidas habían sido anodinas y anónimas, pero tantos años juntos crean un vínculo difícil de romper. Cuando se rompe es como una explosión muy cerca de ti: te quedas aturdido y confuso. Mi hermano y mi cuñada hicieron un viaje de ochocientos kilómetros para acompañarme en la cremación. Mi madre aún vivía con ellos, pero estaba demasiado desgastada para un viaje tan largo.

Sofía y yo no habíamos tenido hijos. Ella sufría de algo que los médicos, solapadamente, llamaban *un ambiente químico de hostilidad vaginal* hacia mis espermatozoides. A mí no me preocupaba gran cosa, porque yo padecía *una defectuosa producción de gametos*, así que estábamos empatados. El caso es que me quedé solo en una ciudad enorme atiborrada de gente ajetreada y extraña.

Nunca se me ocurrió relacionar la muerte de Sofía con mi deseo de encontrar a Dios, porque el origen de aquel insensato desvelo había venido por derroteros imprevistos. Los caminos de Dios son inescrutables, había oído repetir hasta la saciedad. Alguien puede creer, al leer esto, que él me esperaba a la vuelta de otra esquina diferente. Pero no.

Cuando murió mi compañera, a mí me quedaba todavía un año para jubilarme, así que pasé todo aquel tiempo intentando olvidar mi viudez con las clases en el instituto, aunque el regreso a casa me devolvía a la realidad un día tras otro sin misericordia.

Todo empezó cuando me planteé la pregunta fundamental para un viudo solitario y jubilado: ¿qué voy a hacer con el resto de mi vida? Heredé de mi padre su carácter tranquilo, así que nada de ajetreos, nada de viajes, ni visitas, ni aventuras. Entonces, ¿qué? Hay ocasiones en las que las cosas nos encuentran a nosotros, vienen por sí solas. Eso es lo que ocurrió. Siempre había sentido una morbosa curiosidad por descifrar los profundos e intrincados motivos que teníamos los humanos para conducirnos de una forma tan estúpida como lo hacíamos, así que pensé: Ahora tengo tiempo de sobra para dedicarme a desentrañar los enigmas de la naturaleza humana. Bueno, no esperaba desentrañar nada en sentido estricto, pero había una oportunidad estupenda para leer determinados libros que me aclarasen algunos puntos. Por ejemplo: ¿Hay algo que sea común a todos los seres humanos cualquiera que sea su cultura? ¿Venimos al mundo pre-determinados ya para ser de esta o aquella manera, o es el medio en el que nos desenvolvemos el que nos influye, o quizás ambos a la vez? ¿Nuestro comportamiento cambia según el rol social que cada uno desarrolla? ¿Y cómo explicar nuestra conducta si es cierto, que lo es, que cada individuo desempeña a la vez distintos roles? Etcétera, por supuesto.

El problema estaba en que no me acababa de convencer lo del autodidactismo, si esta palabrota existe. Iba a necesitar ayuda. ¿Pero de quién? ¿Y dónde? A mi edad no era

cuestión de ingresar en la universidad otra vez, así que acabé decidiéndome: me matriculé en algunos cursos de la Universidad Para Mayores NUNCA ES TARDE. No me iban a servir de gran cosa, pero los seres humanos siempre me han parecido fascinantes, tanto si los tomaba en conjunto como uno a uno, daba igual.

NUNCA ES TARDE era un apéndice de la Universidad ideado para entretener a los vejestorios que nos aburríamos en nuestras casas y dar trabajo a los profesores parados que se aburren en las suyas. Se trataba de un edificio achaparrado, de dos plantas de ladrillo visto y amplios ventanales. Las aulas eran pequeñas y tenían las paredes adornadas con póster de paisajes idílicos, nunca supe por qué. Me matriculé en Psicología de la Conducta, Historia Antigua, Antropología General y Sociología Aplicada, por hacer una selección, que aún quedaban otras ramas del saber que tratan de cómo algunos humanos ven a los otros humanos. Todo ello andaba, en realidad, teñido de subjetivismo, como todo el mundo sabe, pero tenía fe en la ciencia, que siempre da dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás. Y algo es algo.

Y las cosas volvieron a encontrarme sin que yo las buscara. La Historia Antigua y la Antropología me pusieron en contacto con grupos humanos lejanos en el tiempo y en el espacio, grupos que tenían sus modos característicos de entender el mundo, la cultura y a sí mismos. Resultaba excitante verles actuar: su arte, sus costumbres, sus normas, sus relaciones familiares, su economía... Y era inevitable que me tropezara con las religiones. Fue entonces cuando comprendí hasta qué punto la humanidad había crecido amamantada por las creencias religiosas que ella misma había elaborado. La religión aparecía impregnándolo todo, desde los primeros conocimientos acerca de la naturaleza hasta todas las manifestaciones artísticas, especialmente la arquitectura, pasando incluso por la medicina.

Y un día cualquiera, sin saber por qué, recordé al viejo de la playa y su caracola. Y se me vino a la mente su extraña advertencia: *No preguntes nunca a nadie acerca de Dios, o te complicarás la vida.* Era un auténtico desafío provocado por

el mismísimo diablo, un ente en cuya existencia era más fácil creer, puesto que la vida en este planeta parecía estar creada y regida por algún genio mentecato y patoso que no daba una en el clavo. Así que no me lo pensé mucho: me inscribí, además, en un curso de Historia de las Religiones. Yo andaba muy lejos de creer que aquello me podía complicar la pacífica existencia que llevaba. Pero aunque está claro que comencé a buscar a Dios por pura curiosidad y una pizca de aburrimiento, resultó que el viejo de la caracola llevaba toda la razón.

En clase de Historia de las Religiones sólo habíamos tres alumnos: la solterona María Carlota, con aspecto de secretaria de alta empresa, metidita en carnes, de enormes gafas de carey y cabello tintado de gris, y un hombre delgado como un espárrago, también con gafas, pero de culo de vaso, sostenidas por una enorme nariz carnosa bajo la que anidaba un relamido bigote blanco. Era don César, un clérigo luterano retirado y aburrido. Y yo. Y, por supuesto, el profe.

Nuestro profesor era un cura católico, tan joven como de treinta años y cara de niño sano, que vestía un traje de chaqueta gris, y lucía orgulloso su alzacuello blanco. Nos puso un texto muy sencillo de E.O.James, publicado en inglés por The English Universities Pres, Ltd, y del que, afortunadamente, teníamos una buena traducción. No era amigo de dar apuntes, así que apenas escribimos durante dos años, excepto cuando nos sugería que hiciésemos algún trabajo especial sobre un tema determinado. Pero nos animó a leer otros libros sobre el tema, especialmente durante el segundo curso, dedicado exclusivamente a las religiones más universales: cristianos, budistas, judíos y mahometanos.

Me convertí en asiduo visitante de cuantas bibliotecas había en la ciudad: las de la Universidad, muy mal surtida en información religiosa; la del Ayuntamiento, ubicada en aquel edificio modernista de grandes cristaleras; la del *Centro Interreligional*, creado con la ingenua intención de acercar a todas las religiones; las de las Cajas de Ahorro y la del Seminario Diocesano, hasta acabar haciéndome con la mía propia. Guardé en cajas y armarios un sin fin de viejos libros que

ya habían perdido su interés original, e hice sitio para los nuevos, que llegaban casi cada día, orgullosos de ocupar los lugares de honor...y dejándome los bolsillos vacíos. Yo le llevaba a don Gervasio, el profe, los libros que sacaba de las bibliotecas o compraba, y él hacía muecas de claro desagrado cuando no le gustaba algún autor que estudiaba determinados aspectos del cristianismo. Según él, Bultmann estaba anticuado (exactamente le llamó prehistórico), Vielhauer resultaba demasiado aséptico, Elliot Friedman tenía espíritu de detective y el ex-jesuita Jack Miles no era más que un filósofo diletante disfrazado de teólogo. Por supuesto prefería a los escritores católicos: eran *los suyos*.

Durante aquel tiempo, María Carlota y yo iniciamos una tímida amistad. Como el clérigo don César desaparecía misteriosamente apenas acabada la clase, ella y yo paseábamos un rato hasta su parada de autobús cada día. Supe que nunca se había casado, aunque había tenido alguna experiencia sexual en su juventud que, según me pareció, por su forma de contarla, no debió de resultarle especialmente estimulante. Descubrí que se sentía atraída por las diosas de la antigüedad, acerca de las cuales buscaba afanosamente información, la mayoría de las veces sin resultado, por bibliotecas, librerías y centros esotéricos. Del mismo modo andaba interesada por la vida y milagros del milenario Zoroastro, el único niño en el mundo que había nacido sonriendo.

Tan extrañas elecciones despertaron mi curiosidad hasta el punto de que en cierta ocasión, una tarde tibia de otoño sentados en el banco de una plaza y rodeados por todas partes de hojas secas que crujían bajo el paso de los viandantes, le pregunté abiertamente por sus predilecciones religiosas.

Para entonces, María Carlota y yo habíamos afianzado nuestra amistad a base de paseos desde la Universidad al autobús. Aquella tarde vestía un traje chaqueta de color salmón, cuya falda, demasiado estrecha, resaltaba sus anchas caderas. Estaba realmente atractiva a pesar de sus cincuenta años bien cumplidos.

-Me interesa el aspecto femenino de la divinidad. Resulta especialmente intrigante.

Lo dijo con la naturalidad de un entomólogo que no sabe cómo clasificar a una nueva especie de mariposa.

-¿Y lo de Zoroastro? Es uno de los fundadores más oscuros para un historiador.

-Pero me entusiasma su dualismo -respondió mirándome a la cara-, aquello tan encantador de Ormuz y Ahrimán, el Bien y el Mal.

-Que no está muy claro, por cierto.

-No me importa. Es el origen de algo que no acierto todavía a captar. -Abrió su bolso color *beig*, sacó un pequeño espejo y se miró coqueta moviendo la cabeza a un lado y otro mientras se acariciaba el pelo con delicado gesto.

-¿Eres creyente? -Mi pregunta era demasiado directa, aunque esperaba que no le importaría.

-Por supuesto que sí -afirmó con rotundidad al tiempo que me miraba como divertidamente ofendida; luego volvió a su espejo-. No podría vivir tranquila si no creyera en la existencia de alguna clase de divinidad. -Guardó el espejo y sacó del bolso un *donut* envuelto en celofán.

-¿Quieres?

-No, gracias.

-Lo que ocurre es que voy por libre. -Mordisqueó delicadamente el donut-. No pertenezco a ninguna comunidad de creyentes con nombre propio. ¿Y tú?

- Todavía no creo en nada. En realidad estoy buscando a Dios, a ver si tengo suerte.

-¿Por eso vienes a la Universidad?-. Se limpió los labios con una servilleta de papel que había sacado también del insondable bolso.

Me quedé un instante observándome las uñas:

-Pienso que la Historia de las Religiones me abrirá una ventana hacia lo trascendente.

Ella se echó a reír a carcajadas.

-¿Piensas que estoy perdiendo el tiempo?-, le pregunté un tanto receloso.

-¡Oh, no! -Tragó el último bocado del donut-. Lo que ocurre es que has dicho una frase tan seria, *una ventana hacia lo trascendente*. Nunca se me hubiera ocurrido verlo de ese modo. -Volvió a reír. -Perdóname, no quise molestarte, es que suena tan...filosófico-. Y se volvió a limpiar la boca.

Yo me contagié de lo que ahora me parecía una amable y simpática jovialidad.

-Es que soy un filósofo -dije sonriendo-. Lo que ocurre es que voy por libre. No pertenezco a ninguna escuela con nombre propio.

Reímos juntos, nos levantamos y seguimos bromeando hasta la parada del autobús.

-Tienes que venir a casa una tarde a merendar. Té o chocolate. Soy una especialista en ambas cosas.

Y subió, ágil para su edad, al autobús.

4

Largas horas, días enteros, semanas y meses pasé leyendo y estudiando historias de las más exóticas creencias antiguas y modernas, enrevesados libros de teología atiborrados de verborrea, teorías filosóficas que parecían entretenimientos de aburridos y sesudos señores, conceptos de nombres esotéricos: exégesis, escatología, hermenéutica, soteriología, apocalíptica... Todo un mundo nuevo para mí, fascinante y perturbador. Pero llegó un momento en que estaba tan borracho de creencias que me dio la impresión de encontrarme subido en un tiovivo que giraba locamente dentro de mi cabeza: dioses, diosas, ángeles, demonios, hijos divinos, héroes divinizados, juicios ultraterrenos, premios succulentos y castigos espeluznantes, vírgenes, santos, sabios, milagros, revelaciones, libros sagrados, reencarnaciones, resurrecciones. Cuando el tiovivo se detuvo chirriando, yo no sabía acerca de Dios mucho más que cuando escuché su voz en la caracola, aquella lejana tarde de verano.

Y mientras transcurría el segundo y último curso, acepté por dos veces la invitación de María Carlota a tomar té en su casa. La primera para hablar de diosas, la segunda para hacer el amor. Todo sucedió como si hubiera dado un salto en el tiempo y me encontrase con mis treinta años recién cumplidos. María Carlota había retirado el servicio de la mesita redonda donde tomamos el té, Y había colocado sobre ella un libro voluminoso con la delicadeza con que se pone un ramo de rosas sobre un mantel: EL LADO FEMENINO DE LA DIVINIDAD. Ella acercó su asiento al mío, a mi derecha, para que los dos pudiésemos contemplar a la par las láminas a todo color en papel *cuché*. Abrió el libro de modo que pudiésemos contemplar una serie de estatuillas prehistóricas que representaban a mujeres gordísimas o bien metidas en carnes, de senos enormes que colgaban sobre vientres hinchados por la gestación, todas en posición de firmes, y algunas sin rostro en una cabeza inexpresiva.

-Les llaman las venus adiposas -me aclaró ignorando deliberadamente que yo estudiaba también Historia de las Religiones. Nuestros hombros se rozaban y acabaron apoyándose el uno en el otro-. Esta es la de Willendorf, probablemente la más gorda de todas.

Pasó muy despacio la página con su dedo medio.

-No se sabe si eran realmente diosas o puros símbolos de la fertilidad, pero fertilidad y divinidad han estado unidas en muchas religiones del mundo, ya sabes.

Mi brazo derecho andaba en una postura tan incómoda que acabé estirándolo por encima de la silla de María Carlota, detrás de sus hombros.

-Isis -dijo ante una lámina a toda página. Una señora sentada con un complejo peinado que, en forma de trenzas, caía sobre sus senos. Uno de los ellos lo ofrecía a un niño que descansaba sobre sus piernas y que parecía que de un momento a otro iba a caerse de espaldas-. Hermana y esposa de Osiris. Personifica la fidelidad conyugal. -Se reclinó en su asiento y sus hombros tropezaron con mi brazo, pero no se inmutó. Fue rival del cristianismo hasta el siglo VI. Señora

del destino, purificadora de toda culpa, inmaculada y santa. Tuve la sensación, durante un breve instante, de que estaba más interesada en la diosa egipcia que en el roce de mi brazo.

Golpeó suavemente con la rosada uña de su índice la imagen de una bella mujer con el trasero al aire, un pecho descubierto y un gesto de coquetería total.

-Es Afrodita.

Nuestras cabezas estaban tan juntas que ella podía captar mi respiración sobre su frente.

-La misma que los sumerios llamaron Inanna y los babilonios Istar, aunque para ellos no sólo era la diosa del amor: también lo era de la guerra, y sus gritos y arenga podían escucharse perfectamente en las batallas humanas.

Mientras ella hablaba, pude percibir el fresco perfume que emanaba de su cuello.

-Se la conoce como la *Venus de las bellas nalgas*, y está en el Museo Nacional de Nápoles. Lo dice aquí, al pie -añadió inclinándose hacia adelante y mirándome sonriendo-; no vayas a creer que soy una enciclopedia viviente.

Se recostó de nuevo sobre mi brazo extendido.

-¿Sabías que los sacerdotes de Inanna subían al templo desnudos para llevarle ofrendas?

La última foto que vimos aquella tarde fue una escultura de Miguel Ángel. Representaba a la diosa Eos, la Aurora. Estaba tendida, desnuda y apoyada sobre un brazo. A pesar de su cara varonil, tenía un cuerpo espléndido, insinuante y sensual.

-Es famosa porque, al amanecer, raptaba a los hombres de los que se enamoraba.

Mi brazo alrededor de sus hombros, la cercanía de nuestras cabezas, el perfume que se desprendía de ella y la imagen de Eos, todo se confabuló para que yo sintiera la irresistible necesidad de besada en la mejilla. Cuando lo hice, ella se volvió ligeramente y me besó en la boca. Fue un roce leve y rápido. Luego se levantó y cerró el libro.

-La clase ha terminado. ¿No te importa que sigamos mañana? -dijo sonriendo con picardía.

Me despedí volviendo a besarla. Ella se dejó, sin corresponderme, y cerró la puerta cuando salí.

Al día siguiente todo resultó más complicado. El ritual del té y las láminas de las diosas más o menos desnudas, dieron paso a las primeras caricias, que ella parecía estar provocando esta vez como asediada por una desconocida pasión que nunca había sentido. ¿Buscaba espantar la frustración sexual que llevaba como un fardo desde toda su vida? Yo sentía lo mismo que siempre: la libido espoleándome como un secreto anhelo hipócrita que trataba de sublimar lo que no era más que sexo. Nos abrazamos en el sofá. Ella se dejaba besar, pero no me besaba. Se dejaba tocar jadeando, pero no me tocaba. Andaba al mismo tiempo desbocada y reprimida, hasta que llegó un momento en que todas sus inhibiciones se fueron al carajo: se lanzó materialmente sobre mí y comenzó a desnudarme con gestos nerviosos y desesperados al tiempo que me mordía la boca, la nariz y las orejas. Y en ese sorprendente y combativo instante ocurrieron dos cosas casi al mismo tiempo: yo me acordé de Sofía y de su horrible muerte y me quedé paralizado como un pelele entre los apretujones de María Carlota...y sonó el teléfono, que quedaba sobre una mesita justo detrás de nuestras cabezas. Ella también se quedó un instante paralizada, pero inmediatamente acabó de tirarme hacia abajo de los pantalones al tiempo que me mordía en el cuello. Pero el teléfono no cesaba de sonar y yo aproveché la circunstancia:

-Cógelo, por favor, me está poniendo nervioso.

Ella alargó la mano, con sus setenta kilos sobre mí, y se llevó el aparato al oído con un gesto de disgusto. Estuvo escuchando en silencio, incorporándose despacio, durante un tiempo que me pareció eterno, mientras su semblante aparecía a cada segundo más alterado por la irritación.

Yo me subí los pantalones. Sólo dijo:

-Voy para allá.

Y colgó de un manotazo.

-Mi madre acaba de morir -dijo mientras ponía orden en sus ropas con gesto nervioso-. Un paro cardíaco.

-¿Tu madre? -Nunca me había hablado de ella y aquello me dejó sorprendido. -¿Dónde está?

-En una residencia. Tenía ochenta y nueve años.

Fue al cuarto de baño y se peinó más tranquila.

-Lleva allí algo más de seis años. Mis hermanos no quisieron saber nada: se supone que los hijos solteros tenemos la obligación de cuidar a nuestros padres. Pero con ella en casa no podía vivir mi propia vida -trataba de disculparse, evidentemente-, y yo tengo muchas cosas que hacer antes de morirme.

Dijo las últimas palabras con el coraje de quien está resuelto a salirse con la suya (¿a cumplir su misión?) por encima de todo.

-Lo siento de veras. ¿Quieres que te acompañe?

-Prefiero que no lo hagas. Va a ser muy desagradable. Cuando llegue a la residencia ya estarán allí mis hermanos.

Se puso un abrigo, cogió un bolso con gesto apresurado y bajamos juntos. En la calle tomó un taxi y desapareció para siempre de mi vida. Bueno, no totalmente.

5

En NUNCA ES TARDE nos reunimos todos los mayores en el salón de actos, demasiado grande para las veinte y pocas personas que habíamos asistido a los diferentes cursos. El sol entraba por los grandes ventanales iluminándolo todo. Los asistentes cambiábamos impresiones y sonrisas mientras llegaban el rector y los profesores. Entraron todos por la izquierda del escenario y se sentaron tras una larga mesa cubierta de un paño rojo, con caras de circunstancias. El rector, luego que nos iba nombrando por orden alfabético, sin dejar de sonreír ni un sólo momento ni de estrechar nuestras manos, nos iba entregando a cada uno un diploma enrollado y primorosamente sujeto con un lazo rojo. Lo único que constaba allí era el hecho indudable de que habíamos escogido determinadas asignaturas y asistido a clase durante dos

años. *Con aprovechamiento*, terminaba el diploma con grandes letras góticas.

El máximo representante de la universidad nos endilgó un breve discurso elogiando nuestro interés por el estudio a una edad en la que la mayoría de la gente se dedica a perder el tiempo jugando a la petanca, a las cartas o al dominó. Nuestro aprovechamiento demostraba que el paso de los años no cambia ni destruye nuestras neuronas, que el ejercicio intelectual había abierto las ventanas de la mente hacia todo lo que es digno de curiosidad y que estábamos preparados para continuar profundizando en aquellos temas que ya nos interesaron al comenzar los cursos. Todos los profesores se levantaron al unísono y nos aplaudieron durante unos segundos. Los estudiantes estábamos emocionados y cuando uno de nosotros comenzó a aplaudir también, como gesto de agradecimiento, los veinte y tanto alumnos le acompañamos durante otros pocos segundos. El entusiasmo no fue la nota dominante, la verdad.

María Carlota no asistió al acto de clausura. No había vuelto a clase aquellos últimos meses, como si la muerte de su madre la hubiera hecho desaparecer también a ella.

Terminada la sencilla ceremonia, nos fuimos felicitando educadamente los unos a los otros mientras salíamos y nuestro profesor de religiones se nos acercó a don César y a mí para invitarnos a tomar un aperitivo en la terraza de un bar cercano.

Don César nos tendió la mano y se despidió excusándose cortésmente. Se perdió calle abajo, alto, erguido y todo de negro. El día era espléndido, con un cielo sin nubes y el tibio calor del verano recién estrenado. Acepté la invitación de don Gervasio y nos sentamos bajo un parasol a la puerta del bar mientras paladeábamos un martini con hielo.

-¿Qué le ha parecido el curso, don Teófilo?

-Muy bien. Ha sido una experiencia extraordinaria volver a estudiar a mi edad.

-Me sorprendió su trabajo sobre diferencias y coincidencias entre politeísmo y monoteísmo-. Encendió un cigarrillo y

exhaló el humo con aire de hombre de mundo-. La verdad es que nunca había pensado en ello.

-Hay muchos aspectos de las religiones que son realmente curiosos -respondí sin mucho apasionamiento.

-¿Le ha servido de algo? Quiero decir... Bueno, me pareció que usted ponía verdadero interés en sus estudios.

-Es cierto. Estoy interesado en esa entidad que llamamos Dios. Creí que podría entender ese concepto mejor si estudiaba las creencias de la gente a través de la historia.

-¿Y?

-Lo único que he encontrado ha sido un fárrago de dioses. El exhaló con placer el humo de su cigarro rubio.

-Estoy de acuerdo -dijo-, pero convendrá conmigo en que bajo ese revoltijo de divinidades, mitologías y ritos, hay una idea común: la creencia en un mundo sobrenatural. Nosotros lo llamamos Dios, pero tiene otros muchos nombres. Y creo que es precisamente lo que usted anda investigando.

-No es tan fácil, créame. Me ofende, intelectualmente, quiero decir, esa idea tan extendida de que un ser sobrehumano baja a este planeta.

-¿Por qué? -preguntó en un tono totalmente neutro, como si a él tampoco le interesara esta conversación tan cursi y boba.

-Es muy sencillo -Yo era plenamente consciente de que estaba llevando al límite mi pedantería, pero no podía detenerme-. Voy a expresarlo en forma de silogismo. Escuche: Si un Dios bajase a la tierra en forma humana no podría pasar desapercibido, se produciría un cambio drástico, una transformación trascendental, algo insólito y maravilloso. No tiene sentido que venga aquí un ente tan extraordinario para darse un paseo entre los hombres y pronunciar unas cuantas frases más o menos bonitas. Pero es así que tal transformación no se produjo, puesto que los humanos seguimos siendo tan bestias, o más, que antes, luego ninguna divinidad estuvo nunca en este planeta.

Y me quedé tan satisfecho, a pesar de todo.

Don Gervasio respiró hondo, como si le cansara escuchar tanta insensatez, tiró la colilla del cigarrillo y la pisó con-cienzudamente.

-Ya sabe que los cristianos creemos en un Dios encarna-do, pero que asimiló la debilidad de la naturaleza humana. Jesucristo no vino a resolver nuestros problemas económi-cos, domésticos o políticos.

Levanté mi mano izquierda casi a la altura de su cara y fui tomando, y zarandeando, con la derecha, cada uno de los de-dos abiertos, como si estuviera contando.

-Dios no vino a resolver nuestros problemas económicos, no vino a remediar nuestros problemas domésticos, no vino a terminar con las guerras, no vino a acabar con el hambre, ni con la violencia -Se me habían acabado los dedos de la mano izquierda y continué con los de la derecha-, ni con la explo-tación de los débiles por los fuertes, ni con las vergonzosas desigualdades, ni con las enfermedades, ni con la rutina de estas vidas insípidas... ¿puede usted decirme a qué demonios vino?

-Su tarea era más...espiritual -Mi profe parecía algo in-cómodo- Sí que hubo transformación, don Teófilo. Jesús nos salvó, con su muerte en la cruz, del pecado y de la muerte. ¿Le parece poco?

Lo miré muy serio.

-¡Y dale! ¡Pero el pecado y la muerte siguen ahí!

Guardó silencio un instante y luego continuó su perorata. Yo lo escuchaba pero no le oía. Aquella conversación no nos conducía a ninguna parte. Comprendí que el sentido común y la fe estaban reñidos.

-Usted vive en un planeta y yo en otro -le dije suspirando pacientemente-, y aunque podemos gritamos mutuamente nuestras ideas, jamás lograremos ponemos de acuerdo. Para ello, yo tendría que renunciar al sentido común o usted a su fe. Y ninguno de los dos va a hacer tal cosa, así que debería-mos dejar esta conversación inútil e insípida.

Mi profesor aprovechó aquel punto final para cambiar de tema.

-Por cierto, ¿sabe que murió la madre de María Carlota?- Respondí con una afirmación evasiva. Me estaba acordando de las circunstancias en que lo supe-. Me escribió para decirme que no volvería a clase y hace una semana me llamó por teléfono para invitarme a una reunión de amigos interesados en el tema de las religiones. ¿No le invitó a usted?

-No.

Don Gervasio desapareció de mi vida. Me olvidé de él y de sus teorías acerca de la *salvación*. De momento me estaba preguntando qué estaría haciendo María Carlota.

6

A pesar de que no me interesaba ninguna de las divinidades que las criaturas han adorado y las que aún adoran seguía hurgando en mi mente la idea de la divinidad como algo distinto a la humanidad y contrapuesto a ella. Pero la pregunta fundamental continuaba siendo: ¿cómo era ese Dios, si es que existía? ¿No podría ser diferente a las que nos mostraban las religiones? Sencillamente un Dios con quien se pudiera mantener una relación interesante, y no ese insulso monólogo que son las oraciones y los rituales.

Convencido de que los libros no podían aclararme nada, sino todo lo contrario, sólo me quedaba una alternativa: salir a la calle y consultar a aquellas personas que creían en él, fuese cual fuese el motivo que les había llevado a tal creencia, y preguntarles qué sabían de ese extraño ser al que adoraban. Tal vez fuese como pedirle peras al olmo, porque la gente que transita por la vida no creo, pensaba yo, que supieran más de lo que yo sabía por los libros y, al fin y al cabo, todos habían mamado en alguna religión de las que yo rechazaba. Pero no me quedaba otra opción. Me había empeñado en lo que consideraba la misión del resto de mi vida, y tenía que jugarme la última carta.

El diablo de la caracola tenía razón: aquello me estaba complicando la existencia.

Pero resultaba excitante.

7

Pasó algún tiempo, yo estaba a punto de cumplir los setenta y seguía dándole vueltas a la insensata idea de encontrar a un Dios que satisficiera mis exigencias lógicas y éticas y mi sentido común. ¿Demasiado tarde para buscar el misterio de los misterios, como lo llamaban? Volví a considerar la idea de salir y dedicarme a preguntar a la gente. Y la estudié con detenimiento. El problema estribaba en el hecho de que tenía que andar de uno a otro por los cuatro puntos cardinales del globo y semejante trajín no me apetecía lo más mínimo. Había que encontrar una solución más sencilla.

Decidí poner un anuncio en el periódico.

Me costó un día entero redactar el texto en pocas palabras. Lo envié a los dos diarios que se publicaban en la ciudad:

ESTOY BUSCANDO A DIOS. SI ALGUIEN LE CONOCE QUE ACUDA EL PROXIMO 20 DE JULIO A LAS SEIS DE LA TARDE AL ESTADIO LOCAL. HABRÁ REFRESCOS Y APERITIVOS PARA TODOS.

La nota debía aparecer durante los diez días que faltaban para la fecha señalada, de forma que llegase al mayor número posible de personas.

Debo confesar que la idea no fue mía, sino de mi querido amigo Tímoti (así era como a él le gustaba que le llamasen), que fue alumno mío cuando era un casi adolescente, y nos habíamos vuelto a encontrar hacía un par de años en los cursos de una Universidad de Verano. Era ya un biólogo de cuarenta y tres años, pelirrojo de ojos azules y agnóstico tan despiadado y arisco que más parecía un ateo. Aunque yo le aventajaba en más de veinte años, surgió entre nosotros una verdadera amistad, alimentada por el sincero aprecio que yo sentía por su familia y por la admiración que había desperta-

do siempre en él mi forma de actuar en las clases del Instituto. Me tenía por un excelente profesor. Bendito muchacho.

Yo le había contado mis cuitas sentados en la terraza de un café-bar cercano a la playa. La misma donde solía ir con mis padres y en la que encontré al diablo y su caracola. Pero ya no estaba el destartalado embarcadero de madera ni los viejos hoteles y chalés, y en su lugar se levantaban enormes cajas de hormigón con catorce plantas de apartamentos, que alquilaban durante todo el año extranjeros hambrientos de sol y mar, amén de restaurantes, cafeterías, casinos y hoteles. Me invadió el recuerdo de mi padre llevándose la caracola al oído y recomendándome que nunca la perdiera.

Al principio, Tímoti no pudo tomarse en serio el hecho de que yo deseara "encontrar" a Dios (lo escribo entre comillas porque ni yo mismo sabía, ni sé, qué significado podía tener semejante palabra), pero ante mi insistencia se reclinó, recuerdo, en su asiento, se cruzó de brazos y me dijo:

-Pero bueno, ¿a ti qué te importa si Dios existe o no?

¡Mi viejo amigo Tímoti, siempre agresivo contra lo que él llamaba los fantasmas de la mente humana, contra todo lo que no pudiera medirse y analizarse en un laboratorio! Y siempre práctico y pragmático. Porque, mirándolo bien, llevaba razón. Pero yo tenía que justificarme, por supuesto.

-Pues la verdad es que no lo sé muy bien. Ya te he contado cómo éramos en casa y cómo ha transcurrido mi vida. Quizás me he vuelto curioso a la vejez. Ahí está todo ese embrollo de las visiones místicas, las encarnaciones divinas, las religiones, las iglesias, las sectas, la proliferación de divinidades... Me gustaría saber qué hay realmente detrás de todo eso.

-Seres humanos. Detrás de todo eso sólo encontrarás seres humanos exudando imaginación. -dijo abriendo sus manos como ramas de árboles. Me miraba sonriendo, como si me compadeciera, o como si tratase de encerrarme, socarrón y marrullero, en un círculo insalvable, un círculo de altísimas murallas que él mismo había construido laboriosamente.

-Pero hay tanto creyente por el mundo, murmuré como para mí mismo mirando el mar, luminoso y terso-. Y ha habido

tantos millones de creyentes a través de la historia y en todos los rincones del globo...

Tímoti sorbió su helado de limón a través de la pajita de rayas blancas y rojas.

-¿Y qué te hace pensar que la gente va a decirte algo nuevo, algo que no hayas podido leer en tus docenas de libros?

En cierto modo acababa de rendirse a la evidencia: tenía ante sí a un viejo testarudo. O tal vez, pensé yo que pensaba, chocho y trasnochado.

-Tómalo como una intuición -le dije tratando de escapar a la cárcel de su círculo-. Alguien puede haber tenido una experiencia religiosa que yo pueda repetir.

Tímoti dejó su vaso de limonada vacío sobre la mesa redonda de mármol inmaculado. Luego apoyó ambos brazos sobre ella y me miró medio en serio medio en broma:

-¿Tú crees eso en serio? ¿De veras piensas que existen experiencias religiosas? -Se reclinó en su asiento. Me pareció desilusionado. Yo no era ya, para él, aquel profesor que explicaba Matemáticas con el rigor de un racionalista-. Eres un ingenuo, Teo.

Tímoti había encendido un cigarrillo mientras hablaba y en esos momentos tenía todo el aspecto de un hombre seguro de sí mismo, de sus ideas, de sus sentimientos, del lugar que ocupaba en el mundo y de lo que le esperaba en el futuro. Le había sorprendido mi extraña decisión, que no encajaba en sus esquemas mentales, pero después de una larga conversación acerca de la intrascendencia de lo trascendente (así lo expresaba él en su jerga agnóstica) acabó tomándome en serio y fue entonces cuando, dándole vueltas al asunto, se le ocurrió la idea de poner un anuncio en la prensa local. Era una solución un poco loca, pero muy propia de Tímoti, práctico e ingenioso. ¿Y qué otra cosa podía hacer? Así que me dispuse a trabajar como si en ello me fuese la vida.

Como el estadio era del municipio y yo tenía más de un amigo influyente en algunas de sus más altas dependencias,

no me fue difícil obtener el permiso correspondiente. Me gasté buena parte de mis ahorros en contratar los servicios de dos técnicos, dos cameraman y seis azafatas. Los técnicos montaron una eficiente instalación de megafonía, y les ordené que no se olvidasen de colocar micrófonos, de tal forma que a las azafatas les resultase fácil y cómodo ponerlo al alcance de todos los asistentes, pues me pensaba yo que los simples curiosos serían los menos y que la mayor parte iban a acudir para exponerme sus experiencias místicas. Para mí, ordené que pusieran, bajo una amplia sombrilla de Pepsi, una mesa plegable de La casera. Las bebidas de Swepps, Seven Up y Coca-Cola se guardaron en cuatro grandes refrigeradores Otsein. Una empresa de comida rápida, EL RAYO, se encargó de suministrarnos emparedados de queso fundido, paté de hígado, de sobrasada, pollo, mermelada y margarina. La publicidad no fue gratuita: me ayudó a compensar los gastos.

Me había comprado una grabadora y dos cámaras de vídeo, y como no me fiaba de los bloques de pilas respectivos, mandé instalar un doble cable que recorría todo el campo, como una negra y delgada serpiente perezosa, hasta perderse en las dependencias interiores donde había enchufes en abundancia. En aquel punto coloqué un vigilante: nadie debía tocar las conexiones. Para mí era muy importante no perder ni una sola palabra, ni un solo gesto, de lo que podía decirse allí. Resulta muy molesto que después venga alguien y te diga que has manipulado la información.

Aunque si Tímoti estaba en lo cierto, de nada me iba a servir toda aquella parafernalia tecnológica.

Llegó por fin la víspera del acontecimiento y andaba tan nervioso que me pasé la noche entera adoptando todas las posturas posibles e imposibles para dormir un rato, pero no pude conseguirlo, a pesar del Diazepan que me tomé. Lo que podía ocurrir al día siguiente era tan inquietante para mí, que me daba vueltas en la cabeza con una insistencia compulsiva. La técnica del control mental tampoco dio resultado: no con-

seguía dejar mi mente en blanco. Cuando me levanté sentía la misma sensación que si hubiese estado arando siete hectáreas de terreno seco con mis propios brazos.

Me preparé un desayuno a base de fruta variada batida, huevos fritos con bacon, tres rebanadas de pan con mantequilla y mermelada y un helado de turrón y chocolate. Hambre, tenía verdadera hambre. Luego me volví a acostar, y estuve durmiendo plácidamente hasta las cuatro de la tarde.

Me levanté bastante relajado y llamé a Tímoti. Se había empeñado en acompañarme. ¿Curiosidad, morbo, pura y simple amistad? Lo supe más tarde, cuando nos metimos de lleno, su familia y yo, en aquel maremagnum religioso. Puse en una bolsa de viaje las dos vídeo-cámaras con sus pilas correspondientes, y un cuaderno de notas, por si acaso. Luego me llené los bolsillos de bolígrafos, también por si acaso, y nos fuimos al estadio.

Durante el trayecto en el taxi, y al mismo tiempo que charlaba con Tímoti, se me ocurrió que hubiese sido más idóneo celebrar la reunión en un templo. Pero no, no podía ser: en la ciudad había una catedral católica (aparte las numerosas parroquias), siete lugares de reunión de diversas confesiones protestantes, una sinagoga, una mezquita y un lugar de oración budista. Sin contar las casas donde vivían en comunas la diversidad de sectas que últimamente habían proliferado, ni la sede de los masones, de los espiritistas o los teósofos, ni los habitáculos de los que practicaban la macumba en sus diversas variedades, que de todo había en la viña del Señor, y nunca mejor dicho. Estaba seguro de que todos ellos preferían que la reunión se hubiese celebrado en sus respectivos templos, pagodas, oratorios, mezquitas, monasterios, sinagogas, ermitas, santuarios o congregaciones. No. Era mejor un estadio, lugar profano y, por ello, ajeno a lo religioso. Aunque, si bien se mira, tampoco este detalle debía tranquilizarme: sabía que cualquier lugar, por muy profano que pareciese, se podía convertir en sagrado con unas cuantas oraciones, quema de incienso o hierbas aromáticas y aspersiones de agua bendita a granel. Pero bueno, por el mo-

mento nada de eso había ocurrido, y esperaba que no ocurriera. Crucé los dedos.

Cuando llegamos al estadio aún faltaba una hora para que comenzase la sesión; sin embargo mis azafatas ya habían situado, bajo las gradas cubiertas, a un centenar largo de criaturas, que soportaban sin muchos aspavientos el calor del verano con la ayuda de los refrescos y emparedados que las chicas andaban repartiendo. La verdad era que resultaba un espectáculo de lo más variopinto. La mayoría llevaba vestidos de alegres tonos de color pastel, otros vestían largas túnicas blancas, ocre, beige o siena tostada; se veían hábitos de diversas hechuras y diseños, algún que otro traje rigurosamente negro e incluso no faltaban quienes mostraban el torso desnudo. Había cabezas afeitadas, o cubiertas con extraños peinados, señoras elegantes ataviadas con modelos de algún diseñador de fama internacional se mezclaban con hombres de tez oscura vestidos como antiguos hindúes, (algunos con enormes turbantes azules o blancos), o con hombres y mujeres anodinos y anónimos, blancos, amarillos y negros: jovencitas quinceañeras, ancianos encorvados y algunos niños correteando entre los asientos de plástico endurecido. Parecían un montón de gente heterogénea venida de los cuatro puntos cardinales del globo y de la vida para celebrar un inocente pic-nic.

Me pareció muy poca gente para una ciudad tan populosa como aquella, pero no podía esperarse que acudieran exactamente todos los que "conocían" a Dios, ni que todos estuviesen dispuestos a soportar los veinte y ocho grados a la sombra que había en el estadio. Además, ¿cuántos, entre todo aquel personal, resultarían ser unos solemnes mentirosos, unos esquizofrénicos o tal vez esos simples curiosos que a todas partes acuden cuando huelen una aglomeración de gente? Había que esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Si uno, uno solo, podía responder a mi zozobra, la tan ansiada tranquilidad de ánimo que echaba en falta (que ni Tímoti ni yo lográbamos entender) vendría a mí en forma

de descanso espiritual. Incluso podía suceder que tan peculiar personaje estuviese por llegar, pues las azafatas no paraban de saludar a quienes seguían entrando por las puertas del estadio. Poco antes de comenzar habíamos contabilizado doscientas treinta y siete personas.

Y entonces sonaron las seis de la tarde.

Como el anuncio que inserté en el periódico resultaba bastante lacónico, pensé que sería prudente comenzar con una breve introducción. Comprobé que la megafonía funcionaba pronunciando las consabidas mágicas palabras: "Uno, dos, uno, dos... Probando... Probando..." Mi voz rebotó en todo el estadio y llegó hasta mis oídos espectral y ominosa. Lo mismo les debió suceder a todos los presentes, pues se hizo un silencio tan profundo que se escuchaba hasta la pesadez del calor gravitando sobre el estadio. Parecía que los asistentes acababan de oír una voz venida del cielo.

Todas las miradas, que giraban dirigidas hacia arriba de un extremo al otro, buscando el lugar de donde procedía mi voz, acabaron confluyendo en los que estábamos abajo, en el suelo verde-amarillento del estadio, mirándoles entre divertidos y preocupados: en mí, en Tímoti, que estaba a mi lado y en el grupo de técnicos que me acompañaba. Me asusté. En ese instante supremo yo parecía ser el personaje más importante de los allí presentes, ya que era una criatura desvalida y solitaria que no había tenido la suerte de conocer a Dios. Entonces comencé a hablar.

-Gracias a todos por responder con su presencia a mi llamada. Tengo cerca de setenta años y en todo este tiempo, mucha gente, alrededor de mí, desde mi infancia hasta hoy, ha pronunciado en mi presencia el nombre de Dios. Pero no he sido educado en ninguna religión y lo ignoro todo. Esta es la razón de que les haya invitado. Deseo fervientemente que ustedes me hablen de él para que yo pueda conocerle.

La heterogénea y abigarrada multitud guardó un silencio expectante.

-Las azafatas llevan un micrófono -les advertí- Ellas acudirán a los que deseen hablar.

Y comenzó el espectáculo.

Eran ya las diez y media de la noche cuando dimos por terminada la reunión. Los encuestados recibieron el encargo de ser lo más breves posible y la verdad es que lo hicieron a la perfección. Hacía un buen rato que alguien había encendido los focos múltiples del estadio y andábamos todos inmersos en una extraña luz sin sombras. Las bebidas, como el día anterior, se habían agotado hacía más de una hora, y los canapés desaparecieron nada más ser repartidos por las azafatas. Tuve la frustrante sensación de que nos habíamos quedado cortos: debimos haberles proporcionado una cena a base de baguettes con bacon, queso, tomate y anchoas, o unas buenas raciones de pizzas. Pero los asistentes no parecieron haberse dado cuenta de nada. Habían permanecido entregados a escuchar en cuerpo y alma a los que narraban sus más o menos extraordinarias experiencias.

Decidí acabar con un breve discurso por mi parte, en el que me limité a darles las gracias por el esfuerzo que habían realizado y el calor que soportaron todo el tiempo. Se levantaron en silencio. Parecían frustrados, como si sus encendidas palabras hubieran caído en el vacío, y aquellas reuniones supusieran para ellos un fracaso. Tan alicaídos les vi que, puesto también en pie, tomé el micrófono y traté de animarles:

-Escuchen, por favor -los que habían comenzado a moverse se detuvieron indecisos- Ustedes me han explicado muchas cosas acerca de Dios. Todo cuanto han dicho está recogido fielmente en estas máquinas grabadoras. Ahora necesito aislarme en el silencio para escuchar de nuevo sus experiencias, meditarlas serenamente y ordenar mis ideas. Eso me llevará varios días. Si alguno de ustedes deseara hablar personalmente conmigo en alguna ocasión pueden llamarme a la dirección que las azafatas les han entregado o venir en persona a verme. Gracias.

Ahora comenzaron a moverse entre los asientos en medio de un murmullo generalizado. Sonaba como una conversación trivial en la sala de un teatro antes de que se levante el telón. Bajaron por las escaleras laterales y se fueron dispersando. Algunos y algunas se acercaron a mí, me estrecharon la mano, me sonrieron y me desearon suerte. Entre ellos había un anciano judío con el pelo cano sobresaliendo bajo su solideo negro. Me alargó un libro de tapas oscuras, envejecidas y deslustradas.

-Es la Biblia hebrea -me dijo muy serio-. La *Torá*, los *nebiim* y los *quetubim*. Espero que le ayuden.

Tomé el volumen con las dos manos y me lo llevé al pecho en señal de respeto. El anciano se marchó cojeando, con su larga túnica parda y su viejo y nudoso bastón. Yo abrí el libro al azar. Las páginas tenían las huellas de un uso repetido y prolongado. Tímoti miraba por encima de mi hombro.

-¡Está escrito en hebreo! -me gritó al oído- ¿Es una broma?

Yo miraba al hombre que se alejaba entre la gente al tiempo que dejaba pasar las páginas con el dedo pulgar-. Es demasiado mayor para hacer bromas de esta especie. Algo ha querido darme a entender.

-¡Vaya! -exclamó él cogiendo el libro-. Ahora tenemos también un acertijo que resolver -Y lo guardó en mi bolsa de viaje.

Las azafatas, los técnicos, Tímoti y yo, nos pusimos a recoger el material disperso (sombrillas, cables, sillas plegables, altavoces) mientras una cuadrilla de muchachos se dedicaba a limpiar las gradas de servilletas, latas y botellas. Fue entonces cuando reparé en que una persona permanecía aún sentada en la primera fila. Al comprobar que yo la había visto, se levantó y vino hacia mí. Era una mujer de unos treinta años, vestida con un traje tan ceñido que le aupaba los senos hasta parecer que querían salirseles de su sitio; los ojos ribeteados de tintes oscuros y los labios enrojecidos excesivamente por la barra de labios quedaban en la sombra de su ancha y elegante pamea. Olía a desodorante barato mezclado con sudor. Apoyó el brazo derecho en mi mesa y la

mano izquierda en su cadera, y en tan insólita postura, sin dejar de masticar chicle, me espetó sin preámbulos:

-Deja de perder el tiempo, tío. Si quieres ver a Dios, mírame. Yo soy.

No sé si fueron estas últimas palabras, *Yo soy*, tan sagradas para judíos y cristianos o el aspecto de aquella mujer haciendo burbujas de chicle entre sus labios lo que me dejó con la boca abierta, totalmente aturdido e incapaz de pronunciar palabra. Tímoti se volvió de espaldas disimuladamente. Entonces ella continuó con el mismo desparpajo:

-¿Qué pasa, tío? ¿Es que yo no puedo tomar la forma que me dé la gana? ¿O es que tienes algo contra las putas? -y me miraba de arriba a abajo como si yo fuese el tipejo más digno de desprecio del universo.

-Bueno...yo..., es que... No, no tengo nada contra ustedes, señora...Lo que ocurre es que me ha sorprendido. Después de las cosas extraordinarias y sublimes que se han dicho aquí, ver a Dios en forma de prostituta me ha dejado...

Hice un gesto lo más expresivo que pude.

-Pues ya ves. Aquí estoy. En carne y hueso.

Me aclaré la garganta un instante:

-Bien, bien, celebro verla, pero...la verdad, esperaba otra cosa.

-Claro -dijo sacándose el chicle de la boca y pegándolo bajo mi mesa plegable- Una aparición celestial, con rayos y truenos, juego de luces, voces de ángeles y cosas así, ¿no? Pues siento alerarte, tío... Yo no necesito montar un espectáculo para presentarme al personal. Así o nada-. Hizo una mueca con la boca y añadió:- Lo tomas o lo dejas.

Entonces se irguió en toda su monumental estatura y añadió mirando a Tímoti por encima de mi hombro:

-Y tú, cavernícola, no hace falta que te vuelvas de espaldas para reírte de Dios.

Y se marchó contoneando las caderas. Mi amigo se había vuelto con la cara enrojecida, pero no le di tiempo a decir nada. Grité:

-¡Oiga! ¡Señora! ¡Un momento, por favor!-. Ella se detuvo sin volverse. Eché a correr (es un decir) hasta ponerme a su

lado-. Perdona, pero usted debe entender que me resulta difícil comprenderla. ¿Podría demostrar lo que dice? Bueno, ya sabe, darme una señal, una prueba..., algo que resulte... Bueno, usted ya me entiende.

Levantó el ala de su pámela y se quedó mirando al cielo. Luego, casi silabeando, serena e imperturbable, pero con cierta rabia contenida, exclamó:

-Esta generación perversa y adúltera pide una señal. Pero no se le dará ninguna hasta que todo se haya consumado.

Y siguió su camino, erguida y altiva, masticando chicle de nuevo y balanceando suavemente el bolso negro colgado de un hombro. Tímoti tenía la boca abierta contemplando el trasero de Dios.

Cuando terminamos, decidí invitar a las seis azafatas y los cuatro técnicos a tomar un bocado en la hamburguesería que había frente al estadio municipal. Nos reunimos todos alrededor de una mesa grande, como si fuésemos miembros de una familia improvisada, y yo sentí curiosidad por saber qué pensaban todos ellos acerca de lo sucedido durante aquellas sesiones. Había citado en el estadio a personas que hubieran tenido alguna experiencia religiosa, pero ¿y ellos? Les pregunté qué les había parecido lo que habían presenciado. Apparentemente, ninguno de ellos se había tomado en serio lo sucedido, y lo demostraron cuando Tímoti les contó, con todo lujo de detalles, la anécdota de la prostituta, que les hizo reír divertidos. Menos Adriana, que permaneció callada con un vaso de limonada en la mano.

-No deberíamos reírnos de esa mujer -dijo la azafata con una seriedad impropia de sus años-. Me recuerda a la Dirigente de mi congregación. -Pronunció la palabra *Dirigente* de tal forma que podía escucharse la mayúscula-. Ella dice que Dios es femenino.

-¿Pertenece a alguna comunidad religiosa? -inquirió Tímoti intrigado.

-Ustedes lo llamarían una secta. -Dejó el vaso sobre la mesa limpiándose los labios y aclaró:- Por supuesto que no

deben incluirla entre las llamadas peligrosas. El nombre con el que está registrado a nivel gubernamental es el de Iglesia de los Hijos e Hijas de la Divina Madre.

-He oído eso en alguna parte -intervino uno de los cámaras.

-Yo también -recalcó otra azafata-. Hay carteles por ahí invitando a reuniones no sé dónde.

-¿Y por qué creen ustedes que Dios es hembra?

Tímoti había tomado las riendas de la conversación. En realidad no le importaba gran cosa aquel asunto, pero yo sabía que era un hombre al que la curiosidad le mordisqueaba la mente hasta que se saciaba.

-Siempre ha habido dioses y diosas en la antigüedad, ¿no? Pero los hebreos, que sólo tenían a Yahvé, escogieron para su dios el sexo masculino. Los cristianos, por supuesto, no podían cambiarlo..., pero nosotros lo hemos hecho-. Y se echó a reír como si estuviese en complicidad con sus oyentes.

-¿Se puede cambiar el sexo de una divinidad a gusto de cada uno? Suena como si fuésemos nosotros quienes manejamos a los dioses, en lugar de hacerlo ellos con nosotros.

Tímoti se estaba colocando en el lugar de un creyente. Era una estrategia que daba resultado

-Sí que puede cambiarse. -Adriana apoyó los codos sobre la mesa y abrió las manos como si tuviera en ellas la explicación de tan estúpido asunto-. Si lo divino no tiene sexo, podemos verlo sexuado, en realidad no tenemos otra opción, así que da lo mismo atribuirle un sexo u otro. Con ello no queremos afirmar que Dios sea macho o hembra. Sólo decimos que, por lo menos a nosotros, nos agrada más representárnoslo como una Madre. Los demás que hagan lo que quieran.

Tímoti se había quedado serio, como si rumiara pensamientos que no había tenido nunca, y que necesitaran ser digeridos. ¡Hablar del sexo de Dios en una hamburguesería! Los demás se encontraban fascinados, más por el desparpajo de Adriana que por lo que estaba diciendo. Resultaba cautivadoramente paradójico ver a una chica joven y atractiva hablando de temas tan poco comunes en una conversación ordinaria. A mí me recordaba a María Carlota hablando de sus diosas.

Uno de los técnicos, un joven mofletudo, medio calvo y de abundante bigote se inclinó para preguntar:

-¿Y por qué esa preferencia? Debe haber alguna razón.

Adriana estaba encantada de haber acaparado la atención de su auditorio. O al menos así lo creía.

-Una madre es muy diferente a un padre, ya sabéis. Ella lleva a los hijos en su vientre durante un tiempo suficientemente largo para sentirlos formar parte de su propio ser. Ella es la que da a luz y amamanta a sus cachorros. Si Dios es Madre, significa que no nos ha creado simplemente, sino que nos ha formado en el interior de Ella misma y luego nos ha parido, y por eso siente algo especial por nosotros. Todo el mundo sabe que hay pocas cosas tan acogedoras y calientes como el regazo de una madre.

-No está mal pensado -dijo Tímoti, que había seguido todo el razonamiento con la barbilla apoyada en una mano-. Pero usted sabe que Dios, o esa Madre Divina, no se comportan con la humanidad como se esperaría que lo hicieran un padre o una madre.

Fue un golpe bajo. Pero en Tímoti no me extrañaba nada.

-Ella nos proporciona todo lo que realmente necesitamos -dijo Adriana poniéndose a la defensiva.

-Hay millones de personas, y ha habido otros muchos miles de millones a través de la historia, que estarían dispuestas a testificar que eso que usted ha dicho es falso.

Mi amigo biólogo no estaba dispuesto a mostrarse conciliador precisamente. La joven bajó la vista unos segundos contemplándose las manos.

- Ya -dijo sin mirarnos a ninguno en particular-. Tenemos un problema. Existen las enfermedades, el hambre, la pobreza, el sufrimiento... Comprendo que sea difícil entender por qué una Madre amorosa permite que sufran sus hijos. -Ahora levantó la vista con una expresión de tristeza-: En realidad no hemos encontrado una explicación satisfactoria. Al menos para mí.

Se hizo un breve silencio.

-Ni la encontrarán. Ni ustedes ni nadie. -Tímoti seguía duro y cortante; él, que se mostraba tierno con los niños y los

perros, no tenía la más mínima compasión con los adultos que creían en fantasmas-. Las explicaciones que se han intentado no resuelven el problema: que todo se arreglará cuando muramos y vayamos al cielo, que el dolor sirve para purificarnos de nuestros pecados, para probarnos o para hacernos más fuertes ante la adversidad... Puras especulaciones. El problema no tiene solución porque no existe esa Divina Madre, ni ninguna divinidad que ame a los humanos y se preocupe por ellos. Si existe un Dios, sea el que sea, los hechos demuestran que le importamos un rábano.

Tímoti había terminado drásticamente con la conversación. Nos levantamos un tanto cortados y nos despedimos. Yo fui directamente hacia Adriana.

-Perdone. Usted dijo que no habían encontrado una solución al problema del mal en el mundo que la satisfaga a usted. Eso supone que han encontrado alguna respuesta.

-Nuestra Dirigente cree tenerla. Personalmente no estoy muy de acuerdo.

-¿Y cuál es?

-Muy sencillo, según ella: tenemos una Madre que nos cuida, pero existe también un ser maligno de quien proviene todo lo malo y desagradable. La vida es una lucha contra ese demonio.

-Es una solución muy vieja -le dije-. Pero ¿por qué a usted no le convence?

-Porque si existe un ser maligno desde toda la eternidad, es tan fuerte como la Divina Madre, y cualquier lucha contra él resultará inútil.

Y se marchó con sus compañeros.

Volvimos en un taxi hacia mi casa. Al principio comentamos las extrañas ideas de Adriana, y el resto del camino estuvimos intercambiando algunas impresiones acerca de la interminable sesión de aquel memorable día. Yo no prestaba demasiada atención a mi compañero.

La conversación con Adriana me tenía perplejo. El recuerdo de Carlota volvió a sorprenderme.

Tímoti, sin embargo, hablaba entusiasmado por la experiencia que habíamos vivido.

-¿Te has dado cuenta? Tienes en esa bolsa material más que suficiente para que investiguen psicólogos, antropólogos, sociólogos, historiadores de las religiones, teólogos y hasta filósofos si me apuras mucho. Es realmente asombroso.

-¿Te ha aportado algo realmente?

-¿Algo nuevo, quieres decir? -Dejó escapar una larga y alegre carcajada-. ¡Nooo! En realidad ahora creo que soy más agnóstico que antes. Lo que ocurre es que toda esa gente bajo la techumbre de las gradas me ha recordado a un laboratorio, a mi laboratorio, sólo que en lugar de ratas, monos o peces hubiera seres humanos, extraños y estrafalarios, como recién llegados de otro planeta, y tuviésemos la ocasión de estudiarlos con detenimiento. Esa investigación puede ser fascinante. Ah, por cierto: espero que cuentes conmigo para llevarla a cabo.

A pesar de su espíritu burlón, Tímoti me pareció tan inflexible y severo como siempre. No quise decirle que no me agradaba su postura ante lo sucedido, así que desvié la conversación hacia los aspectos técnicos. Por fin llegamos a mi casa.

El me habló desde el taxi.

-Llámame, no te olvides.

-Lo haré, pero no demasiado pronto. He decidido irme una semana de vacaciones.

-Me alegro por ti -mover una mano en la ventanilla-. ¡Que te diviertas!

El taxi arrancó, pero se detuvo a los pocos metros. Tímoti había sacado su rojiza pelambrea por la ventanilla y casi me gritaba:

-¡Eh, Teófilo! ¡No te olvides de la anciana!

-¿De quién?

-¡De aquella viejecita de luto que te señalaba con el bastón como si quisiera darte con él en la cabeza!

Y desapareció a la vuelta de la esquina. No recordaba, en ese instante, de quién me estaba hablando, y tenía tanto en qué pensar cuando entré en mi casa, que lo olvidé en seguida.

Ahora venía el trabajo más difícil: clasificar y extraer toda la información que aquella buena gente me había proporcionado. Visualizar unas cuatro horas de película, estudiando detenidamente cada gesto y escuchar las grabaciones para estudiar las inflexiones de voz de los asistentes. Todo ello me proporcionaría las pistas necesarias para tratar de averiguar quién era un farsante y quién no. Pero iba a resultar un trabajo agotador, y yo necesitaba que el torbellino de palabras e imágenes que se agitaban en mi cabeza se fuesen calmando y acabaran sedimentándose en mi memoria para ser estudiadas más tarde con toda la tranquilidad que necesitaba. Yo estaba buscando a Dios a través de las revelaciones de ciertos seres humanos, tan humanos como yo, tan sujetos al error, a la sugestión, a la mentira o a la paranoia. Mi mente lógica y racional no podía ignorar esos detalles. Sabía de antemano que todos somos crédulos hasta un grado superlativo, pero yo no quería serlo, aunque resultase una rara excepción.

Fue por estas razones que me tomé aquellos días de descanso en un sencillo hotelito de la montaña. Hubiera preferido la playa para caminar hundiendo los pies en la arena, la cercanía del mar, el murmullo tranquilizador de las olas. Pero sabía que por aquellas fechas había más gente en todas las playas del país que granos de arena.

El hotel estaba situado en la ladera de una montaña cubierta de pinos reales. Desde mi habitación podía ver el valle por el que corría una antigua carretera que conducía al cercano pueblo, a un kilómetro de distancia detrás de una colina cubierta de retamas. Cerca de la carretera se deslizaba un arroyo casi seco, bordeado de espléndidas adelfas. Un paseo ideal hasta el pueblo, que no era más que un puñado de casas con una iglesia pequeña, una ermita más bien, donde oficiaba los domingos por la mañana un viejo sacerdote. Venía expre-

samente para ello, montado en una anticuada y ruidosa Yamaha, desde otro pueblo cercano. Le vi un día saliendo de la ermita con varias personas acabada la misa. Se detuvo a charlar con un matrimonio cuarentón que yo había visto aquella misma mañana en el hotel. Nos habíamos saludado en el bar, donde tomamos un café como si fuésemos antiguos conocidos. Eran francos y abiertos, estaban llenos de vitalidad y hablaban por los codos. Se despidieron del sacerdote y me saludaron con la mano. El párroco vestía un pantalón gris y un jersey de lana ligero. Por el viaje en moto, pensé; y por la edad. Yo estaba junto a su vehículo cuando él se acercó.

-Buenos días -dijo abrochándose el casco bajo la barbilla- Usted debe venir del hotel, ¿verdad? No es de por aquí.

-Estoy pasando sólo unos días.

-No le he visto en misa. -¿Era una recriminación, o la simple constatación de un hecho?

-No soy creyente -le respondí como quien informa del número de su carné de identidad.

Se subió a la moto con cierta agilidad, pero no la puso en marcha.

-¿Y por qué no? -preguntó mirándome descaradamente.

-Aún no he encontrado a Dios. Ni siquiera sé dónde está. Lo dije con toda la amabilidad que pude.

-¿Qué quiere decir? Está en todas partes.

Parecía enfadado, como si mi falta de fe fuera un insulto directamente dirigido a su persona.

-¿Usted lo ha visto? Me encantaría que me lo presentase.

Yo hablaba con la mayor seriedad del mundo, pero él no lo vio así.

-¿Se está usted burlando? -Su cara estaba tan seria y había enrojecido hasta tal punto que por un momento pensé que me iba a abofetear.

-No me malinterprete, por favor. Este asunto es muy importante para mí. Estoy buscando entre las muchas religiones y sectas que existen.

Puso el motor en marcha y aceleró en punto muerto. Luego se volvió hacia mí:

-Lea la Biblia -dijo de mal humor-; el Nuevo Testamento sobre todo. Contiene la palabra de Dios. Allí le encontrará.

Y arrancó cuesta abajo, camino de la carretera, como si fuera huyendo de algo. De mí, supongo. Me volví al hotel paseando lentamente entre los eucaliptos. El buen cura no sabía que había leído aquellos libros hasta la saciedad.

Cuando llegué al hotel encontré al matrimonio sentado a una mesa en la terraza. Era ya la hora del almuerzo. Él se levantó y se me acercó estrechando mi mano con fuerza.

-Buenas tardes, don Teófilo. -Era un hombre de apariencia anodina, con la tez blanca y unas prominentes entradas en la frente-. ¿Querría usted comer con nosotros?

-Encantado -dije celebrando no tener que hacerlo solo. Me acerqué a saludar a su señora, una mujer mofletuda y rolliza que contrastaba con la delgadez de su marido Apoyó los codos sobre la mesa y la barbilla en las manos. Parecía dispuesta a las confidencias.

El llamó al camarero, un joven rubio que corría de una mesa a otra continuamente.

-Don Teófilo va a comer con nosotros, Sebastián.- Luego se volvió a mí:- ¿Pasará aquí todo el verano?

-Sólo estaré unos días más. Y ustedes, ¿se quedan?

-Hemos venido esta mañana a ver a don Aniceto, el párroco -dijo ella-. Queríamos darle las gracias personalmente. Hace una semana tuvimos una experiencia extraordinaria en la que él está de algún modo implicado.

-¿Una experiencia? -Yo quería facilitarles sus deseos de confiarme lo que parecía un precioso secreto.

Sebastián apareció rápidamente con unos entremeses, los dejó sobre la mesa y se perdió de nuevo como si fuese un fantasma.

-Se trata de nuestro hijo Miguel -dijo ella con cierta satisfacción no disimulada mientras se llevaba a la boca un trozo de queso pinchado en un palillo de dientes.

-Tiene sólo seis años y hace un mes tuvo una apoplejía cerebral. Entró en coma y los médicos temían seriamente por su vida. En realidad le dieron poco tiempo. Fue horrible. -El engullía aceitunas rellenas de anchoas trinchándolas con el tenedor.

-Debió ser un duro golpe para ustedes -dije sin el menor apetito.

Ella se inclinó ligeramente hacia adelante.

-Afortunadamente somos una familia piadosa. Nos pusimos todos a rezar con la mayor devoción. Desgranábamos un rosario detrás de otro, sin parar. Pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá. ¿Recuerda? Una tía de Gerardo -señaló a su marido- trajo una estampa de la Virgen Consoladora De Los Abatidos, de la que siempre ha sido muy devota y que tiene una capilla en la iglesia de su pueblo, la colocó bajo la almohada de nuestro pequeño con un rosario bendecido por el mismísimo Santo Padre en Roma.

-¿Y qué sucedió? -Intrigado por el sesgo que tomaba la historia, yo había comenzado a masticar rodajas de salchichón finas y transparentes como hostias consagradas.

-Al cabo de una semana, Miguel abrió los ojos y nos miró a todos. -Ahora era Gerardo quien retornó historia-. Los médicos del hospital estaban desconcertados. Durante diez días lo estuvieron atendiendo en la UCI hasta cerciorarse de que estaba bien. Otra semana más y nos permitieron llevarnoslo a casa. Dios había escuchado nuestras oraciones.

-¿No le parece una experiencia extraordinaria?-preguntó ella sin dejar de masticar-. Fue un verdadero milagro. Don Aniceto, que es amigo nuestro, dijo varias misas por nuestro niño y hemos venido a darle la noticia y las gracias.

Hubo un silencio de unos segundos mientras Sebastián retiraba el servicio. Yo estaba intrigado. Una auténtica intervención divina. Un milagro en pleno siglo tecnológico. La respuesta que esperaba. Dios se me estaba manifestando a través de aquella increíble historia. ¿Había terminado mi búsqueda? ¿Podía ya descansar tranquilo?

Sebastián apareció como de la nada. Traía tres filetes de merluza empanada con una guarnición de esponjosos trozos

de lechuga. En un abrir y cerrar de ojos volvió a aparecer con un recipiente ovalado rebosando mayonesa y una cuchara clavada en ella.

¿Así que, al fin y al cabo, el Dios Madre de Andrea, la azafata, podía vencer al Dios Maligno? La luz ahuyentaba la oscuridad. Yahvé podía derrotar a Satanás. Ormuz triunfaba sobre Ahrimán. El Mal no era omnipotente.

Sin embargo...

Algo había que no encajaba en los esquemas de la realidad que se nos colaba diariamente por los ojos: ¿por qué se había salvado Miguel y otros miles de millones no? Estaba claro que no se habían planteado semejante pregunta. Eran demasiado felices para superar la soberbia que supone considerarse unos elegidos entre miles de desgraciados.

Los felicité de todo corazón, terminamos de comer hablando de todo un poco, y me despedí para irme a descansar.

-¿Se marchan ustedes ya?

-Todavía no. Es temprano y los días aún son largos. Miguel está con su abuela y de momento no nos necesita. Le avisaremos cuando nos vayamos.

Pero no lo hicieron.

Eran ya las siete de la tarde cuando salí a dar un paseo. Antes pregunté en recepción por Gerardo y su esposa, extrañado de que aún no me hubiesen avisado de su marcha. Detrás del mostrador, la chica me aclaró lo sucedido.

-Recibieron un llamada telefónica hace unas dos horas y se fueron precipitadamente.

-¿Tienen ustedes su dirección?

-No, sólo vinieron a comer. No pensaban pasar aquí la noche, así que su estancia no consta en nuestro registro.

Salí a dar mi paseo por la zona ajardinada pensando en lo que podía haber sucedido. Sentía curiosidad por la historia de Miguel, pero no veía ningún modo de enterarme de los motivos de aquella precipitada marcha. ¿Cómo averiguar al menos su teléfono? ¡Don Aniceto! Era amigo de la familia; él debía estar enterado. Volví al hotel y a recepción.

-Señorita, ¿conoce usted al sacerdote que viene a decir misa al pueblo los domingos?

-¿Don Aniceto?

-Sí.

-Ha venido por aquí varias veces a traer la comunión a algún residente que se encontraba enfermo.

-¿Tienen ustedes su teléfono?

-Un momento. -Abrió un cajón, sacó una abultada agenda negra y pasó rápidamente las hojas, se detuvo en una de ellas y deslizó su dedo índice de arriba abajo.

-Aquí está. -Tomó una octavilla de papel, anotó el nombre del cura y su teléfono y me la tendió.

Me quedé más tranquilo. Cuando pasara un tiempo prudencial lo llamaría para saber cómo había terminado la historia del pequeño Miguel. Me daba el corazón que el niño había muerto, y que el extraordinario milagro no había sido más que una mejoría transitoria. Y lo sentía por aquellos atribulados padres. Y por mí: aquella puerta al misterio no se había abierto, al fin y al cabo.

Cuando volví de mis cortas vacaciones llamé a Tímoti y quedamos en vemos el fin de semana en mi casa. Vendría con su mujer, Isabel, que manejaba el ordenador con una soltura envidiable, y con sus dos hijos, a los que acomodaríamos en el jardín para que jugasen a su aire y se dieran un chapuzón en la alberca. Eran Verónica, una chiquilla rubia y espigada de unos nueve años, y Alejandro, alias Alex, pelirrojo como el padre, vivaracho y algo mayor que su hermana. Íbamos a ser una familia durante dos días y como el trabajo sería largo y arduo decidimos que encargáramos la comida para no perder el tiempo en cocinar. Necesitábamos a Isabel todo el tiempo.

Llegaron el viernes por la tarde cargados con sacos de dormir, un par de bolsas de viaje con alguna ropa veraniega,

las bicicletas de los niños y una tabla con un aro para jugar al baloncesto. Y se trajeron a la perra, Laila, por supuesto, una pastora escocesa de un año, de larga y sedosa pelambre y narices alargadas que lo olfateaban todo incansablemente. Se instalaron por todas partes, en un amasijo desordenado de bultos, raquetas, pelotas, zapatos de tenis y sombreros para el sol. A mí, tanto tiempo solo, me encantó verme rodeado de toda aquella gente joven y charlatana. Hasta los ladridos de Laila me parecieron frases familiares en medio de aquella algarabía.

Antes de cenar ya estábamos revisando minuciosamente el material que había recogido en las sesiones del estadio. Isabel, con una desmañada coleta recogida con una cinta verde, lo observaba todo muy seria.

-Aquí hay trabajo para varios días -sentenció- ¡Son más de cuatro horas de cintas de vídeo!

Tímoti, optimista, organizó las cosas a su modo:

-Es relativamente sencillo. Verás: Teófilo y yo, puesto que estuvimos en el estadio, sabemos que hay fundamentalmente tres grupos: un número mayoritario de respuestas muy parecidas, o casi idénticas en ocasiones, un grupo de visionarios y otro de místicos. Mientras vemos las películas, tú, Isabel, irás tomando nota de las respuestas para introducir las en el ordenador. Nosotros te ayudaremos para que abras en cada caso el archivo correspondiente. Yo me encargaré de las frases originales, que son las menos, y Teófilo estudiará los tonos de voz y los gestos. Como el video va numerado en horas y minutos, nos será fácil volver a un punto determinado cuando queramos, siempre que hayamos tomado nota del lugar en el que se encuentran las respuestas. ¿Entendido?

-Y si no tenemos tiempo suficiente -dijo Alex, que junto a su hermana no perdía una sílaba de la conversación y estaban ambos al tanto de lo que íbamos a hacer-, pues nos vemos el próximo fin de semana.

-Vosotros a jugar -ordenó la madre empujándoles al jardín- Y llevaos a Laila. Y toallas para secaros. ¡Y para secar a la perra!

Y nosotros encendimos la pantalla del televisor para zambullimos en la más extraña de las películas. Isabel, que no había asistido al estadio, era la más interesada, y sus ojos brillaban de curiosidad mientras recopilaba datos para informatizarlos. Era como si hubiese descubierto un mundo desconocido y fascinante. Descansamos para cenar en la mesa plegable del jardín sobre banquetas de madera y charlamos bajo el larguísimo atardecer comentando lo que habíamos visto. Tímoti fue descaradamente chocarrero, como siempre. Isabel, impresionada, mostraba un tímido pero sincero respeto.

El sábado resultó un día agotador, pero habíamos hecho lo más difícil: clasificar la mayor parte de la información recibida. Ni siquiera salimos a comer: nos trajeron pizzas y pollo asado de EL RAYO, y yo saqué del congelador cerveza para nosotros, cola para los niños y helados para todos. Por la noche fuimos a dar un paseo y cenar en un restaurante cercano. Isabel, sobre todo, se había ganado un descanso. Los niños se empeñaron en ir a la playa, ya oscurecido, y Lai-la disfrutó más que ellos correteando por la arena y chapoteando las olas que lamían suavemente la orilla. Todo hubiese resultado idílico si no hubiese sido por el ruido de los vehículos y la música de los bares cercanos. Al fin y al cabo, la playa, mi vieja playa del *Embarcadero*, no era más que una estrecha franja de naturaleza aislada entre el asfalto. Afortunadamente, el mar, cercano y oscuro bajo las estrellas, nos hablaba en silencio del misterio del mundo y del universo. Una luz en el cielo se deslizó rápida y brillante.

Fue Isabel la que comenzó el domingo por la mañana, después del desayuno, desenrollando una larga franja de papel impreso. Se había sentado sobre la alfombra, recostada la espalda en el sofá y con las piernas cruzadas. Fumaba manteniendo el cigarrillo a la altura de su cabeza, como si temiera provocar un incendio, y permaneció ensimismada en lo que leía mientras hablaba.

-Tenemos un sesenta y cuatro por ciento de respuestas simples, todas ellas muy parecidas. Se limitan a dar por sentado que es muy fácil ver a Dios, ya que él se manifiesta en todo cuanto existe.

-Levanta una piedra -Tímoti leyó sus notas- y encontrarás a Dios debajo. Lo dijo un anciano negro con taparrabos. - Nos miraba sobre sus gafas irónico y socarrón. Parecía que iba a soltar la carcajada que le bullía en la boca.

-Muchos añaden -siguió Isabel, ignorándolo- que pueden sentirlo dentro de ellos mismos. Aquí están representados tanto las diversas iglesias cristianas como los judíos, los hindúes y algunos grupos budistas. Los musulmanes, místicos aparte, no participan de estas ideas.

-Los musulmanes... -intenté introducir un comentario, pero ella me ignoró también.

-Todas estas respuestas -siguió imperturbable tienen en común el hecho de que no intentan demostrar nada, por lo tanto no aportan ningún argumento. Sin embargo, un veinte y ocho por ciento de los presentes creen que la existencia del universo es suficiente para ver a Dios actuando. -Levantó la vista hacia nosotros-. En realidad es una prueba a la que todos se agarran, aunque no la expresen claramente.

-Un momento, un momento -levantó la mano Tímoti aprovechando el inciso de su mujer y dispuesto a que esta vez no le callara-: un científico llamado Haldan no tiene inconveniente en creer en alguna Entidad, con mayúscula -recalcó levantando un dedo- que mantendría el gobierno de la Vía Láctea, algo así como una divinidad inmensa a nuestros ojos, pero no propiamente infinita, y miembro de una especie de asociación de dioses galácticos, todos ellos limitados. Incluso hay quienes están dispuestos a admitir que esta asociación estaría presidida por una especie de dios de dioses, que vendría a ser el verdadero regulador del universo -Nos miró dejando de consultar sus notas-: Estos tíos están majaras.

-Los científicos no son de fiar -respondí dando un manotazo en el aire- O son creyentes o no lo son. ¿No estáis hartos de saber que la ciencia no puede aportar nada al problema de las creencias?

Tímoti saltó:

-Ni a la inversa, Teo. Sin embargo, los creyentes siguen empeñados en que sus libros sagrados tienen respuestas a cuestiones a las que los científicos no han podido llegar.

-No había pensado en eso -dije.

-Pues deberías. Fíjate en el origen de la vida y la evolución, por ejemplo. Es un tema científico, estrictamente científico, pero las personas religiosas tienen el atrevimiento de inmiscuirse aportando soluciones extravagantes. ¿Por qué se empeñan en enseñar a sus hijos que la vida procede de las manos de la divinidad?

Creo que mi amigo estaba un tanto cabreado, se le había arrugado el ceño y nos miraba a todos mientras hablaba, como si estuviera exponiendo un argumento tan convincente que nadie debería dudar de sus palabras un tanto encendidas.

Isabel rompió el silencio que siguió a la perorata de Tímoti. Laila ladraba en el patio con los niños.

-Algunos -dijo bajando la mirada a sus notas- insisten en alguna particularidad, como el hecho de la vida, un verdadero milagro para ellos -Sonrió a su marido con un gesto de confabulación-. Otra vez, en este caso, coinciden las diversas religiones. El ocho por ciento restante está formado por un grupo especial que puede subdividirse en dos: los que dicen haber visto realmente a Dios en su gloria, o a Jesucristo, a un ángel, a un santo, a una Señora que identifican con la Virgen María, a espíritus de difuntos, o bien algún fenómeno extraordinario cuyo origen no puede ser otro que la divinidad. Por otro lado están los místicos, que aun sin ver a Dios físicamente lo han sentido tan de cerca que el resultado ha sido el mismo.

Se detuvo un instante para llevarse el cigarrillo a la boca. El humo flotó plácidamente en un rayo de luz que entraba por la ventana. Hubo un silencio entre nosotros tres que pareció convertirse en una eternidad.

-Parece poca cosa -dijo Tímoti sin entusiasmo alguno- si tenemos en cuenta lo que tú vas buscando. Las experiencias personales de visiones celestes son muy escasas. Ya sabes:

la mayoría de los creyentes se dejan llevar por la fe que les han transmitido.

Recordé lo satisfecho que se había mostrado cuando volvíamos en taxi tras la sesión en el estadio. Supongo que estaba impresionado por el espectáculo vivido en directo, pero el examen detenido de las escenas y el resumen escueto de Isabel le habían enfriado el entusiasmo inicial. Un entusiasmo propio del científico que examina un fenómeno puramente natural con el que se tropieza por primera vez en su vida.

-A propósito de la fe -dijo Isabel buscando en el rollo de papel que se dispersaba sobre la alfombra-, tengo aquí unos porcentajes que corroboran lo que acaba de decir Tímoti. Cuando les preguntaste a cada uno quién les había enseñado lo que sabían acerca de Dios, el ochenta y nueve por ciento respondió que lo habían aprendido en el seno familiar, cuando eran niños. El resto había leído algún libro que le había impresionado vivamente, le habían captado los predicadores de alguna religión o se habían salvado casi milagrosamente de la muerte por unas causas u otras.

-No hay nada como escapar de la muerte para convertirse en creyente -sentenció mi amigo agnóstico con un suspiro de resignación.

-Estos últimos -siguió Isabel aplastando el cigarrillo contra el cenicero de barro que tenía junto a ella en el suelo- habían sido personas indiferentes, que nada tenían contra las religiones y, por supuesto, habían llegado a la fe cuando ya eran adultos, o al menos adolescentes -me miró directamente al llegar a este punto-: lo que demuestra que de forma mayoritaria la fe se transmite de adultos a niños que carecen de capacidad de reflexión. Y este no es tu caso. -Volvió a encender un cigarrillo y lo mantuvo en alto-. Hay conversos de una religión a otra, pero ni uno solo que se hubiese convertido después de declararse ateo.

-Pura casualidad -aventuré yo.

-¿Y no tenemos ningún dato acerca de los agnósticos? -preguntó Tímoti sonriendo con picardía.

-Tampoco. Ten en cuenta que al estadio sólo asistieron creyentes.

-Excepto una persona -enfaticó Tímoti- Parece mentira que a los dos se os haya escapado.

-¿Un ateo? -preguntó Isabel incrédula- ¿Te refieres a aquella viejecita vestida de luto riguroso?

Tímoti se volvió a mí:

-Efectivamente. ¿Y tú, recuerdas cuando te dije que no olvidaras a la anciana del bastón?

-Sí, ya sé de quién hablas. Volveremos luego sobre ella, si os parece.

-De todas formas -Isabel descansaba sus manos sobre el lío de papeles que tenía entre las piernas- aún no sabemos lo que tienes en la cabeza, Teo: agnóstico, ateo, descreído, receloso, curioso, creyente insatisfecho... Hasta ahora no ha aparecido ningún ejemplo que te sirva de guía.

-Lo que significa -les dije arrellanándome en el sillón- que, como dice Tímoti, no tenemos nada.

-¿Y los que dicen haber visto a Dios o algún ser sobrenatural? -intervino él-, Es posible que ahí encuentres alguna pista. Como son pocos, podríamos volver a verlos en la pantalla. ¿Os parece?

En ese momento entraron en tropel los niños y la perra.

-Tenemos hambre -dijo Verónica dejándose caer en el suelo.

-Ya es hora de comer -confirmó Isabel mirando su reloj y recogiendo el rollo de papel para que Laila no lo destrozara-, así que mejor lo dejamos para la tarde.

Nos fuimos en el coche de Tímoti hacia las afueras de la ciudad, donde las ventas de carretera estaban llenas de gente dominguera, incluidos niños y ancianos, que llegaban, se iban, jugaban o permanecían sentados comiendo y charlando sin descanso. Era un trajín urbano rodeado de naturaleza. Por fin encontramos una mesa vacía, pero había tanta gente que tardaron una hora en servirnos. Cuando acabamos con los postres se nos había pasado la hora de la siesta. ¡Maldita sea!, pensé.

-Estamos cansados de jugar -dijo Alex- ¿No podríamos quedarnos un rato con vosotros? No hemos visto casi nada de las cintas.

-Venga, acomodaos por ahí -les dije interviniendo-, pero a ver si conseguís que Laila se quede quieta y se acueste.

Isabel encendió la pantalla y consultó la breve lista de los asistentes que habían tenido experiencias religiosas directas.

-Vamos a empezar por los místicos. No tenemos muchos ejemplos, y tú les dijiste a todos que fuesen lo más breves posible, así que terminaremos pronto.

Manipuló los controles con el mando a distancia hasta que las imágenes se detuvieron. Comenzó a hablar un hombre casi calvo, de unos cincuenta años, cara alargada y triangular con una leve barba. Vestía como un griego o un romano intelectual de los tiempos del Imperio.

-Soy Plotino -decía-, griego de Licópolis. Y siento decirte que jamás podrás conocer a Dios mientras vivas en este mundo. El es tan diferente de nosotros que es imposible comprenderlo. Pero, siendo la Luz de donde todo proviene, algunos hemos conseguido experimentar el calor de esa Luz como algo cercano-. Un primer plano permitió ver con claridad el especial brillo de sus ojos cuando el filósofo griego hizo una pausa y continuó ensimismado y ausente: -Con frecuencia me despierto de mi cuerpo a mí mismo. Me convierto en exterior a mí. Veo una belleza de una milagrosa majestad... Estoy identificado con lo divino, estoy en El, y llegado a este acto supremo quedo fijado en El-. Se detuvo de nuevo y esta vez bajó la vista un instante antes de seguir en un tono resignado-: Tras el descanso en lo divino, cuando vuelvo a caer en la reflexión y el razonamiento, me pregunto cómo he podido descender de esta manera una vez más, cómo mi alma ha podido venir al interior de mi cuerpo.

Durante unos segundos pareció que iba a continuar, pero al fin bajó la cabeza y se sentó.

-Conmover -intervino Tímoti-. Uno tiene la impresión de que está hablando de experiencias reales, aunque resulte evidente que sólo están en su cabeza.

-Aunque sólo sea eso -dijo Isabel rebobinado de nuevo la cinta-, era algo muy hermoso para él. Eso también es evidente.

Apareció otro personaje. Esta vez era una mujer vestida con un sencillo hábito de monja, de rostro anodino y expresión serena.

-Soy Teresa de Cepeda y Ahumada -se identificó-, nacida en Ávila y monja carmelita. Me gustaría ayudarle, señor, aunque tal vez me resulte imposible; pero no porque Dios sea tan misterioso y escondido como alguien ha dicho -resultaba evidente que se estaba refiriendo a Platino, que había hablado mucho antes que ella-, sino por la torpeza de mis propias palabras. Yo sé que Dios está en el mismo centro de nuestra alma, a la que veo, en un arrebató poético un poco simple, como un castillo con diversas moradas. El está viviendo en ese castillo, en una morada diferente para cada persona, según la perfección de su oración. Y está tan cerca que a veces puede una sentirlo vivamente, -se llevó las manos al pecho y las cerró sobre su hábito, levantó levemente la barbilla y entornó los ojos como si estuviese a punto de zambullirse en un trance-, aunque no sabría explicar todos los favores, las luces, los conocimientos, los comercios íntimos y amorosos de este gran Dios con respecto a su indigna criatura. ¡Ah! si se me permitiese decir cuántas veces, inundada de torrentes de voluptuosidad, ya no podía contener en mí este extremo calor que parecía consumirme hasta la médula de los huesos...

En ese momento se oyó una voz de hombre, alta y cantarina. La cámara lo buscó entre la multitud hasta enfocararlo. Una azafata corrió a ponerle el micrófono en la boca. Era un árabe vestido con una especie de burdo sayal de lana, salido del mismo corazón de la Edad Media, como supimos más tarde. En ese instante estaba diciendo:

-¡Como nupcias espirituales, como noche de amor, embriagadora y triunfal, en la que el hombre se hace Dios! Eso se experimenta cuando el alma consigue fundirse con la divinidad.

Se me oyó interrumpiéndole para pedirle que se identificara.

-Me llamo al-Halladj, de Bagdad, y pertenezco al Islam sufí. Soy un amador de Dios.

Isabel había detenido la cinta.

-Los sufíes eran considerados herejes por los propios musulmanes -dije recordando mis estudios en la Universidad NUNCA ES TARDE-. Se acercaban demasiado a Dios. Creo que a éste lo mataron. Una especie de ejecución al estilo inquisitorial.

Tímoti había estado meditando dándole chupadas a su pipa:

-Esto del misticismo me resulta un tanto erótico, ¿no os parece?

-Habría que estudiarlo más a fondo -le respondió Isabel manipulando de nuevo la cinta-, y eso le corresponde a Teófilo, si es que le interesa.

-¿Qué es erótico, papá? -preguntó Alex.

Tímoti pareció molesto. Se removió en su asiento con una pierna sobre la otra y entrelazó las manos como si fuese a dar una lección magistral, pero Isabel acudió en su auxilio.

-Erótico es algo que se refiere al sexo. Papá quiere decir que esas personas que hemos escuchado podrían sentir sensaciones sexuales cuando pensaban en Dios.

Lo dijo como quien explica un teorema matemático. Resultaba evidente que Alex no había entendido nada, pero prefirió callar porque advertía que iba a introducirse por unos vericuetos demasiado complicados.

-¿Qué os parece? -pregunté contemplando la figura inmóvil de al-Halladj que Isabel había dejado en pausa- Apuesto a que te encantaría tener una experiencia de ese tipo -respondió Tímoti preparándose un güisky con hielo.

-¿Por qué no? -terció Isabel siempre con su cigarrillo en alto-. A mí no me importaría sentirme así de extasiada.

-Yo daría la mitad de mi vida -dije casi en voz baja-, y no comprendo por qué no puede ocurrirnos algo así a todos nosotros.

-No tenemos más místicos. Vamos a repasar a los que han tenido visiones especiales. Si os parece. -Isabel quiso espantar el silencio que había pasado por la habitación como el soplo de las plumas de un ángel.

-Me parece que todos estamos un poco cansados de este

largo fin de semana, y vosotros tenéis mañana que trabajar, así que mejor continuamos en otra ocasión. Levantad el campo y despedíos efusivamente de mí. ¡Hala, a casa!

Cuando me quedé solo decidí que debía olvidarme de las estadísticas y las imágenes que habíamos visto, porque todo ello me punzaba la cabeza haciendo círculos concéntricos. Otra vez el tiovivo. Demasiados estímulos para tan poca cosecha. Necesitaba dedicarme a otra cosa al menos por aquella noche, pero no pude conseguirlo del todo porque, sin saber por qué, me vino a la memoria el matrimonio del hotel, su historia milagrosa y aquella precipitada marcha que no auguraba nada bueno.

Busqué el teléfono del sacerdote, don Aniceto, que me habían dado en recepción. Miré el reloj: eran las nueve de la noche, una hora apropiada para que un cura esté en su casa. Del otro lado sonó una voz agria.

-¿Dígame?

-¿Don Aniceto?

-Sí, quién es usted.

-Soy el hombre que buscaba a Dios. Iglesia de Santa Eufemia, junto al hotel Los pinares. ¿Recuerda?

Hubo unos segundos de silencio. La maquinaria cerebral de don Aniceto estaba tratando de localizarme, porque, evidentemente, me había olvidado del todo.

-Ah, sí -gruñó más que dijo.

-Tengo entendido que usted es amigo de don Gerardo y su señora. Fueron a verle allí para darle las gracias por sus oraciones en favor de su hijo Miguel.

-Sí.

-No tengo su dirección y me gustaría saber qué ha sido del niño, que se había recuperado milagrosamente de una grave enfermedad. Salieron precipitadamente del hotel y me temo que haya ocurrido algo desagradable.

-Eso es exactamente lo que ha ocurrido -dijo de mala gana.

-¿Ha muerto el pequeño? Cuánto lo siento.

-Ojalá -sentenció.

-¿Qué quiere decir?

-Que mejor hubiera sido. Ha sufrido una paraplejía total. Irreversible, por supuesto. -Hubo otro silencio. Yo me había quedado de piedra-. Afortunadamente son una familia cristiana que saben aceptar los designios de Dios.

Colgué.

¡Afortunadamente! Un niño de seis años condenado de por vida a vivir como un vegetal. Si aquello había que atribuírselo a Dios, resultaba de lo más siniestro. No, no era ése el Dios que yo buscaba.

El lunes sonó el teléfono. Yo acababa de desayunar y volvía de comprar el *Diario de la Europa Comunitaria*. No había hecho más que sentarme para leerlo: en Bruselas continuaban discutiendo acerca de política exterior y de defensa. Sin ponerse de acuerdo, por supuesto. Descolgué el auricular.

-Soy Dios.

Era una voz de mujer.

Me envaré en el sillón como si mi columna vertebral se hubiese convertido en el palo de una fregona. El *Diario de la Europa Comunitaria* cayó al suelo.

-¿Está libre esta tarde? Me gustaría charlar un rato con usted. Llevo toda la semana llamándole. ¿Dónde diablos se mete?

Era la estrafalaria prostituta del estadio, no cabía duda. Me sentí mordaz:

-Me extraña que no lo sepa, siendo usted Dios.

-Encanto, tengo mucho trabajo. ¿Nos vemos a las siete?

-Si se empeña.

-¿Tiene tequila?

-No, sólo Bacardi, güisky y vodka. Y zumos. ¿Tiene suficiente?

-Prepáreme un güisqui con hielo. No necesito nada más.

Y colgó.

¿Qué podía hacer yo, excepto largarme de casa antes de las siete? Consideré el hecho de que aquella mujer era un caso patológico, pero, que yo supiera, los episodios de violencia protagonizados por prostitutas eran números irrisorios en las estadísticas. Decidí recibirla. En el fondo me sentía atraído por la excentricidad disparatada de aquella mujer. Un caso único.

Me pasé el resto del día con los nervios a flor de piel. No conseguí centrarme en el periódico. Lo leí de cabo a rabo pero no me enteré de nada. Comencé de nuevo, haciendo un esfuerzo por distraerme. Noticias de violencia en Sudán. Los fundamentalistas islámicos seguían asesinando mujeres y niños en Oriente Próximo. Un tsunami había asolado las costas de... Desistí de aquellos titulares macabros y me centré en las pequeñas noticias, esos recuadros que casi siempre pasan inadvertidas. El movimiento popular contra las minas anti-persona continuaba machacando a los gobiernos occidentales. El Papa viajará en noviembre a Letonia. En Nápoles se ha inaugurado la sede de la Iglesia de los Hijos e Hijas de la Divina Madre...

Me quedé de una pieza. ¡La secta de Andrea comenzaba su andadura fuera del nido! ¿Qué se proponían, qué objetivos buscaban, aparte de presentar a Dios como una Madre? Seguí leyendo la letra menuda:

"La Fundadora y Dirigente de la llamada Iglesia de los Hijos e Hijas de la Divina Madre, María Carlota Reno, inauguró ayer la primera sede de su Iglesia en Italia. En Nápoles existe un grupo de seguidores que celebraron una fiesta tras la inauguración".

¡María Carlota! ¡La sexagenaria estudiante en la Universidad para Mayores NUNCA ES TARDE! ¡La que había estado a punto de violarme después de mostrarme su colección de diosas gordas y flacas!

Ahora encajaba todo, como si las piezas de un puzzle se hubiesen movido por sí mismas hasta acoplarse perfectamente unas a otras. El interés de mi amiga por las diosas de la antigüedad estaba motivado por su visión femenina de lo

divino. Una mujer frustrada sexualmente -¿una lesbiana reprimida acaso?- que se había desprendido de su madre anciana como quien se deshace de un mueble inservible, enarbolando la bandera de la Divina Madre, Dios. ¿Una compensación al odio que sentía por su madre biológica? ¿Una sublimación de su lesbianismo, de su feminismo frustrado?

¿Dónde estaría María Carlota en aquel momento? No importaba: lo que había sabido sobre ella era suficiente para mantener mi cabeza alejada de la próxima visita de mi amiga prostituta. Pero mi tiovivo interior comenzó a girar de nuevo y no se detuvo hasta que sonó el timbre de la puerta a las siete en punto.

Ella estaba apoyada en la jamba de la puerta con el brazo en alto. Vestía una prenda ceñida al cuerpo, de una sola pieza, gris perla con rayas negras inclinadas y una larga cremallera de arriba a abajo. Zapatos negros con una raya gris. Y sin pamelas. Su pelo color zanahoria, alto y ahuecado, emitía destellos de luz anaranjada desde la superficie de sus ondulaciones, dejando cuello y orejas al descubierto. Y masticaba chicle. Aparte de este desagradable detalle, hoy parecía una prostituta de esas que ahora llaman de *alto standing*.

-Me gusta ser puntual. -Su voz era cantarina como una fuente, hubiera dicho yo de ser poeta. Me apartó a un lado delicada pero firmemente y entró. Dejó su bolso gris perla con rayas negras transversales sobre un sillón y se sentó en el sofá mirándolo todo con curiosa indiferencia-. Vives bien, viejo verde. Tienes una casa bonita y acogedora. ¿Dónde está mi güisqui?

Puse sobre la mesita de centro la botella de Black and White, un vaso de tubo y el recipiente con los cubos de hielo. La serví como si tuviera delante a la mismísima reina de Inglaterra y le puse dos servilletas de papel.

-Una es para que dejes el chicle -le dije-. No quiero esa cosa gomosa y ensalivada pegada debajo de mi mesa. -Y me senté al otro extremo del sofá con mi vaso de zumo de melocotón y unas gotas de vodka. Ella se sacó delicadamente el

chicle de la boca y lo envolvió con la servilleta.

-Deberíamos presentarnos, ¿no te parece? Oficialmente soy Georgina Mariscal Pineda, licenciada en Ciencias Políticas. Y en paro. -Me tendió la mano con las uñas pintadas de gris perla.

-Teófilo. Teo para los amigos. Profesor de matemáticas jubilado. -Estrechó mi mano. Era cálida y fuerte y no tenía ninguna prisa por soltarla. Tuve que cogerla de la muñeca y tirar suavemente-. A propósito, ¿por qué me ha llamado usted viejo verde?

Su vestido le dejaba las rodillas al aire. Cruzó las piernas mientras me miraba sonriendo con el vaso en la mano. El vestido se deslizó más arriba.

-¿Por qué te empeñas en hablarme de usted? Ya somos antiguos amigos.

-De acuerdo.

-¿Por qué me has llamado viejo verde, Georgina Mariscal?

Bebió con el gesto de una dama educada en un colegio de monjas. Luego se inclinó hacia mí provocativamente y me señaló con el índice:

-Sé muchas cosas acerca de tus devaneos sexuales de viudo jubilado.

-¿De qué estás hablando?

-Mejor pregunta: ¿de *quién* estás hablando?

Me quedé de una pieza. Desde que murió Sofía sólo había tenido aquella estúpida e incompleta relación con María Carlota. Ella gorjeó alegremente echando hacia atrás su cabeza de zanahoria:

-Exactamente -dijo como si leyera mis pensamientos.

-¿Qué?

-María Carlota. -Su voz sonaba como la de una profesora que da a sus alumnos el nombre de un autor-. Sé lo de tu compañera de clase aquella tarde en su casa.

Ella sabía... ¡Qué tonto! Me di una palmada en la frente:

-Ya entiendo. Por supuesto. Sois amigas.

-Lo fuimos. Desde que se enredó con esa tontería de la Divina Madre no nos hemos vuelto a ver, aunque hablamos por teléfono de tanto en tanto. No para de viajar de un lado

a otro captando adeptos para su Iglesia. Está como una cabra. Y lo que más me enfurece es pensar que yo misma le di la idea. Le dije que era Dios.

Algo no funcionaba.

-Georgina, ¿qué clase de amistad puede tener una sesenta con una mujer joven como tú?

-Viejo chocho -sonrió con picardía-. ¿No lo adivinas?

-¿Sois lesbianas las dos?

-Yo soy heterosexual, bisexual, homosexual, transexual, hermafrodita, pedófila y gerontofílica. Lo que tú quieras. Soy Dios, ¿recuerdas? Lo soy todo. Hasta frígida y linfomana. Una experta en cuestiones sexuales. No olvides que el sexo lo inventé yo.

-¿Por qué te empeñas en decir a todo el mundo que eres Dios?

-No seas estúpido. No voy por ahí hablando de mi condición divina. Sólo a los amigos. Exactamente María Carlota y tú. Bueno...y a un cura gordo al que no me costó trabajo convencer.

-Pareces una neurótica obsesiva. Perdona.

-Y no es para menos. ¿Tú sabes las complejidades cósmicas que implica hacerse humano? Tienes que dejar tu divinidad allá arriba y arrastrar tu carne divinizada por aquí abajo con una estúpida licenciatura en Ciencias Políticas bajo el brazo. No soy neurótica; más bien una esquizofrénica paranoide.

Dejé mi zumo de melocotón sobre la mesa, apoyé un brazo sobre el respaldo del sofá y la cabeza sobre la palma de la mano. Ella sacó del bolso una pitillera de plata y encendió un cigarrillo. Me echó el humo directa y provocativamente a la cara. Traté de ignorar el nauseabundo olor a tabaco rubio de contrabando y me agarré a un hilo de su tela de araña divina.

-Si realmente eres Dios, ¿qué haces aquí? ¿A qué has venido a este perro mundo?

-¿De verdad quieres saberlo? -Se bajó unos centímetros la cremallera de su traje de una pieza y sus pechos respiraron aliviados de la presión.

-Por supuesto -Crucé las piernas nervioso.

-Estaba harta de tanto dolor en este planeta. Había ordenado a las oscuras fuerzas de la naturaleza que experimentaran con la vida, pero nunca imaginé que llegarían a estos extremos. El ensayo acabó en una chapuza.

-¿Cuál?

-La especie humana.

-¿Nunca imaginaste? ¿No puedes prever el futuro?

-Estoy muy ocupada. Tengo todo el Universo a mi cargo.

Hizo un gesto con la mano que sostenía el cigarrillo como si quisiera abarcar el mundo en unos centímetros.

-Vosotros no tenéis ni idea de lo que es el Universo. Estoy hundida en él hasta las narices. Me paso noches enteras sin dormir, pensando.

-Hablas como un ser humano vulgar y corriente.

-Ya te dije que soy esquizofrénica. Mi humanidad me está volviendo loca.

-¿Y qué piensas hacer con todo ese dolor que está desatado en este planeta? ¿Has decidido acabar por fin con él? ¿No más enfermedades, no más guerras, ni ciclones devastadores, ni terremotos, ni hambre, ni violencia?

Apagó el cigarrillo en el cenicero, se reclinó en el rincón del sofá y volvió a bajar su cremallera. Sus pechos perfectos, orondos, redondos, turgentes, se liberaron del todo. Dos pezones como chupetes de bebé, enrojecidos y tiernos, me miraron como ojos estrábicos.

-¿Pretendes que cambie en un abrir y cerrar de ojos lo que a la Naturaleza le costó millones de años? Su voz era insinuante, dura y urgente-. ¿Quieres que convierta la sociedad humana en un Paraíso Terrenal? ¿Que se vaya todo al carajo? ¿Que cambie el destino? Lo que hizo la Naturaleza, hecho queda. Si se equivoca, los errores desaparecen por sí mismos. El homo sapiens desaparecerá para siempre, como los dinosaurios. Más tarde o más temprano. Pero desaparecerá. Está escrito.

Se levantó con un gesto de suprema elegancia. No era la misma que me abordó en el estadio. Se acercó a mí despacio, con los senos inmóviles al aire. Yo la miré a la cara suplican-

do no sé qué.

-¿Entonces?

-He venido a dar placer a los seres humanos: hombres, mujeres, niños, ancianos, sanos, enfermos, cualquiera que sea su inclinación sexual. Quiero que disfruten del sexo. Voy a exterminar el tabú sexual de esta mierda de planeta.

Estaba delante de mí, erguida. Con gestos y movimientos infinitamente suaves, juntó mis piernas, colocó sus rodillas a ambos lados y se acomodó para que sus senos quedaran a la altura de mi cabeza. Puso sus manos entrelazadas en mi nuca y me obligó a mirarla con firmeza. Su voz era terciopelo suave.

-Vas a unirte con Dios. ¿No es eso lo que estás buscando? El sexo es la forma más perfecta de comunión, humana y divina. -Empujó mi cabeza hacia ella hasta que mi rostro quedó aprisionado entre sus senos. Yo no sabía qué hacer con mis manos- ¿Recuerdas lo que dijo Teresa de Jesús? ¡Ah, si hubieses oído a Catalina de Siena, a Teresa de Lisieux, a Juan de la Cruz! -Cada vez presionaba más mi cabeza contra su propia carne. Yo me estaba asfixiando. Empujaba débilmente sus caderas para librarme del abrazo sin conseguirlo. En ese momento ella me obligó a mirarla sin soltar mi cabeza-: ¿Sabes lo que hubieran dado por un momento como este? -Torció la cabeza a un lado mirando sin mirar y cambió el tono de su voz. De insinuante se volvió prosaico-: Claro que todos ellos hubiesen preferido que yo fuese un hombre.

Se incorporó al notar la perturbación y el sofoco en mi cara.

-¿Estás asustado? -preguntó extrañada- No sé por qué a los humanos os gusta tanto el sexo y al mismo tiempo lo despreciáis. Estáis clamando por un reciclaje erótico.

Se bajó la cremallera hasta el final, se quitó el vestido y se me mostró en toda su espléndida desnudez. Nunca había visto, excepto en el cine o en alguna revista, una mujer tan perfecta, a pesar del horrible color zanahoria de su pelo. Se inclinó para tomar mis manos y me levantó del sofá. Sin soltarlas, las llevó a sus senos y me transmitió el fuego que guardaba en lo profundo de sus huesos.

Yo no pude evitar una sonrisa. Más que una diosa, pensé, parece el diablo tentando a san Antonio en el desierto.

Me desnudó con movimientos ralentizados, me obligó a tenderme en el sofá y se colocó sobre mí como una pluma liviana.

-Ya verás. No hay nada más divino que un orgasmo dilatado, interminable. El Cielo es eso.

Nunca sabré lo que es el Cielo, al menos mientras viva, pero si se parece a algo humano debe ser, forzosamente, a este gozo inexplicable que Georgina, licenciada en Ciencias Políticas, prostituta y diosa, convirtió en eterno.

El resto de la semana vagué por la casa como un zombi desnudo, alimentándome con yogur, las carnes caídas, las bolsas bajo mis ojos, las arrugas de mis codos y rodillas, las varices y almorranas, pero tan feliz, tan conmovidamente feliz, como no me había sentido nunca.

Y esta vez no me acordé de mi pobre Sofía.

El viernes por la mañana sonó de nuevo el teléfono. Yo estaba aún algo atontado y hambriento, así que descolgué el auricular maldiciendo al intruso.

-Soy Jacob Havel, el judío que le entregó la Biblia hebrea. ¿Me recuerda?

Me despabilé en unos segundos.

-Por supuesto que sí. Me alegro que me llame.

-Ya ha pasado el tiempo conveniente y necesito que me devuelva el libro. ¿Puedo ir a recogerlo?

Aquellas palabras resultaban un tanto misteriosas y desde luego estaban relacionadas con el hecho de que la Biblia estuviera escrita en caracteres hebraicos. Sentí la necesidad de charlar con aquel hombre extraño de forma distendida.

-No puedo consentirlo -le dije-. Usted ha sido muy amable conmigo y soy yo quien debe ir a su casa y llevársela per-

sonalmente. ¿Le importa?

-¿Sabe usted hebreo?

-No.

-Entonces, ¿por qué dice que he sido amable?

-El simple hecho de ponerlo en mis manos ya es un gesto de gentileza que yo le agradezco.

-Puede usted venir cuando quiera. Será bien recibido.

-¿Cuál es su dirección?

-El número 37 de la calle Oriente, en la barriada Casas del Este. ¿Conoce el lugar?

-No importa, iré en taxi. ¿Le parece bien esta tarde a las seis?

-Muy amable de su parte. Le espero.

-No faltaré, señor Havel.

La llamada telefónica y el recuerdo de que al día siguiente llegarían Tímoti y los suyos, me despabiló del todo. Me duché durante largo rato, me afeité minuciosamente, me vestí con ropa ligera y salí a la calle a desayunar. Pantagruélico, me iba diciendo a mí mismo, debe ser un desayuno pantagruélico.

A la vuelta llamé a Leonora para que arreglase un poco la casa. Leonora era una chica de apariencia vulgar, extremadamente delgada y con el pelo castaño, corto y lacio, pero despierta, eficaz y callada como una máquina bien engrasada a la hora de trabajar. Era huérfana de madre y vivía con su padre, prematuramente jubilado por enfermedad, y tres hermanos menores que ella que aún estaban en el colegio. Ayudaba a la economía familiar limpiando en casas ajenas, además de la suya. Yo había conseguido que me contara algunas cosas de su vida a fuerza de arrancarle monosílabos y gestos de cabeza. Desde hacía más de un año venía todos los lunes a dar un repaso a la vivienda, pero yo quería que fuese aquella mañana, para que Isabel, cuando llegara, lo encontrara todo en orden. Siempre andaba regañándome:

-No sé como puedes vivir en esta leonera.

Y yo le contestaba con un juego de palabras:

-Cuando venga Leonora ya no será una leonera.

-Por unos días, supongo -contestaba ella sin inmutarse.

Me encontré de pronto animado y optimista. Cuando ella acabó la limpieza, una larga jornada que duró hasta más allá del mediodía, la invité a comer.

-Llama a tu padre y dile que no te espere. Vas a comer conmigo.

Me miró con extrañeza. ¡El señorito la invitaba a comer! Pero no rechistó. La llevé a un bar cercano donde servían unas sabrosas raciones de pescado y de carne. Leonora comió mirándome de vez en cuando de reojo. No acertaba a comprender mi estado de ánimo y estaba confusa. Pero tenía buen apetito. Se zampó un plato de boquerones fritos, una chuleta de cerdo con un huevo y patatas, todo un bollo de pan tierno y unas natillas con una galleta en lo alto. Debía tener una solitaria kilométrica.

Salimos a la calle y la acompañé un trecho.

-¿Tienes novio, Leonora? -pregunté por decir algo.

-No.

-Eres muy joven todavía, claro.

Al cabo de unos segundos aclaró:

-Tengo veinte y cuatro años.

Era una confesión desesperanzada.

-¿No hay ningún chico por ahí que te guste? ¿Alguien que se interese por ti? -Me estaba metiendo en un terreno que no me pertenecía, pero tenía que seguir la conversación.

-Me paso el día de aquí para allá, trabajando.

-¿Y los fines de semana? ¿No sales con las amigas?

-Tengo pocas amigas. Desde pequeña, como faltaba mi madre, tuve que ocuparme de mi padre y de mis hermanos.

-Comprendo. Has hecho de ama de casa desde niña. -Se me ocurrió una pregunta inoportuna:- ¿Eres feliz? ¿Estás contenta?

Se encogió de hombros, muy seria:

- La vida es así.

-La vida no debería ser así. Eres una chica estupenda y te mereces algo mejor.

Se miró los zapatos mientras andaba, luego levantó la cabeza y sacudió el pelo como en un tic nervioso.

-Es lo que me ha tocado. Como la lotería.

En ese instante, como si un destino inmisericorde lo hubiese decidido así, en la acera de enfrente, donde había un mesón de lujo, se detuvieron varios coches. Del primero bajó un hombre que abrió la puerta a una deslumbrante chica vestida de novia, toda ella tisúes, tules, velos, flores, lazos y demás perifollos. El novio, de chaqué y pajarita, con cara de actor cinematográfico, le dio el brazo y entraron. De los otros coches salieron numerosas personas ostentosamente ataviadas y siguieron a la pareja hasta el interior del local, desde el que podían oírse los machacones compases de una marcha casamentera.

Leonora se había detenido para contemplar el espectáculo. Y yo con ella. A mí, aquello me pareció un despropósito de proporciones insultantes, pero Leonora miraba a la novia con los ojos brillantes y una leve sonrisa ensoñadora. No la envidiaba. Sencillamente la estaba admirando.

Sentí rabia. Y un deseo estremecedor de desaparecer de pronto y encontrarme en otro planeta, en algún lugar donde la suerte, el destino, la lotería o lo que fuese, no existiera. Seguimos caminando en silencio.

-Iba muy guapa, ¿verdad? -comentó ella.

-Sí.

Nos despedimos. Leonora cambió de dirección sin dejar de mirar al mesón donde se celebraba la boda. ¡Cuántas ilusiones y sueños sin realizar!, me fui pensando apoyado en mi bastón. ¿Qué clase de vida era esta? Pero no había respuesta a mi pregunta.

A las cinco ya estaba preparándome para la visita al señor Havel. Aunque hacía calor no me pareció conveniente presentarme en mangas de camisa, así que me vestí con un traje de chaqueta veraniego color marengo que resultaba bastante respetable, y le añadí una corbata en gris claro para darle al conjunto un toque más animado.

La calle de Oriente resultó ser un conjunto de comercios de los más variopinto. Allí se podían encontrar muebles de segunda mano, libros usados, antigüedades, muñecas de por-

celana y de trapo, relojes de sol, objetos para gastar bromas, pinos de plástico, discos de música hindú, ponis de cartón piedra a tamaño natural y toda clase de vestimentas: disfraces de carnaval, capirotos y sayones de diversos colores para las Cofradías, vestidos de noche, levitas y libreas, trajes de toreros, de militares, de cazadores y de safaris... La casa de Jacob Havel resultó ser una tienda más, sobre cuya puerta, en una larga tabla de color caoba, podía leerse en caracteres rojos que imitaban la escritura gótica: EL JARDÍN DEL EDEN, y debajo, en letras más pequeñas: Bisutería fina. Junto a la puerta había un pequeño escaparate cargado de toda clases de collares, diademas, pendientes, brazaletes, anillos, pulseras, cadenas, horquillas, gemelos, sujeta-corbatas, llaveros y amuletos. Todo aparentemente revuelto y sin embargo ordenado. ¿Cómo lo conseguirían?

Empujé la puerta de madera y cristal y se oyó el repicar de una campanilla. En seguida apareció una muchachita pecosita, de ojos azules y pelo azafranado recogido en dos trenzas que caían sobre sus pechos menudos. No cabía duda: el escaparate era obra suya.

-Buenas tardes -dije educadamente-. Vengo a ver al señor Havel.

-Al abuelo, ¿verdad? Le está esperando.

En un enorme reloj de pared sonaron las seis. Me hizo pasar detrás del mostrador y me llevó a un hueco en las estanterías llenas de pequeñas cajas blancas, un hueco cubierto por una cortina de franjas color tierra y beig horizontales. La descorrió y me hizo pasar. Era la trastienda. Había un ventanal por el que entraba la luz de un patio con rosales y madreselvas y muebles antiguos y pesados. Sentado en una butaca ante una mesa redonda, estaba don Jacob. El hombre de los acertijos se levantó para estrechar mi mano y me invitó a sentarme junto a él en otra butaca. Antes de hacerlo coloqué sobre la mesa la Biblia cubierta en papel de envolver, la liberé de su envoltura y la dejé ante él ceremoniosamente. Don Jacobo lo tomó como si lo acariciara.

-Debe usted perdonarme esta pequeña broma -dijo sonriendo.

-No estoy seguro de que haya sido una broma.

Ahora tenía un gesto grave y ceñudo.

-Ya que se ha dado cuenta se lo diré -susurró en tono severo-. En el estadio, muchas personas mencionaron la Biblia. Quise que usted entendiera que es un libro exclusivamente hebreo, que pertenece al pueblo judío y ningún otro tiene derecho a utilizarlo. En la Biblia está nuestra historia, sólo la historia de mi gente, sus avatares, sus pensamientos, sus poemas, sus anhelos, ilusiones, decepciones y errores. La Biblia hebrea sólo debe leerse en hebreo. Si alguien quiere leerla, que aprenda nuestra lengua.

Se hizo un silencio en la habitación, que parecía tan enfadada como su dueño. Luego siguió en el mismo tono:

-Los cristianos nos robaron nuestras Escrituras y las interpretaron como les vino en gana. Los musulmanes hurgaron en ella como si fuera un cesto de ropa y se llevaron lo que quisieron. Nadie tiene derecho a robar algo tan precioso a todo un pueblo.

-Pero los primeros cristianos no podían hacer otra cosa, puesto que eran judíos, como su Maestro.

-Lo entiendo, créame. Pero ¿qué hicieron con la Torá? No les interesaba y de todo el Pentateuco sólo se quedaron con lo que después llamaron *los Diez mandamientos*. Y muy poco más.

-Le sacaron mucho partido a los relatos de la creación y a la caída de la primera pareja -dije intrigando con él-. Pero todo eso fue mucho después. Cuando murió Jesús, sus seguidores, como los de Juan, sólo predicaban la llegada del Reino de Yahvé...

-No pronuncie. el sagrado nombre, por favor -me interrumpió levantando la mano derecha.

-Perdone..., me refería al Reino de Dios tal y como lo describen los profetas. Aquellos discípulos seguían asistiendo a las sinagogas y al templo. Las Escrituras eran parte de su educación y de sus vidas. Luego pasó el tiempo y nadie fue capaz de desprenderse de aquellos libros. Al fin y al cabo, en ellos fue donde encontraron justificaciones a su idea de que Jesús era auténtico Hijo de Dios.

-Fue una manipulación descarada -recalcó él enfadado-. Tomaron los textos mesiánicos y los adaptaron a sus intereses. No tenían ningún derecho.

En ese instante entró la chiquilla de las trenzas de azafrán con una bandeja que colocó sobre la mesa. Eran dos tazas de leche con miel y un plato con bollitos tiernos rebozados de azúcar. No faltaban las dos servilletas de tela blanca de algodón con cenefas de ganchillo.

-Espero que no tendrá inconveniente en acompañarme -dijo el anciano relajándose. Yo fui el otro anciano que se relajó.

-Estoy encantado. Tengo hambre.

Aquellos dos viejos mojamos nuestros bollos en la leche y merendamos como dos chiquillos. No hay nada como el instinto primario de comer para cerrar el grifo de la adrenalina.

-De todas formas -dije sin dejar de masticar-, su Biblia no me hubiera enseñado nada acerca de cómo encontrar a Dios. Ya la he leído y no me sirve.

-Abrahám se lo encontró en Mambré en forma de hombre -masculló don Jacobo mojando otro bollo-, y le dio de comer: cordero, pan, manteca y leche. Moisés lo vio como una zarza que ardía sin consumirse, y en otra ocasión pudo ver sus espaldas en el Sinaí; a Gedeón se le apareció en forma de ángel; Isaías y Ezequiel, como un hombre subido en un trono y rodeado de su gloria; Daniel, como un anciano de larga barba blanca... Pero todos ellos eran elegidos.

Me limpié la boca con una de las servilletas.

-Lo que significa que ni usted ni yo le veremos.

-Me temo que en este mundo no.

Suspiré con resignación. Me había comido tres bollitos con azúcar, leche y miel y me encontraba relajado. Tampoco había esperado nada de aquella entrevista, excepto desentrañar el misterio de la Biblia escrita en hebreo y que estaba sobre la mesa junto a la bandeja.

Entonces el anciano se levantó y la colocó en un atril que había encima de una cómoda cubierta de una piedra de mármol, un tapete rojo con ribetes amarillos y dos pequeños candelabros de seis brazos. Luego volvió a su asiento.

-Ese libro tiene algo especial para usted, ¿verdad? -le pregunté observando con qué mimo lo colocaba en el atril.

-Ya veo que es buen observador. Pero no es especial sólo porque se trata de un libro sagrado para nosotros. Ese ejemplar perteneció a mi abuelo, que se lo dejó a mi padre. - Su rostro se ensombreció bajo los recuerdos-. Mi familia era judía alemana. Vivíamos en Augsburg cuando los nazis comenzaron a perseguir a los nuestros. Mi padre sabía que vendrían a por él. Unos días antes me entregó esa Biblia y me encargó que la guardase mientras tuviese aliento. La Gestapo se lo llevó al campo de concentración de Bergen-Belsen. No le volvimos a ver más. Nosotros logramos huir a Suiza con la ayuda de unos amigos y después a Francia. Yo era un adolescente de doce años. Nunca olvidaré aquello.

Volvió el silencio, pesado y siniestro, que también pareció extenderse a toda la habitación, sus muebles y sus cuadros.

-Yo también perdí a mi padre a esa edad -dije en un intento de confortarle-. Pero a él lo mató una enfermedad. Lo de usted...

-Lo único que me sirvió de consuelo fue cuando, más tarde, supe que los aliados habían ejecutado al comandante del campo, un tal Kramer, a quien todos llamaban *la bestia de Belsen*. Pero aquello no me devolvió a mi padre.

No sabía qué decir. Le puse una mano en el hombro y la apreté con fuerza. Durante unos segundos estuvimos los dos sumidos en nuestros propios pensamientos. Luego me levanté para despedirme.

-Ya es hora de que me vaya, don Jacob. Siento lo de su padre, pero usted..., bueno, usted tiene al menos el consuelo de sus Escrituras.

-En cierto modo sí. Pero sólo en cierto modo.

-Celebro haberle conocido -él se levantó para darme la mano y me acompañó hasta la puerta. La chiquilla azafranada de ojos azules me despidió con una sonrisa-. Confío en que nos veremos otra vez, señor Havel. ¿Me llamará?

-Le invitaré en la próxima fiesta judía. Y espero que encuentre pronto a ese Dios que está usted buscando.

Le miré sonriendo con picardía.

-A lo mejor tengo suerte y en lugar de un Dios encuentro un montón de dioses.

-¿No le importaría ser politeísta? -preguntó incrédulo.

-Respeto sus creencias, señor Havel, pero si quiere que le diga la verdad, a mí me da lo mismo que haya muchos dioses o uno sólo.

-Es usted un hombre extraño, Teófilo.

Volví a mirarle directamente a los ojos sin dejar de sonreírle.

-La divinidad también -le dije casi en voz baja.

Me marché calle abajo en busca de un taxi.

La mañana del sábado llegaron todos en tropel. Los niños y Laila entraron en su cuarto para dejar sus cosas. Isabel llevó la bolsa de viaje a su habitación, sacó un par de bocadillos y los entregó a Alex y Verónica. Tímoti se preparó un café solo, encendió esta vez su pipa y se instaló en uno de los sillones dispuesto a empezar cuanto antes. Pero yo no tenía prisa. Cuando los niños salieron a dar una vuelta en bicicleta les conté las novedades: la visita de Georgina, las noticias de María Carlota, la charla con don Aniceto. Lo de Georgina, y dado que yo no les ahorré detalles, les mantuvo riendo a carcajadas durante varios minutos, hasta que a Tímoti le dio un golpe de tos. ¿Reían por las excentricidades de la prostituta divina o por nuestra relación sexual? ¡Un viejo sin más experiencia que la de un matrimonio convencional y conservador con una escultural belleza de treinta años fogueada y experta en relaciones eróticas! Realmente era para reírse.

Cuando al fin se calmaron comenzamos a trabajar. Isabel, sentada en el suelo sobre varios cojines y las piernas cruzadas, rebobinó la cinta para continuar donde nos habíamos quedado la semana pasada: en los visionarios.

En la pantalla apareció una nueva imagen. Era un hombre de aspecto rústico, ancho y fuerte. Se escuchó mi voz, advirtiéndome como siempre:

-Identifíquese, por favor.

-Me llamo Ángel Miguel -sonó una voz varonil y recia, que hablaba con urgencia- y soy curandero. Dios me ha dado el poder de sanar a los enfermos, como hizo su Hijo. Pero no soy yo quien cura, sino mi Padre, que me ha dado esta fuerza que me sale por la boca y por las manos y por todos los poros de mi cuerpo. El me ha encargado esta misión, y yo curo a todo el que viene a mi casa. ¡Y no vayan a creer que lo mío es un negocio -estaba mirando a todo el público, desafiante-, porque yo no cobro nada a nadie! El que quiere me deja una limosna, y con eso tengo de sobra para vivir porque...

Tuve que interrumpir su perorata:

-Perdone, don Ángel Miguel, pero todos nosotros quisiéramos saber de qué forma le llegó ese poder. ¿Ha tenido alguna visión?

-Naturalmente -su voz seguía siendo demasiado alta-. Estaba yo en mi casa un día, me acuerdo que era por la tarde, echándole de comer a los animales, cuando se me apareció Jesús en persona, de pie, al lado de un muro bajo de piedra que hay en el corral. Su cuerpo era... como transparente, y despedía una luz como si estuviera encendido por dentro. Y sonreía, y me habló, y me dijo que Dios era mi Padre y que mi Padre quería que yo me dedicara a sanar a los enfermos...

-¿Usted ha creído siempre en Dios?

-Desde muy chico, sí señor -lo dijo con orgullo, como el militar que habla de sus medallas ganadas en combate.

Conseguí que se tranquilizara y se sentase, aunque la cinta demostró que siguió hablando con las personas que tenía a su lado, llevándose las manos al pecho y gesticulando con ellas como si no pudiera estarse quieto ni callado. Yo había visto a personajes como Ángel Miguel, hombres y mujeres, en algunos programas de televisión tan extravagantes como los entrevistados. Todos aseguraban haber tenido una visión divina, aunque no siempre era la misma. En cierta ocasión escuché a un individuo que relataba, sereno, relajado e imper-

turbable, cómo había hecho un viaje al Cielo, donde habló con Jesucristo, con el Espíritu Santo y con el mismísimo Padre Eterno. Se trataba de fenómenos que ni la psiquiatría ni la psicología habían estudiado en profundidad. A lo más que habían llegado los expertos se reducía a dos palabras: psicosis alucinatoria. Pero yo seguía creyendo que ni ellos mismos sabían qué demonios era aquello, aparte de una etiqueta tranquilizadora. Aunque lo que aquel hombre llamado Ángel Miguel creía no había quien se lo tragase, siempre quedaría en el aire el hecho de que lo creía con una fuerza tan impresionante que a él mismo lo ponía nervioso. Por supuesto que estaban por ahí los impostores, los redomadamente embusteros, los fantasiosos, los fanfarrones, los fabuladores más ladinos, los soñadores engañabobos..., toda una caterva de gente sin escrúpulos que sólo pretendía notoriedad y dinero. Pero Ángel Miguel estaba convencido de que había visto a Jesús. No había más que examinar con cierto detalle sus gestos, su rostro, el tono y el timbre de su voz. ¿Cómo había llegado a aquella convicción?

-No es exactamente lo mismo -estaba diciendo Tímoti como si hubiese adivinado todo lo que yo pensaba en esos momentos-, pero no sé por qué este hombre me recuerda a los místicos que hemos visto y oído.

-Los místicos estaban más relajados -puntualizó Isabel.

-Pero la convicción de haber visto algo sobrenatural tiene la misma profundidad en este hombre que en Teresa, Platino o al-Halladj -siguió Tímoti-, como si todos ellos se hubiesen confabulado.

-Nadie nos sacará de dudas -dije-, así que será mejor continuar.

Isabel manipuló de nuevo la cinta. Cuando la detuvo, una mujer de unos cincuenta años, vestida con evidente elegancia, el rostro fino y alargado y un par de collares de perlas blancas, contaba su experiencia con voz serena y además relajado:

-He conocido a una señora que ha visto a la Virgen. No ha querido venir porque la asusta hablar delante de tanta gente. Es una mujer sencilla, que vive en el campo. Un día se

sintió irresistiblemente atraída hacia una encina solitaria que había al otro lado de un arroyo, cerca de su casa. Se asustó cuando vio una luminosidad rodeando el árbol, hasta que se concretó en la figura de una mujer radiante vestida toda de blanco. Así empezó todo. Ahora cientos de personas se reúnen todos los viernes en el campo, ante la encina, donde la Virgen se le aparece. Ella entra en éxtasis, se le ponen los ojos en blanco y no siente nada cuando la tocamos. Cierta día nos dijo que la Virgen iba a hacer un milagro a la semana siguiente. Acudimos casi mil personas, y todos pudimos ver el baile del sol.

-Explíquese, señora -le dije ante el silencio en que se había sumido-. ¿Qué es el baile del sol?

-Es un espectáculo inenarrable. El sol comenzó a moverse, se expandía y se achicaba, parecía a veces que iba a caer sobre nosotros. Todos pudimos verlo. Se repitió varias veces, y vinieron especialistas en fenómenos paranormales que atestiguaron la veracidad del hecho. Incluso tomaron imágenes. Se trata de una prueba irrefutable de que Dios existe. Usted puede encontrarlo a través de la Virgen. Póngase en sus manos y no se arrepentirá.

Se sentó y se puso a abanicarse al tiempo que se pasaba la mano por la frente.

-Me gustaría ver esas imágenes del sol en pleno baile -dijo Isabel rebobinando.

-Si el sol se hubiese movido -añadió Tímoti- nos habríamos achicharrado todos en este planeta. La gente puede ver cosas así, pero una videocámara, imposible.

-A mí comienza a ponerme nervioso este asunto de los intermediarios -les dije con cierto enfado-. Un sacerdote me dijo que buscara a Jesús y él me llevaría a Dios, otro que le buscara en la Biblia, y esta señora, que me lo mostrará la Virgen María. ¿Es que no es posible encontrarlo directamente?

-Poned atención -reclamó Isabel-, éste es un caso realmente interesante.

En la pantalla había un hombre delgado y bajito, casi totalmente calvo, con barba y bigote enmarañados y un sayal.

desastrosamente viejo. Sostenía un cayado larguísimo en la mano izquierda con el que golpeaba repetidamente el suelo. Se estaba identificado:

-Soy Ezequiel -decía con voz potente-, sacerdote del Templo de Jerusalén y profeta hebreo en el exilio de mi pueblo en Babilonia.

-¡Santo cielo! -se me oyó decir mientras cubría el micrófono con la mano- ¡Este hombre puede estar hablando de sus visiones durante una hora!

-Córtale el rollo -decía Tímoti en voz baja.

-Por favor, Ezequiel -mi voz sonaba a través del micrófono en todo el estadio-, sea usted lo más breve posible. Queda mucha gente que quiere hablar también.

-Yo he visto a Dios en su gloria, aunque no os contaré la visión que tuve de su carro y de sus ángeles. Sólo diré que sobre el carro y los ángeles había como una bóveda resplandeciente como el cristal terrible, extendida por encima de sus cabezas. Por encima de la bóveda había algo así como una piedra de zafiro en forma de trono, y por encima de este trono, en lo más alto, una figura de apariencia humana. Vi luego como el fulgor del electro, algo así como un fuego que formaba una envoltura, todo alrededor, desde lo que parecía ser sus caderas para arriba; y desde sus caderas hacia abajo, vi como fuego que producía un resplandor en torno, semejante al arco iris que aparece en las nubes los días de lluvia. Tal era este resplandor, todo en torno. Era algo como el aspecto de la gloria de Yahvé. A su vista yo caí rostro en tierra y oí una voz que me hablaba...

Tuve que cortarle el rollo, como decía Tímoti: -Gracias, Ezequiel, por su testimonio. Ha sido impresionante.

Se oyó un murmullo generalizado entre los asistentes.

-Apaga un momento, Isabel, creo que tengo algo interesante.

Me levanté y cogí una Biblia de la estantería. Busqué el libro de Ezequiel y estuve hojeándolo. Era imposible leerles toda la visión, puesto que el libro entero era una visión tras otra: sesenta páginas con cuarenta y ocho capítulos. Luego busqué a Isaías hasta dar con la visión que tuvo en el Tem-

plo. Era muy parecida a la de Ezequiel, aunque mucho más sucinta. Los ángeles que vio Isaías tenían seis alas, en lugar de las cuatro que había detectado Ezequiel, pero Dios seguía teniendo figura humana. Como siempre.

Otro tanto ocurrió a continuación cuando Isabel localizó al siguiente personaje, que nada tenía que ver con la Biblia.

El individuo que apareció en la pantalla iba vestido como un alto dignatario hindú: largos pantalones abombados de color miel, ancha faja azul índigo sobre la que se ajustaba un espléndido cinturón cubierto de pedrería y una funda en la cadera de la que sobresalía la empuñadura de una espada; camisa a juego con el pantalón y chaquetilla torera sin mangas revestida con piedras preciosas; y un cubrecabeza con un broche de oro del que pendía una luminosa diadema que le cubría las sienes. En medio de aquella pequeña multitud, era un sujeto que no comprendo cómo se nos pasó desapercibido desde el primer momento. La verdad es que, al levantarse, su figura resultaba imponente.

-Soy Arjuna, tercer príncipe pandava, que venció a los kurus en la llanura de Kurukshetra. Mi carro de combate iba guiado por el inefable Krishna, que en aquel instante supremo me inició en el camino de la sabiduría. El me habló de sí mismo con tan encendidas palabras que le rogué me mostrara su forma soberana y divina. Y él accedió y le vi: Tenía multitud de ojos y bocas, con gran número de portentosos aspectos, con gran profusión de ornamentos divinos y blandiendo numerosas armas refulgentes; ataviado con espléndidos collares y ostentosas vestiduras; perfumado con aromas de celestial fragancia; rebosando maravillas; divino, resplandeciente, infinito, con la faz vuelta en todas direcciones. Si la deslumbradora luz de mil soles surgiera a la vez en el firmamento, fuera tan solo penumbra de la refulgencia de aquel ser magnánimo. Allí, en el cuerpo del Dios de dioses, contemplé reunido el Cosmos entero en su inmensa variedad de seres. Y sobrecogido de estupor y asombro, erizado el cabello, incliné mi cabeza ante Dios.

Se hizo un silencio total en el estadio, porque la potente voz del príncipe había retumbado como un trueno en los al-

tavoces. Isabel detuvo la imagen de Arjuna y se volvió a nosotros.

-Es una descripción tan interesante como la del profeta Ezequiel -dijo entrelazando los dedos sobre sus piernas-. ¿No os parece?

Tímoti dio una chupada a su pipa y respondió por mí:

-Es simple literatura, Isa. Literatura judía en un caso y literatura hindú en el otro. Los dos pretenden deslumbrarnos con sus descripciones, pero resulta evidente que Dios no necesitaría convertir su imagen en un espectáculo. -Sonrió con picardía-: Más lógica me parece la aparición de la divinidad en forma de prostituta.

Isabel reía aún cuando encontró a otro de los asistentes al estadio.

Miré el reloj de pared colgado entre las dos ventanas de la habitación. Me sentía cansado.

-¿Por qué no damos un paseo y comemos? -sugerí-. Estamos trabajando demasiado a prisa.

El aire suave que venía del mar me refrescó también la mente, como ese otro airecillo del otoño que limpia el suelo de hojas secas. Hice un esfuerzo y me olvidé de lo que estábamos haciendo dentro de mi casa. Me centré en el mundo, esta diminuta parcela del mundo, que me rodeaba por todas partes, y disfruté de la presencia de aquellos amigos, incluida Laila, sin duda. Eran toda mi familia. Mi madre se había ido muchos años atrás y Andrés andaba enredado con los problemas de sus tres hijos y sus siete nietos. Nos llamábamos a menudo, pero una conversación sin la presencia del otro, su voz sola vibrando a través de un hilo, no satisface las necesidades de comunicación más profundas. Cierto que asistí a las bodas de sus hijos, todas ellas civiles, pero aquella sucedió tan rápido que no me sirvieron de nada los abrazos apretados que nos dimos. Tímoti, Isabel, Verónica y Alex hicieron de hijos y nietos desde que comencé esta andadura que ahora tanto me recuerda a la de don Quijote. Así pues, me dediqué a sacarle todo el jugo a esta situación tan agradable.

Después del almuerzo, descansamos un rato (yo no quería prescindir de mi querida siesta), nos desperezamos, tomamos algo fresco para aliviar el calor y volvimos al personaje que Isabel había encontrado.

Por su vestimenta resultaba obvio que también se trataba de un oriental. No era tan ostentosa como la del príncipe Arjuna, pero seguía siendo rica y digna. Un turbante blanco le cubría la cabeza y, en su rostro, desde la nariz prominente hacia abajo, todo era pelo negro y brillante. Por lo visto, los asistentes a tan extraña reunión habían captado mis indicaciones: se estaba identificando.

-Soy el gurú Nanak, de Lahore, ferviente musulmán y conocedor del hinduismo y del cristianismo. Al cumplir los treinta y cinco años tuve una maravillosa visión que cambió toda mi vida. Vi delante de mí las majestuosas e impresionantes puertas del Paraíso. Poco a poco se fueron abriendo por sí mismas y una luz deslumbrante me hizo caer en tierra. Cubriéndome los ojos para no cegarme intenté mirar lo que había tras aquella intensa luz, pero no pude percibir nada.

-¿No vio, pues, a Dios? -se me oyó preguntar.

-No le vi. Es imposible verlo. Pero pude escuchar su voz terrible: *Ve, repite mi nombre -me decía- y haz que lo repitan los demás hombres.* Desde entonces me dediqué a la predicación y fundé una Iglesia, la religión sikhs, en la que todos pueden encontrar a Dios si siguen la *bahkti-marga*.

-¿Podría usted explicarnos qué significa eso?- Tímoti se me adelantó esta vez.

-Los hindúes llamamos así a la *senda de la devoción*. Sólo ella nos puede llevar a Dios, al que podemos ver como a un niño, como a un padre, como a un amigo, como a un señor absoluto del que somos esclavos o como a un amante. Por el amor de la devoción, expresado de tan diversas formas, nos acercamos a él y lo encontramos.

-¿Quién es ese tipo? -preguntó Tímoti.

Isabel estaba rebuscando algo entre sus papeles:

-¿No fueron los sikhs los que asesinaron a Indira Gandhi?

-Creo que sí. Esperad un momento.

Fui a coger uno de los tomos de la *Guía Mundial* y busqué "India". Leí con avidez los sucesos de los últimos años. Luego me senté entre ellos.

-Escuchad, esto es interesante: los sikhs han venido reivindicando el Pundjab como estado independiente desde el siglo XVIII. En 1984 se agravaron los incidentes entre estos separatistas y el gobierno de Indira Gandhi. El ejército indio invadió Anrístar, su ciudad sagrada, murió su líder y el Templo Dorado de los sikhs fue profanado. Ellos asesinaron a Indira como represalia y, en represalia, los hinduistas llevaron a cabo una verdadera masacre entre los sikhs. -Cerré el libro de mal humor-: Nacionalistas, separatistas, terrorismo, enfrentamientos"... Eso no se parece nada a lo que acabamos de oír a su gurú fundador.

-La religión puesta al servicio de intereses políticos y étnicos.-concluyó Tímoti.

-La política y los intereses étnicos puestos al servicio de la religión -puntualicé yo-. Aunque da igual.

Isabel había encontrado lo que buscaba:

-La historia se repite en todas partes -dijo. Hizo una pausa y continuó-: Afortunadamente hemos acabado con los visionarios. ¿Cuál es el siguiente paso?

-Resumir y reflexionar.

Tímoti me llevaba siempre la delantera.

En ese momento entraron Laila, Alex y Verónica, los tres a la vez, seguidos de un hombre joven con la cabeza rapada, bien afeitado y vestido con una chaqueta de una pieza y pantalones holgados, todo de color del azafrán. Entre las manos cruzadas a la altura de su vientre llevaba un libro no muy voluminoso con la cubierta azul. Lo reconocí en seguida como un adorador de Krishna, la divinidad más popular dentro y fuera de la India. Por lo visto, aquella mañana iba a estar dedicada toda ella a los hindúes.

-Hemos encontrado a este señor en la calle, buscando al abuelo Teófilo -dijo Alex. Verónica no dejaba de mirarlo de arriba a abajo.

-Buenos días -saludó el recién llegado desde la puerta- Si no les importa me gustaría hablar con el hombre que está buscando a Dios. ¿Es un momento oportuno?

-Naturalmente. -Me adelanté para estrechar su mano-. Estos son mis amigos Isabel y Timoteo, y los niños son sus hijos. Pase y tome asiento donde quiera.

-Encantado de conocerles.

Entró con paso tímido, y después de mirar a un lado y a otro decidió sentarse junto a Isabel, sobre la alfombra y los cojines, con las piernas cruzadas. Laila se acercó a olfatearlo con más detenimiento y Alex se la quitó de encima con un par de manotazos.

-Me llamo Juan Pérez -dijo. Todos nos quedamos con la boca abierta. ¿Cómo podía llamarse Juan Pérez un hombre con aquella imagen? -He encontrado la paz como discípulo de Krishna desde hace tres años. Estuve en la reunión del estadio, pero no quise hablar porque la verdad es que me quedé transpuesto cuando escuché al príncipe Arjuna. He preferido venir a verle por si puedo ayudarle. Usted dijo que podíamos hacerla.

-Por supuesto. Acabamos de revisar las películas que hicimos y ya hemos terminado prácticamente. Tenemos todo el tiempo que usted quiera hasta la hora de comer.

-En este libro tengo una descripción maravillosa de Dios, pronunciada por él mismo. Es *El Canto del Señor*, que los hindúes llaman Bhagavad Gita. ¿Puedo leerles unos párrafos? - Nos miró a todos con una seriedad impropia de un Juan Pérez.

-Será un placer para nosotros -hablé en nombre de todos y mirando de reojo a Tímoti, que tenía una expresión de resignada paciencia.

Abrió el libro sin buscar la página, lo apoyó sobre sus piernas como si éstas fueran un atril, juntó las manos en el gesto típico del orante y comenzó.

-Yo soy el principio del mundo, y asimismo soy su fin. Conmigo está entrelazado el Universo entero, como están enhebradas en su hilo las perlas de un collar.

Su voz era suave como una salmodia, un canto que nada tenía que ver con la inefable presencia de lo divino, sino con la belleza de un recitado humano en el que se pone toda el alma.

-Yo soy sabor en las aguas; soy luz en la luna y el sol; sonido en el éter y virilidad en los hombres. Soy pura fragancia en la tierra, esplendor en el fuego y vida en todos los seres.

Pasó unas cuantas páginas con la delicadeza de su dedo medio, volvió a juntar las manos y siguió:

-Soy el camino y el Maestro que en silencio vigila; soy tu amigo y tu refugio, así como tu morada de paz.

Se detuvo con los ojos cerrados. Como si su dedo supiera por sí mismo dónde buscar, Juan Pérez abrió otra página diferente:

-Mas hay un Principio que perdura cuando se disipa todo lo existente. Este Principio es la Meta suprema, mi Mansión excelsa.

Cerró el libro y se hizo el silencio en toda la casa. Por todas partes quedó vibrando el sonido de su voz como un eco. Yo me incliné hacia adelante con las manos cruzadas y apoyados los brazos en mis piernas.

-Ha sido muy hermoso -dije casi en voz baja-, pero, ¿podría explicarme cómo es posible llegar hasta ese Principio eterno?

El libro se abrió por otra página:

-Mediante un infinito amor se puede llegar a este espíritu Supremo. Una vez en Mí, los hombres de alma excelsa no retornan a esta vida pasajera donde anidan la miseria y el dolor: ellos han alcanzado la suprema Morada.

Levantó la vista y me miró directamente:

-Hay más. ¿Quiere que siga?

-Por favor.

La recitación continuó en el mismo tema que había dejado:

-Únicamente por medio del amor pueden los hombres verme. Aquel que obra en mi nombre, y que me ama, ése, en verdad, viene a Mí.

Volvió a cerrar el libro con delicadeza, se quedó un momento con las manos sobre las rodillas y la cabeza baja. Luego nos miró:

-Estas son las palabras del divino Krishna -dijo. Tímoti carraspeó ruidosamente para llamar la atención:

-Por favor, dígame, porque tengo una terrible duda: ¿cómo es posible amar a algo que no se ve, ni se oye, ni se toca, ni se huele, ni se siente? Los humanos estamos programados para amar sólo aquello que, de alguna forma, nos entra por los sentidos. El príncipe Arjuna lo tuvo más fácil: vio a Dios en primer lugar. Amarle, después de eso, resultaba mucho más sencillo. -Y prendió su pipa que se le había apagado. Isabel, más relajada, encendió también su sexto Camel de aquel día. Juan Pérez disimuló su disgusto por las columnas de humo que crecían a su alrededor.

-Aunque no lo veamos, podemos amarle, porque El ya se ha manifestado a Arjuna para todos nosotros.

Se incorporó sin apoyar las manos en ninguna parte, derecho hacia arriba como quien va a levitar de un momento a otro. Todos nos levantamos, pues tuvimos la impresión de que se estaba despidiendo.

Yo, pesadamente lógico, como siempre, le objeté:

-Pero sería necesario creer que ese libro contiene realmente palabras divinas. En resumen, para amar a Dios, primero hay que tener fe.

Juan Pérez abrió el libro milagrosamente y leyó:

-El hombre lleno de fe logra el conocimiento y la paz suprema. En cambio, el ignorante falto de fe, el hombre que duda, no goza ni de este mundo, ni del otro, ni de bienaventuranza alguna.

Y echó una furtiva mirada a Tímoti. Luego cerró el libro y siguió recitando de memoria:

El hombre dotado de sabiduría llega a Mí pensando: "Tú eres el Todo". Tal hombre de alma excelsa difícil es de encontrar.

Se dirigió hacia la puerta, luego se dio la vuelta y nos miró sonriendo cordialmente:

-Gracias por su amable acogida. ¡Ah! Se me olvidaba: mi nombre hindú es Meher Devananda.

Inclinó la cabeza, abrazado a su Bhagavad Gita y desapareció en el jardín camino de la verja.

Nos sentamos todos de nuevo, un tanto confusos, como si acabásemos de asistir a una experiencia mística. Isabel fumaba con su cigarrillo en alto.

-Ha sido realmente interesante -dijo-, pero me temo que por ahí anda un círculo vicioso.

-¿Qué quieres decir? -pregunté intrigado.

-Veamos: para llegar hasta Dios es preciso amarle, para amarle hay que tener fe, pero quien tiene fe es que ya ha llegado a Dios. ¿Por dónde empezar?

Isabel había dado en el clavo.

-Por otra parte -hice notar-, la visión de Dios está reservada a una minúscula porción de seres humanos. La inmensa mayoría no podemos disfrutar de semejante maravilla. ¿Por qué?

-Lo que dices lo hemos comprobado a nivel estadístico entre las personas que acudieron al estadio, a pesar de que la muestra no fuera suficientemente representativa.

-De todo esto se deduce que Dios tiene una cierta dificultad para darse a conocer a los humanos -intervino Tímoti- Y eso es muy sospechoso.

-¿A qué hora vamos a cenar? -preguntó de repente Verónica.

-¿Ya tenéis hambre otra vez?

-Un poco. -Se encogió de hombros.

-¿Por qué no vamos a la playa, como la otra noche? -preguntó Alex entusiasmándose-. A Laila le encanta.

-Y a vosotros también -sonrió Tímoti.

Isabel intervino:

-Tenemos mañana todo el día, así que vamos a darles gusto a los niños y a Laila. Yo también necesito estirar las piernas.

La verdad es que nunca entendí cómo Isabel podía pasar-se tanto tiempo sentada en el suelo con las piernas cruzadas en una postura muy parecida a la de Juan Pérez. O Meher

Devananda. ¿Asistiría a clases de yoga? No debía extrañarme: en Isabel todo era posible.

Salimos y fue de nuevo estupendo. Sentí que me estaba aficionando a la proximidad de aquella familia y que no era bueno para mí: un día más y volvería a quedarme solo, rumiando pensamientos imposibles y persiguiendo fantasmas escurridizos.

Domingo por la mañana. Nos levantamos tarde y desayunamos en un bar cercano, como otras veces, en la terraza de la calle, para poder tener a Laila con nosotros. Había una pegatina en la puerta que se entendía perfectamente: Perros no. La mañana era magnífica y no invitaba a meterse en casa de nuevo. Y menos a discutir acerca de Dios. Yo había amanecido un tanto deprimido, porque el camino que llevábamos andado hasta ahora no me había servido de nada y en realidad ya habíamos terminado.

Pero volvimos. Había que acabar de una vez con aquel desaguizado religioso.

-Tal vez la explicación de todo esté en la anciana de luto. Nunca recuerdo su nombre -aventuró Tímoti como si tuviera un plan previsto-. ¿Por qué no la ponemos?

-Aquella señora era atea -corté yo molesto.

-¿Y qué?

-¿Cómo quieres que un ateo le resuelva el problema a un hombre que está buscando a Dios? Ni siquiera tú puedes. -Mi cabreo iba en aumento.

Tímoti se sirvió un catavinos de moscatel. Yo lo estaba observando y recuerdo que me dejó intrigado: sólo le había visto beber güisqui o limonada.

-Yo tengo la solución, Teo. ¿Queréis una copa? Este vino despierta el apetito como ninguno.

No queríamos ninguna copa.

-Pues dímela, ¿a qué esperas?

-Prefiero que veamos el vídeo. ¿Tienes las coordenadas, Isa?

Isabel consultó sus crujientes pliegos de papel. No le costó nada encontrarlas, puesto que aquella señora estaba en un apartado especial: ateos. Era la única.

-Cinta dos, uno punto treinta y cinco.

Esta vez fue el mismo Tímoti quien encendió la pantalla, introdujo la cinta y buscó la imagen. Se quedó en cucullas ante el televisor, con una mano apoyada en su mesa. El objetivo automático había enfocado a una mujer de casi setenta años, con el pelo muy blanco, peinado hacia atrás y recogido en un moño. Una imagen muy tópica. Vestía sencillamente, de riguroso luto, incluido el pañuelo que llevaba anudado al cuello y que nadie sabía para qué le podría servir en una tarde de caluroso verano. Se apoyaba en un bastón con empuñadura blanco marfil.

-Me llamo Bibiana -dijo con esa voz especial que tienen los ancianos sin dientes- y tengo setenta y dos años. Quiero decirle una cosa. -Levantó el bastón y me señaló con él- No busque usted más, está perdiendo el tiempo. Dios no existe. Si Dios existiera no estaríamos aquí reunidos, porque usted no tendría necesidad de buscarlo.

Y dicho esto, dejó el micrófono sobre su asiento, dio media vuelta y se dispuso a marcharse. Pero en ese instante sonó una voz potente en otro lugar de las gradas. La cámara lo buscó y encontró a un hombre vestido con un traje de chaqueta también de riguroso luto. Un alzacuello le denunciaba como clérigo de no se sabía qué Iglesia o secta. Su abundante pelo blanco, alborotado, simulaba un halo de luz alrededor de un rostro delgadísimo y arrugado enrojecido por la cólera, la indignación y la furia contenida. Su brazo, hasta la uña del dedo índice, estaba extendido como una lanza dispuesta a atravesar a Bibiana de parte a parte. Una azafata corrió a ponerle el micrófono en la boca:

-¡Váyase, váyase, engendro de Satanás! ¡Y siga caminando hasta que llegue al infierno, que es lo que se merece!

-¿Quién es ese individuo? -preguntó Tímoti volviendo la cabeza hacia nosotros-. No lo recuerdo.

No pudimos contestarle, porque Bibiana se había girado hacia el hombre que la increpaba, y aunque no tenía micrófo-

no su voz se oyó claramente mientras golpeaba el suelo con fuerza:

-¡El infierno está aquí, aquí, señor mío! -Luego señaló hacia él con la punta de su bastón, dispuesta a defenderse de la lanza de su brazo:- ¡Y si usted quiere que se lo demuestre, salga conmigo y le contaré la historia de mi vida! -Le dio la espalda y caminó renqueando mientras murmuraba enojada;- ¡Qué sabrá usted de infiernos, imbécil!

Tímoti detuvo el video. Se levantó y volvió a su asiento:

-¿Lo has entendido, Teo?

-Tengo la cabeza hecha un lío. ¿Por qué no me lo explicas?

-Es bastante sencillo, al menos a mi entender. Lo que Bibiana ha querido decir puede resumirse en esta afirmación; si Dios fuese una realidad, su existencia sería algo tan evidente que nadie podría dudar de ella. Sorbió de su moscatel paladeándolo;- Es imposible que un ser tan extraordinario pase desapercibido. Aunque fuese inmaterial, dispone de todos los recursos necesarios para darse a conocer. Por el contrario, siempre anda jugando al escondite. Se escuda detrás del Universo, de los visionarios, de la naturaleza, de las circunstancias de la vida cotidiana, de los razonamientos, de los sermones de los clérigos, de los milagros, de los libros sagrados... Le gusta hacerse el misterioso. O está jugando con nosotros o no existe.

-¿Ahora te has vuelto ateo? ¿Ya no eres agnóstico?- pregunté con disgusto y con sorna.

-Tímoti nunca tuvo una etiqueta colgada del cuello-puntualizó Isabel-. Es un descreído simplemente.

Yo no sabía qué pensar. El razonamiento de mi amigo parecía correcto. ¿Qué le impedía a Dios hacerse evidente a todos los humanos sin excepción? Tímoti, como otras veces, pareció adivinar lo que estaba pensando.

-Si Dios no se comunica directamente a todos los seres humanos que han vivido, que viven y que vivirán, es que existe una barrera entre él y nosotros que no puede franquear. Y si él, con todos sus omnímodos poderes no puede franquearla, ¿cómo esperas que nosotros podamos hacerlo para comunicarnos con él? Si Dios existe, ha venido a decirnos

Bibiana, es sencillamente inalcanzable. Tú búsqueda es un acto inútil. Estás perdiendo el tiempo.

Mi mente se nubló de pronto en una confusa procesión de ideas. El tiovivo volvía a chirriar. La adrenalina se extendió por mis venas como la descarga de un torrente desbocado. Golpeé con ambas manos los brazos del sofá en el que estaba sentado al tiempo que me ponía en pie con más agilidad de la que me permitían mis años. Me miraron sobresaltados. Yo era un hombre tranquilo y nunca me habían visto reaccionar de aquella forma. Como atacado de un impulso irresistible, recogí las tiras de papel de Isabel e hice con ellas una bola estrujándolas, la arrojé a un rincón, apagué el televisor, saqué la cinta del vídeo y la guardé en la bolsa de viaje. Luego hice lo mismo con la otra cinta y las dos cámaras grabadoras. Cuadernos de notas, bolígrafos, cables, todo fue a la bolsa desordenadamente. La dejé caer al suelo y la empujé con el pie hasta el mismo rincón, como quien golpea un montón de basura putrefacta. Isabel y Tímoti me miraban y se miraban. Alex y Verónica, que acababan de entrar, se habían petrificado en la puerta al captar aquel aire enrarecido, denso, electrizante. Fui al armario de las bebidas y me serví un güisqui sin agua y sin hielo. Me senté y me largué un par de tragos al estómago.

-¿Qué haces tú bebiendo güisqui? -preguntó mi amigo con el ceño fruncido y un tono de indudable cabreo.

-Me voy a emborrachar antes de comer -dije masticando las palabras-, a ver si para entonces se me olvida toda esta pesadilla.

-¡Teo! -Isabel estaba seria-. ¿Después de tanto trabajo, de tantas horas, de tanto interés por tu parte, lo vas a mandar todo al carajo?

-Más lejos lo mandarías si pudiera. ¡Estoy harto!

Tímoti trató de hacerme razonar:

-Pero vamos a ver, ¿qué te ocurre exactamente?

-¿Pero es que no os dais cuenta? ¡Todo esto ha sido una lamentable pérdida de tiempo!

Isabel se sentó cerca de mí, en el sofá. Me puso la mano sobre el brazo en un gesto amistoso.

-Ten en cuenta que el experimento del estadio no podía dar más de sí. Demasiada gente que hablaba de lo mismo y sólo decía unas frases breves. ¿Qué esperabas realmente, Teo?

Me removí inquieto en el sillón.

-Creí que los creyentes me dirían cómo es Dios y si existe un medio para llegar a él...físicamente.

-¿Físicamente? -preguntó ella confundida-. ¿Qué quieres decir con *físicamente*?

Tímoti intervino al tiempo que se levantaba y me quitaba el vaso de la mano sin contemplaciones.

-Quiere decir *ver* a Dios, tocarlo, hablar con él, oírlo...

-¿Como si fuera uno de nosotros? -siguió indagando Isabel desconcertada. - ¿Como los místicos y los profetas?

-Exactamente -aclaró él-. ¿No es así, Teo?

-Pienso, y no creo que sea algo tan absurdo -yo estaba realmente disgustado-, que no hace falta ser un profeta, ni un místico, ni nadie especial para verle. ¿Por qué se empeñan todos en inventarse un camino para llegar a Dios? La oración, la devoción, la penitencia, el sufrimiento, la renuncia del mundo... ¿No basta con desearlo? Yo quiero verle, ¿por qué no puedo? ¿Acaso tengo que pedir una cita previa, vestirme para la ocasión y esperar en las antecámaras como se hace con los peces gordos de este maldito planeta?

-Teo, escucha. -Tímoti se puso ante mí con una mano en el bolsillo y la pipa en la otra. Parecía un profesor disponiéndose a dar una conferencia, pero su tono era conciliador y amable-; Si Dios se te apareciese, tú te verías obligado a percibirlo por los sentidos y en ese caso estarías en tu derecho a dudar. ¿Puedes fiarte realmente de tus sentidos? Nunca estarías seguro de que le has visto. -Se puso en cuclillas delante de mí- Y si se pusiera en contacto contigo de otra forma, digamos mentalmente, como una especie de transmisión telepática o algo así, te encontrarías en la misma situación. ¿No habrán sido alucinaciones?, te preguntarías. -Acabó sentándose en la alfombra ante mí-. Lo que quiero decirte es que no existe forma alguna de ponerse en contacto con la divinidad. Somos seres tan distintos que es imposi-

ble la comunicación. Existe esa barrera de que te hablaba antes. -Se incorporó como a desgana y se me quedó mirando. Luego me señaló con el dedo como pidiendo que lo escuchara sin perder una sílaba-. O no hay barrera alguna, querido y trastornado amigo, la hemos inventado nosotros. Y no hay barreras porque más allá sencillamente no hay nada. Por eso los agnósticos dejan el problema a un lado.

Isabel se levantó mirando su reloj de pulsera.

-Creo que lo mejor es damos un paseo hasta el restaurante. Ya es casi la hora de comer. Eso nos relajará. -Cogió su bolso y se alisó el vestido. Luego fue a la puerta-: ¡Alex, Verónica, nos vamos!

Aquella decisión inapelable nos sacó de nuestro aturdimiento. Tímoti apagó su pipa y salió. Luego lo hice yo, cerrando la puerta. Laila se quedó ladrando en el jardín.

La tarde pasó casi volando. Isabel se quedó traspuesta en uno de los sillones, Tímoti se acostó en la cama y los niños encendieron la tele y estuvieron viendo una película policíaca tumbados en el sofá. Yo, en el otro sillón, veía las imágenes del televisor sin verlas, con la mente en blanco, sin que me llegara el sueño, en el más absoluto de los embobamientos.

Pero Isabel, mujer sumamente práctica, intuyó que debían dejarme solo el resto de la tarde. Cuando acabó la película despertó a su marido y con la excusa de que Verónica y Alex tenían que preparar un trabajo de literatura para la academia, comenzó a recoger sus cosas, tapándoles la boca a los niños para que no protestaran, porque, evidentemente, no había ningún trabajo que llevar el lunes. Así que se despidieron sobre las ocho de la tarde, me besuquearon y se acomodaron en el imponente Toyota después de sujetar las bicicletas en la baca.

-Te recomiendo que te des un paseo largo y tranquilo hasta la playa del *Embarcadero*. -Isabel había asomado la cabeza por la ventanilla-. Y llévate algo para echarte por encima, que las tardes comienzan a refrescar.

-No os preocupéis -traté de sonreír para tranquilizarlos mientras me limpiaba las gafas con el pañuelo.

-Tómate alguno de esos potingues sedantes que tienes en el botiquín -dijo Tímoti poniendo el coche en marcha-, y acuéstate pronto. Y no dejes de llamarnos si necesitas algo. No saldremos de casa. Hay partido de fútbol.

14

Aún era de día, pero no hice caso de Isabel y me quedé en casa, sentado en el sofá, confuso y sin poder pensar en nada. Había llegado al final de este camino que me había empecinado en recorrer y, ¿qué tenía? Una indigestión de libros y unas experiencias ajenas a las que no tenía acceso. Y casi la certidumbre de que comunicarse con la divinidad era física y metafísicamente imposible.

Sin embargo, pensé nervioso y asustado, cabía la posibilidad, la remota e improbable posibilidad, de que, fuese quien fuese ese Dios, se decidiera a ponerse en contacto conmigo. Lo había hecho con otras personas, ¿por qué razón no iba a hacerla conmigo? ¿O acaso nadie lo había visto jamás, nadie había escuchado su voz, y todos los visionarios del mundo no eran más que unos ilusos alucinados, o unos embaucadores? ¿Era posible que yo hubiera estado todo este tiempo corriendo como un tonto detrás de un espejismo?

Quedaba un recurso.

En realidad, recordé, nunca me había dirigido a él directamente. Era lo único que me faltaba por hacer. Podía probar. Debía probar. ¿Pero cómo hacerla? Nunca había rezado en mi vida, excepto el recitado de las oraciones aprendidas de niño, si es que a eso se le puede llamar rezar. ¿Cómo se habla con Dios? ¿Cómo se dirige uno a alguien a quien no se ve ni se conoce? ¿Cómo se habla con una pared?

Me incorporé tenso, paseé por la habitación, de un extremo al otro, rabioso y al mismo tiempo suplicante. Miré al

techo, a las paredes, al suelo, a las ventanas... ¿Dónde debía mirar? Cerré los ojos.

-Bueno, Dios, dime algo.-No eran más que palabras pensadas, pero sentí un estremecimiento por toda la piel. No era nada fácil dirigirse a un ser invisible y de dudosa realidad, pero por un instante tuve la sensación de que algo inefable iba a ocurrir-. Sal de ese mundo divino en el que te escondes y ponte delante de mí. -Según la ortodoxia religiosa, ésta no era la forma más correcta de dirigirse a Dios. El protocolo exigía humildad, sumisión y profundo respeto. A Dios no se le daban órdenes. Pero yo no estaba para protocolos. -¡Puedes hacerlo, nada te lo impide! ¡No quiero que Tímoti lleve razón!

No reparé en que, de pronto, estaba gritando y había abierto los ojos.

Durante un larguísimo minuto esperé temblando, mirando sin ver, con un nudo en la garganta que estaba a punto de reventar. Pero nada ocurrió. Sólo un silencio provocativo y terrible que me llegaba hasta los huesos.

-¿Dónde estás? ¡¿Dónde?!

Miraba a todas partes, como si Dios pudiera aparecer en algún rincón de la casa o sentado en el sofá.

Tuve un instante de relajación, luego una descarga de cólera y mi cabeza se oscureció desconcertada como si una niebla siniestra la envolviese y la inundase.

-Todos te llaman Padre, ¿es que yo no soy hijo tuyo, maldita sea? ¿Acaso es demasiado tarde?

Estaba hablando a la pared.

Cogí la bolsa de viaje, tiré con rabia de la cremallera, vacié su contenido sobre la mesa y lo fui lanzando todo contra las ventanas, las paredes y los cuadros: cámaras, cintas de video, cables, baterías, cuadernos..., sin dejar de hablar. Escuché perfectamente el estruendo, pero no parecía provenir de la habitación. Estaba en segundo plano, lejano.

-¿Demasiado tarde? ¿Demasiado tarde para qué?

Empujé el ordenador y la impresora hasta que cayeron al suelo con un ruido sordo. Estaba sollozando. De frustración, de rabia, de impotencia.

Me planté en medio de aquel caos, apreté los dientes, miré a mi alrededor como si buscara algo que se me hubiera perdido, y grité:

-¿Qué clase de Dios eres tú, que ni siquiera puedes comunicarte conmigo?! ¡Tú no eres un Dios, eres un espejismo, un fantasma, un sueño, un...

Mi ojos empañados tropezaron con la estantería que ocupaba tres metros de pared y casi llegaba al techo. Ella me miró, cargada de volúmenes, orgullosa de su sabiduría encuadrada. Me acerqué, la agarré con todas mis fuerza y respiré hondo. Luego la sacudí con furia para que cayeran al suelo todos aquellos libros que parecían reírse de mí y de mi estupidez. Pero lo que cayó fue la estantería cargada de libros. Y cayó sobre mí, golpeándome la cabeza y haciéndome perder el sentido.

En el mismo instante en que todo se oscurecía a mi alrededor, sonó, lejano, como viniendo de otro mundo, el timbre del teléfono.

Cuando desperté, la primera impresión que tuve fue la de un fuerte dolor de cabeza y un cuerpo todo él magullado. Luego reparé en que estaba tendido boca arriba, que alguien trasteaba en mi cabeza y que había varias personas alrededor de mí.

- Ya vuelve en sí -dijo una voz desconocida.

Se oyó la sirena inconfundible de una ambulancia.

Entraron dos hombres con una camilla y me colocaron con firmeza, pero delicadamente, sobre ella y me sacaron fuera. La cabeza me pesaba como si la tuviera llena de piedras que me golpearan con cada movimiento.

Alguien se sentó junto a mí y me cogió la mano. La ambulancia partió.

Hice un esfuerzo para volver la vista hacia la persona que estaba a mi lado. El color rojizo de su pelo me era harto conocido: Tímoti.

-Has estado a punto de irte al otro mundo a ver a Dios cara a cara. -Me costó trabajo sonreír-. Menos mal que me fui preocupado y que Isabel no logró convencerme de que te

habías ido de paseo cuando no respondiste al teléfono. La he llamado y va camino del hospital.

Me ingresaron por urgencia, me examinaron la herida que tenía en la frente y me llevaron por aquellos pasillos y amplísimos ascensores para hacerme un scanner, a ver si tenía algún hueso roto en mi dolorida cabezota. Luego me trasladaron a una habitación, me pincharon, me tomaron la tensión sanguínea y la temperatura. La enfermera, rápida y eficiente, se movía por la habitación en silencio, como una sombra blanca. Yo no la había mirado siquiera, así que cuando lo hice se estaba girando para salir. Quise incorporarme pero no pude. Ya se cerraba la puerta cuando intenté gritar:

-¡Georgina!

Pero la puerta se cerró en silencio tras ella. Tímoti e Isabel me miraron extrañados, sin pronunciar palabra.

-¡Es ella! -jadeé señalando la puerta cerrada -¡Es Georgina, la prostituta que se cree Dios! No podría olvidar esa cara.

-¿Pero qué está haciendo aquí? -preguntó Isabel.

-Desde que entró -dijo Tímoti, demostrando que no había perdido detalle- he tenido la sensación de que me era conocida. Pero vestida así y sin maquillaje, no acertaba a saber quién demonios podía ser. Pero ahora que lo dices... tiene un cuerpo que coincide con la mujer que vimos en el estadio.

-Sé lo que está haciendo, los dos lo habéis visto. Lo que no sabemos es el por qué.

-Tal vez tiene remordimientos y quiera compensar su trabajo sexual con la ayuda al prójimo -añadió Isabel-. Apostaría a que está haciendo esto de forma gratuita.

-O ha encontrado este trabajo y ha dejado el otro -puntualizó Tímoti encogiéndose de hombros-. Aunque lo dudo.

Entró un médico delgado y alto, con gafas, barba y bigote. Venía tan serio que parecía llevar un máscara.

-¿Cómo se encuentra? -preguntó tomándome el pulso por hacer algo.

-Me duele todo el cuerpo, pero no creo que sea grave.

-No, no lo es. Mañana podrá irse a su casa.

Y se marchó. Tímoti salió tras él. Evidentemente quería contarle todo lo que había pasado.

La puerta se abrió en seguida y apareció una enfermera gorda y de busto prominente. Me arregló la ropa de la cama, que estaba impecable, y habló con un tono que quiso ser amable:

-La hora de la cena ya ha pasado, pero si quiere tomar algo dígamelo y se lo traeré.

-No tengo apetito.

-Bueno, le dejaré un vaso de leche y unas galletas en la mesita.

Cuando abría la puerta para marcharse la detuve:

-Oiga, por favor, ¿puede decirme si tienen ustedes aquí a una enfermera que se llama Georgina? Es la que me ha inyectado, me ha tomado la tensión y me ha puesto el termómetro.

Ella se quedó un instante pensativa:

-No recuerdo ese nombre. Podría ser una chica guapetona que ha venido hoy por primera vez. Pero ya se ha marchado. Probablemente estaba supliendo a alguna de nosotras.

Isabel y yo nos quedamos en silencio. Un momento después volvió Tímoti y se sentó en el único sillón que había.

-Voy a quedarme un rato contigo -dijo arrellanándose en él-. Isabel se marchará a casa con los niños y mañana vendremos a recogerte.

Isabel me sonrió saludándome con la mano.

-Hasta mañana, Teo.

Tímoti y yo nos quedamos solos. Él parecía preocupado, con sus manos juntas delante de la boca.

-Perdona por el susto -le dije-. Y gracias.

-No tiene importancia. Lo realmente importante es que has salido bien de esta. Pero no sabemos lo que pueda ocurrirte más adelante.

-¿Por qué lo dices?

-Tu obsesión por la divinidad te está trastornando. He hablado con el médico y me ha dicho que sería conveniente que te viese un psiquiatra.

-¿Un psiquiatra? ¿Tan mal estoy?

-Ya deberías saber lo que son las neurosis obsesivas. Si no se curan pueden volverte...majareta.

Miré hacia la puerta. El viejo de la caracola parecía estar allí sonriendo.

-Todo ha sido un ataque de histeria producido por una frustración. No volverá a repetirse.

Tímoti se inclinó hacia adelante:

-Puede que sí y puede que no. Cuando estés mejor iremos a ver al doctor Bermúdez. Ya tengo su dirección.

-¿Estás preocupado, no es cierto? -le pregunté mirándole fijamente.

-La verdad es que sí.

-¿Te he contado alguna vez lo que me ocurrió en la playa del *Embarcadero* cuando tenía ocho años?

-No.

Volví de nuevo la cabeza hacia la puerta.

-Un hombre muy viejo me regaló una caracola. Decía que en ella se podía oír la voz de Dios. Cuando le pregunté quién era Dios se enfadó y me prohibió que volviera a hacer esa pregunta a nadie, so pena de complicarme la vida. -Miré a Tímoti-. Lo olvidé durante muchos años. Hasta que ha ocurrido esto.

-No todo el que busca a Dios se pone histérico. Esta crisis tuya se debe a tu carácter. Eres matemático y racionalista. La fe no va contigo. Necesitas pruebas.

Sentí unos deseos irresistibles de dormir. La habitación y cuanto había en ella desaparecieron.

Isabel y Tímoti me llevaron a su casa y me acomodaron en la habitación de Alex, que se fue a la de Verónica. Ella me curó diariamente el golpe de la frente, que había resultado ser un abultamiento monstruoso, como si me estuviera creciendo otra cabeza encima de la mía. Me ponía una bolsa con hielo durante quince minutos sujeta con una venda para que no se me cayera, luego me obligaba a sentarme en el salón para que viera un rato la tele y acababa untándome la protuberancia con Trombocil.

Cuando aquello descendió lo suficiente, Tímoti me llevó al doctor Bermúdez, psiquiatra de abundante mostacho, gafas de hipermetrópe y calvicie galopante, que me escuchó durante una hora sin mover un músculo de su redonda cara. Yo le conté cuanto llevo escrito en estas páginas, es decir, toda mi vida, y luego guardé silencio como si fuese una cinta de cassette terminada. Lo único que hizo a continuación fue citarme para tres días más tarde.

Acudí al doctor Bermúdez durante un par de meses. Charlamos y charlamos una vez por semana. Nada de psicoanálisis ni terapia de grupo. Por recetarme algo me prescribió un tranquilizante y dos cajas de Anafranil, que según dicen ayudan a disminuir los síndromes obsesivos. Pero lo mío no tenía cura. Se lo dijo muy claro a Tímoti:

-Este señor no sufre ningún trastorno mental. Al menos ninguno que esté registrado en las distintas especialidades de la psiquiatría. El tratamiento que le he puesto sólo servirá para tranquilizarle un poco y evitar otra crisis como la que ha tenido. Pero su problema seguirá en pie. La fe tiene un componente emocional muy poderoso, y no puede recetarse. ¿Por qué no prueban ustedes con un psicólogo?

No quise ir a un psicólogo. ¿Para qué? ¿Para hablar siempre de lo mismo? Me llevaron a casa.

Desde entonces decidí no enfadarme más con Dios. No quería que me lanzara encima otra estantería de libros o cualquier otra cosa. Para distraerme comencé a escribir la historia de mi vida. Como los folios se amontonaban amenazando en convertir aquello en una telenovela inacabable e inaguantable, la rehice varias veces hasta que sólo quedó este manuscrito, que no sé si alguien leerá alguna vez. Nunca se lo he mostrado a mis queridos amigos, que tanto me habían ayudado, porque ellos conocían tan bien como yo todos los detalles. Sin embargo me consolaba la idea de que algún día, cuando yo faltase, lo leyeran Verónica y Alex, que eran como mis nietos.

El otoño había llegado ya hacía dos meses, así que los fríos del invierno estaban cerca. No me apetecía pasarlo solo

en casa. Tenía otros proyectos: componer poemas, pintar, escribir y seguir estudiando sociología, pero cerca de otras personas con las que charlar. ¿Y qué mejor que una residencia de ancianos, con gente de mi edad a quienes contarles mis batallitas? Afortunadamente, Tímoti e Isabel encontraron una cerca de la ciudad, sobre un altozano desde el que podía ver la costa, los hoteles y la playa del *Embarcadero*, que en nada se parecía a aquella en la que había jugado, cuando era una niño, a la sombra de mis padres.

La residencia, que tenía el estúpido y ambiguo nombre de CERCA DEL CIELO, estaba construida junto a una antigua iglesia dedicada a no sé qué santo. A la iglesia se llegaba por una carretera asfaltada que terminaba en la residencia. Había una gran explanada y un extenso jardín soleado en los días sin nubes, por el que se podía pasear, bastón en mano y bufanda al cuello, o sentarse a leer. Allí terminé mi autobiografía... y allí fue donde volví a ver a María Carlota.

Yo tenía un televisor en mi habitación en el que solía ver los noticieros, los documentales y las películas en blanco y negro. Una noche, después de la cena, pusieron el programa AUNQUE USTED NO LO CREA, dedicado a las excentricidades que consuman los humanos en diversas partes del mundo. Lo mismo relataban la historia de una anciana que había intentado subir al Everest ella sola, y a la que rescató la policía francesa en el aeropuerto de Le Bourget con una enorme mochila y botas hasta las rodillas, que las proezas eróticas de un enorme y musculoso hombre negro en un escenario de Hong Kong. Aquella noche comenzaron con un título que absorbió toda mi atención y me dejó trastornado: LA IGLESIA DE LOS HIJOS E HIJAS DE LA DIVINA MADRE.

Las imágenes mostraban el interior de un templo de una sola nave, cuyo altísimo techo estaba sostenido por atrevidos arcos de piedra que surgían de las paredes laterales para juntarse en lo alto sugiriendo el interior de un barco al revés. La pared del fondo, de unos quince metros de altura, estaba decorada con un mural que mostraba la gigantesca figura de una mujer con un largo vestido azul ceñido con un sencillo cordón a la cintura y una larga melena de reflejos

castaños. Parecía flotar sobre una bruma que la rodeaba hasta por encima de la cabeza, de la cual salían rayos de luz que irisaban las nubes, como si fuera un sol resplandeciente, y sostenía en sus manos una esfera que representaba el planeta Tierra y al que miraba con una sonrisa complaciente. Era la Divina Madre.

En el centro de lo que podríamos llamar el presbiterio, había un altar de mármol azul sostenido por una columna central, con dos candelabros de tres brazos, un atril con un libro abierto y un micrófono en forma de pera. A ambos lados, dos estatuas de mármol blanco representaban a sendos ángeles de tamaño natural sosteniendo cada uno de ellos una lámpara que iluminaban el conjunto. El templo era enorme, y lo llenaba una multitud de gente que cantaban un himno religioso acompañado por las voces de un coro y la música de un inmenso órgano, una música vibrante que hacía resplandecer los rostros de los asistentes como si estuvieran a punto de trasponer las puertas del cielo. Cuando acabó el himno apareció, por una puerta lateral del presbiterio, una mujer vestida exactamente igual que la imagen divina, con las manos juntas y la cabeza baja. Se situó detrás de la mesa de mármol, de cara al público y levantó la cabeza, aureolada por una abundante cabellera rubia y ceñida con una sencilla cinta azul. Me quedé de una pieza y tuve que acercarme a la pantalla para ver mejor aquel rostro que me resultaba familiar.

No cabía duda: a pesar de todo, aquella era María Carlota... ipero rejuvenecida!

Con una voz susurrante se dirigió a los asistentes juntando las manos:

-Nuestra Divina Madre nos ama -recitó con los ojos cerrados.

-Nuestra Divina Madre nos ama -respondió la concurrencia preparada por el fogoso himno.

-Ella nos protege -dijo la sacerdotisa intensamente.

-Nuestra Divina Madre nos protege -el murmullo se elevó ostensiblemente.

María Carlota levantó los brazos y miró hacia arriba. El silencio se hizo impresionante.

-Vayamos hacia nuestra Divina Madre.

Nueva respuesta, en un tono más alto. Y luego: -¡Venid, venid! ¡No tengáis miedo! -casi gritó Carlota. -¡No os resistáis! ¡Paz y amor a los que se entregan sin reservas! ¡Paz y amor! ¡Paz y amor! ¡Aleluya!

La gente comenzó a levantar los brazos repitiendo las palabras de María Carlota, cada vez con más intensidad, con más fuerza, con más emoción.

-¡Paz y amor a los que se entregan! ¡Aleluya! ¡Pedid perdón por vuestros pecados a la Divina Madre! ¡Ella os ama, Ella os protege, Ella os perdona! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

El histerismo colectivo iba en aumento por segundos. Los asistentes comenzaron a moverse. Unos cantaban cimbreado con los brazos en alto, otros subían al escenario gritando perdón y misericordia, otros se revolcaban por el suelo, algunos se abrazaban, algunos lloraban sentados... Todos los componentes del coro bajaron cantando para celebrar la fiesta del éxtasis y el trance, aunque las notas obsesivas del órgano continuaron golpeando las paredes y los oídos con monótona insistencia.

El ruido del espectáculo quedó en segundo plano y el locutor fue narrando la historia de aquella mujer, que había sido relaciones públicas de una importante empresa y que, desde hacía seis años, se dedicaba a predicar el amor de Dios-Madre y a hacer obras de caridad. Muy pronto, y gracias a las donaciones y limosnas de los generosos amigos y devotos de la nueva Iglesia, pudo construir refugios para los marginados y centros de acogida para niños abandonados, mujeres maltratadas y prostitutas arrepentidas; repartía pródigamente sillas de rueda, camas de hospital para enfermos crónicos, piernas, brazos y manos ortopédicas, ojos de cristal, dentaduras postizas, audífonos, utensilios de cocina, mantas y muebles. Al mismo tiempo, y siempre según el locutor, se había sometido a tres operaciones de cirugía plástica que le permitían ser admirada como una mujer joven y hermosa, tenía cuatro suntuosas mansiones en diversas partes del país, viajaba en una limusina conducida por un apuesto joven de uniforme y era la principal accionista de

las dos multinacionales de mayor prestigio en Europa. Pero todo ello no lo había conseguido ella sola: siempre la acompañaban un asesor financiero, un apoderado y un asesor de imagen, que resultaron ser tres mujeres estupendas, tanto física como intelectualmente.

Antes de que terminara aquella excentricidad religiosa, apagué el televisor. ¿Qué oscuros motivos impulsaron a aquella mujer por los caminos de la religión para conseguir, al final de su vida, un aspecto juvenil y una fortuna envidiable a costa de los crédulos ingenuos que pululan a lo alto y ancho de este dislocado mundo? Pobre María Carlota. Había recorrido un largo camino desde que nos conocimos en *NUNCA ES TARDE*, pero ¿a dónde la llevaba ese camino? A mí me resultaba imposible creer que se encontrara satisfecha en el estúpido y anacrónico papel de sacerdotisa. Y estaba perfectamente claro que no había hecho otra cosa que aprovecharse de los incautos que la seguían para alcanzar sus propios objetivos. Sus obras de caridad resultaron ser una tapadera. Era una tramposa. Le había hecho trampas a la vida y había ganado.

Mientras tanto, yo seguía frustrado y tozudamente insatisfecho.

Afortunadamente, al otro día tuve una de las más agradables sorpresas: Leonora vino a verme...acompañada!

-Este es Martín, mi marido -dijo feliz y sonriendo. El era un mocetón alto y musculoso: un bombero.

Se habían conocido casualmente una tarde de intensa lluvia cuando él y su equipo intentaban desatascar una alcantarilla en la calle por donde corría el agua como un río por su cauce. Leonora caminaba ligera, escondida bajo su paraguas, cuando, al pasar cerca de él, resbaló y cayó en la acera mojada. Martín la vio y corrió a ayudarla. Leonora se había lastimado un pie y cojeaba.

-¿Quiere que la lleve al hospital?

-No, no; sólo es un pie torcido.

- ¿Vive usted muy lejos?

- A dos manzanas de aquí.
- Entonces permítame que la acompañe.
- Por favor, no se moleste.
- No es ninguna molestia. Agárrese a mí.

Durante el trayecto, ella se agarraba a su brazo y evidentemente sentía su calor y su fuerza. De pronto se enamoró del bombero mientras caminaban bajo la lluvia. Martín sintió, en aquel brazo femenino apoyado en el suyo, toda la fragilidad de la muchacha, y se despertó en él la ternura que todos los hombres rudos llevan muy adentro y la necesidad de protegerla. Y se enamoró de ella. La subió hasta su casa y prometió volver para comprobar que se encontraba mejor. Y así empezó todo. Una novela rosa.

Me trajeron un álbum de fotos de la boda. Leonora, vestida de blanco, un traje largo y sencillo con un ramo de lilas como único adorno, estaba radiante. Nunca había soñado con aquella posibilidad, pero le había llegado. Un regalo de la vida, del destino, de la suerte. No de Dios, que deja a otras muchachas como ella a solas con sus sueños.

- Cuídala -le dije a Martín-, es una buena chica.
- Descuide.

Los dos se miraron sonrientes y él le apretó con fuerza las manos. Estaba feliz. Desde la ventana los vi entrar en un coche. Conducía Martín.

Al fin había ocurrido un milagro.

Casi un mes después de aquella sorpresa, cuando ya el invierno había arrancado las hojas amarillas de los álamos, aproveché una mañana llena de sol para dar un paseo. El día antes había llovido y todo estaba húmedo, pero hacía un calorillo agradable. Eché a andar por los alrededores de la residencia, rodeado de árboles con las ramas desnudas señalando hacia un cielo vacío. Iba pensando en que aquella tarde vendrían a verme el descreído Tímoti, la amable y segura Isabel, y los maravillosos Alex y Verónica. Y Laila, por supuesto. Me llevarían a pasear en su Toyota, tomaríamos chocolate en un merendero cercano a la estación de ferrocarril

y me devolverían a mi nueva casa, donde yo les enseñaría el primer cuadro que estaba pintando: una copia a mi aire de un cuadro de Regoyos, *Maizales*, que había encontrado en una revista.

A aquella hora de la mañana la mayoría de los residentes estaban durmiendo. No se veía un alma por ninguna parte, ni siquiera el jardinero. Estuve paseando un rato hasta llegar al lugar en el que se encontraba la iglesia, una construcción sencilla, con una pequeña torre para un campanario que nunca sonaba, blanca como la nieve, excepto la puerta de vieja madera sólida ennegrecida por el tiempo, y un círculo sobre ella, que parecía una rueda de carro acristalada que trataba de imitar burdamente el rosetón de algunas catedrales medievales. Una de las hojas de la puerta estaba entreabierta, como una silenciosa invitación. Empujé y entré en el interior, iluminado a medias por las altas ventanas. Tenía una nave central, amplia y llena de bancos, también de madera ennegrecida, y dos laterales, separadas por columnas cuadradas y sólidas.

Me senté en uno de los bancos cercanos a la puerta. Al fondo, el altar mayor, con un retablo sencillo, amarillo por el tiempo, en cuyo centro había una hornacina con la imagen de un santo pintada con colores chillones. Tenía una mano sobre el pecho y miraba hacia arriba, como en éxtasis, vestido con un sayal rojo de púrpura y un sobretodo amarillo limón. En la otra mano, medio extendida, sostenía un pequeño crucifijo negro. A ambos lados del santo, dos imágenes más pequeñas, una, femenina, parecía reproducir a la Virgen María y otra a San José, a juzgar por la vara de nardo que sostenía delicadamente. Y sobre la imagen principal, una cruz de color marrón con un cristo blanco, de taparrabos azul, que se había vuelto marfileño. Era las antípodas del envarado templo de María Carlota.

Se estaba bien allí, a pesar del frescor de la penumbra, lejos del tiempo y de la tierra. No pensaba en nada más cuando, por una pequeña puerta lateral junto al altar mayor, entró una figura vestida como un monje. Llevaba una larga escoba de esparto, un cordón le sujetaba el hábito y tenía

ceñidos los pies por sencillas sandalias. Comenzó a barrer el suelo del presbiterio, luego los dos escalones que lo separaban de los bancos y acabó avanzando por el pasillo, lenta, parsimoniosamente, como si estuviera poniendo toda el alma en aquella faena tan prosaica, sin levantar una sola mota de polvo. Al llegar a mi altura se detuvo y me miró. Era muy joven, unos dieciocho años, ojos vivos bajo cejas espesas y el pelo recogido en una corta coleta.

-¿Es usted el que está buscando a Dios? -me preguntó con las dos manos sobre el palo de la escoba, como si se apoyara en ella. Su tono de voz no revelaba demasiado interés por la respuesta.

-Estaba -dije levantando la cabeza para mirarlo.

-¿Ha desistido?

-Estoy cansado de buscar.

-¿Por qué está aquí sentado? Si espera encontrarle pierde el tiempo. No está. -Y luego recitó a media voz, mecánico y ausente-: Dios no habita en templos contruidos por las manos del hombre.

Creí recordar aquella frase. ¿Era de la Biblia? No importaba. El se sentó junto a mí y yo me eché a un lado para dejarle sitio. Seguía sosteniendo el palo de la escoba, ahora con las manos casi a la altura de su barbilla. Las mangas del hábito resbalaron hacia el codo y sus muñecas quedaron al descubierto. Tenía sendas cicatrices con rebordes enrojecidos. Miré instintivamente a sus pies. También allí estaban las señales. El se dio cuenta de mi descubrimiento y sonrió.

-Soy Jesús, el galileo -dijo sin énfasis alguno.

-¿Por qué no fuiste al estadio? -pregunté- Me hubiera gustado conocer tu opinión.

-Estuve allí, pero sólo quería escuchar. De todas formas no te hubiera servido de mucho.

- ¿Por qué?

-Porque, en el caso de los adultos, cada uno debe seguir su propio camino. En los niños es diferente: encuentran a Dios en su propia casa, entre su familia, o en las escuelas, la catequesis... Pero tú eres un adulto criado en el ateísmo, y tu

camino debe ser diferente. Por eso la reunión del estadio fue un fracaso. ¿Acierto?

-Desde luego. Pero, de todas formas, aprendí algunas cosas.

-¿Como por ejemplo? -ahora parecía más interesado.

-Aprendí que la fe hecha raíces en las mentes como una planta depredadora y que se instala allí absorbiendo al sujeto que la posee. Al final es ella la que acaba poseyendo al sujeto.

-¿Y tú quieres tener fe?

-No. Yo quiero verlo y charlar con él.

-Lo siento por ti. Eso es imposible. A Dios sólo se puede llegar por la fe.

Lo miré dubitativo por un instante.

-Pero la fe sólo viene a través de otras personas que ya la tienen ¿no? Bueno, entonces creeré si alguien me convence de que Dios existe.

-Planteas el problema de una forma equivocada respondió Jesús dejando la escoba sobre el reclinatorio que teníamos delante- Nadie va a convencerte, porque eres tú mismo, cuando tienes fe, el que creas a Dios.

-Entonces es que Dios no existe.

-Por supuesto que existe. Existe para el que cree. Si tú no admites esa creencia, Dios no existe para ti.

-Espera, espera...Soy profesor de matemáticas y tengo la cabeza un tanto cuadrada: en este caso, lo que no es negro es blanco, así que no puedo admitir lo que estás diciendo.

-Peor para ti -respondió con una sonrisa.

-Mira, yo veo las cosas así: Dios debe tener una existencia real, verdadera, objetiva, y luego sucede que algunas personas creen que ello es así y otras afirman que no.

-Eres muy ingenuo. Escucha, vamos a darle la vuelta a tu afirmación: Dios no existe realmente, y hay personas que lo creen así, mientras que otras piensan lo contrario. Eso es tan válido como lo que tú has dicho, y así no llegas a ninguna parte.

Se me quedó mirando sonriente. Yo estaba confuso y no acertaba a responderle. El siguió con su perorata:

-¿Recuerdas los innumerables dioses de la antigüedad? La inmensa mayoría desaparecieron para siempre, a pesar de que millones de personas creían en ellos. Hoy día, centenares de divinidades siguen existiendo, ¿por qué?, porque tienen una clientela que esperan su ayuda. Tienen imágenes y templos, y siguen influyendo en sus fieles y configurando su cultura. Existen.

Hizo un paréntesis de silencio y luego siguió:

-Es el mismo asunto de los ovnis y los hombrecillos extraterrestres, o de las apariciones marianas. Existen porque hay miles de personas que creen en ello.

-No soy un filósofo -le dije- pero a la gente sería no puedes ir diciéndoles que las cosas existen sólo si nosotros creemos en ellas.

-No, no todas las cosas. El sol está ahí y todo el mundo está de acuerdo en ello. Pero cuando se trata de lo que no podemos percibir por los sentidos, todo cambia. Las opiniones son contradictorias, y hay que posicionarse, escoger, si es que te interesa el tema.

-¿Y qué puedo hacer yo respecto a Dios?

El dio un profundo suspiro:

-Dar un salto en el vacío. Eso es la fe. Aunque a mí me parece un frase tonta, porque no explica nada. Pero sea como fuere la fe tiene sus ventajas: te da seguridad, porque la vida recobra entonces un sentido preciso y claro. Y el dolor, la enfermedad, las contrariedades, la muerte, pueden sobrellevarse mucho mejor. Todo encaja en el mismo esquema. La fe ayuda a mantener el equilibrio mental y emocional.

-Demasiado sencillo, ¿no?

-No precisamente -volvió a suspirar hondo-. También tiene su lado oscuro. Dios nunca se deja ver, ni te habla. La noche oscura del alma, dicen los místicos. Es un estado muy doloroso. Te lo digo yo, que lo sufrí en mis propias carnes. Y luego está esa pregunta sin respuesta: ¿por qué Dios consiente tanto dolor en este mundo como si no le importásemos lo más mínimo?

-Yo conozco la solución a esa pregunta -le dije con cierto deje de disgusto en la voz, como quien siente que le están tomando el pelo-: Y tú también. Todo consiste en esperar al Juicio Final. Mientras, hagamos lo posible por mejorar las cosas.

-Demasiado tiempo -dijo pensativo-. Siempre me ha impresionado la paciencia que tienen los creyentes. Yo tuve una vida de urgencias que me roía el alma. Pero no me entendió nadie -se detuvo un instante y volvió al tema que trataba de aclararme-: Tú debes poner en una balanza los pros y los contras de la fe y decidirte por los que más pesen.

-Pero eso es puro pragmatismo -dije escandalizado- ¿Buscamos a Dios sólo para sacar algún provecho?

Puso su mano sobre mi rodilla.

-Te extrañas porque no conoces a Dios. Mira, nosotros no podemos ofrecerle nada que él necesite, es el único ser autosuficiente que existe en el universo. ¿Para qué querría nuestra fe, nuestras oraciones, nuestros sacrificios, ni siquiera nuestro amor? ¡Es felicísimo en sí mismo! -Me miraba sonriendo como si aquella sonrisa fuese un argumento más para convencerme-. Todo eso lo necesitamos nosotros, los humanos, para mantenemos en un estado próximo al equilibrio emocional.

-Pero entonces, ¿la fe es sólo el sustituto de una medicación a base de Prozac? ¿Y qué pasa con Dios, al que se supone que debe unimos una relación personal, como la de un hijo con su padre?

-Eso se queda para los místicos, querido viejo amigo. Los místicos -recalcó-, que andamos por el mundo y sus cosas como sobre ascuas, porque tenemos todas nuestras esperanzas y nuestros sentidos puestos exclusivamente en la divinidad. Para los demás, la fe es un sustituto del Prozac. Y no siempre, te lo aseguro.

Guardamos silencio unos instantes mientras mirábamos la imagen del santo en el altar mayor. El se reclinó en el asiento y cruzó los brazos. Sonreía de nuevo.

-Es fea, ¿verdad? -dijo.

-¿Te refieres a la imagen?

-Parece pintada por un niño de párvulos -su mirada no se apartaba del fondo de la iglesia-. Los creyentes son como chiquillos -dijo con aire divertido-. Cogen esa horrorosa figura y la pasean por todo el pueblo con las autoridades al frente de la procesión. Cantan y rezan, y luego la encierran en la iglesia de nuevo y se dedican a divertirse.

Volvimos a quedar en silencio. El recogió la escoba como si estuviera dispuesto a marcharse. Pero yo deseaba terminar aquella conversación de algún modo positivo, porque hasta el momento no me había aportado nada.

-Volvamos a lo que tú llamas un salto en el vacío. y supongamos que decido saltar. ¿Qué encontraré en el fondo?

-Eso es lo de menos, amigo mío. Lo importante es saltar y caer. Mientras lo haces estás vivo y la caída tiene sentido. Cuando llegues al fondo morirás, y ya no necesitarás fe.

-¿Y cómo me lanzo a ese vacío del que hablas?

-Sólo tienes que aceptar que Dios existe y vivir de acuerdo con ello.

-Pero eso supone que automáticamente debo integrarme en una comunidad de creyentes y admitir una serie de hechos con los que no estoy de acuerdo.

-¿Como cuáles?

-Por ejemplo, lo que se cuenta de ti.

Me miró sonriendo y expectante:

-¿Y qué se cuenta de mí?

-Que Dios dejó embarazada a tu madre, que naciste atravesando su vientre sin tocarlo, que resucitaste después de morir, que subiste al cielo como si fueses un globo sonda; y lo de la transustanciación, lo de la Santísima Trinidad, y un largo etcétera. Y las otras religiones, por el estilo. Soy un hombre serio. Me es imposible creer en esos cuentos tan infantiles.

-Sí -dijo un tanto divertido-, me parece que mis seguidores han embarullado un poco las cosas. Pero no tienes por qué afiliarte a ninguna religión en especial. Puedes ejercer de creyente independiente -me miró un instante muy serio y luego dirigió la vista de nuevo al altar mayor-. Aunque no te

lo aconsejaría. Es algo bastante difícil. También lo sé por experiencia.

-¿Qué puedo hacer entonces?

-Escoge una comunidad que no sea muy complicada. Yo te aconsejaría la musulmana. Es una religión bastante simple - Se volvió hacia mí y se explotó -: La fe necesita ser alimentada, o acaba debilitándose irremediablemente como una planta sin agua. El creyente se fortalece en las ceremonias, las oraciones, los sermones, el saber que otros creen lo mismo, incluso en otras partes de mundo... Todo eso es alimento para su fe. Si lo quitas, ¡plaf! -hizo un gesto con la mano imitando a una burbuja que desaparece en el aire-. Los dioses de la antigüedad se fueron al carajo cuando los emperadores, empujados por los papas, suprimieron su culto.

-No me gusta el dios de los musulmanes. En el Corán se pasa todo el tiempo piropeándose a sí mismo. Además, tiene la *yihad*.

-Hazte judío.

-Tampoco me gusta el dios judío. Yahvé era un ególatra demasiado aficionado a la violencia.

-Pues cree en aquella prostituta que te dijo que era Dios, o puedes irte con los budistas, con los Hare Krishna, o cualquiera de las Iglesias protestantes. El caso es que tengas muchos amigos que compartan contigo las mismas creencias -Se reclinó en el banco y cruzó las manos-. Y aún te queda otra opción: dedícate a la astrofísica.

-¿Astrofísica?

-Reúnete en algún instituto de investigación con esos científicos que estudian el Fondo Cósmico de Microondas y la materia oscura. Es muy interesante, porque pueden tener alguna relación con el origen del universo.

-¿Has dicho el Fondo Cósmico de Microondas? -Yo estaba alucinando.

-Me refiero a esa radiación que inunda todo el universo y que los científicos descubrieron hace ya varias décadas. Andas un poco desfasado, amigo mío. Luego están todas esas historias de la materia oscura, las enanas marrones, los neutrinos... Todo puede estar relacionado con el Big Bang. Si

consigues llegar hasta allí, a lo mejor te encuentras a Dios en el origen de todo.

-No creo que me dé tiempo. Tú lo sabes.

-Siempre te quedan las otras opciones.

Me pasé la mano por la frente.

-Me lo estás poniendo muy difícil. Y si quieres que te sea franco, no puedo entender a un Dios que desea ser adorado, que exija determinados sacrificios, o que se ofenda por lo que los humanos hacemos mal ¿Tiene Dios honor, como nosotros?

Jesús se volvió totalmente hacía mí:

-Escucha. Lo que me cuentas no son más que interpretaciones de los teólogos, esos señores que creen saberlo todo acerca de la divinidad, pobrecillos. No les hagas caso. Dios no es así. Te lo digo yo.

Hizo una pausa, esperando que yo interviniera. Como no lo hice, continuó:

-También puedes quedarte como estás ahora: ateo, agnóstico, o lo que quieras. Lo único que debes hacer es vivir como tal y olvidarte de toda cuestión que huela a algo religioso. No hagas mal a nadie intencionadamente, vive una vida sencilla, únete a todos los que desean cambiar este mundo, no te olvides de dedicar un tiempo para ti mismo y ten mucho contacto con otros que piensen como tú, como tu amigo Tímoti. Así no volverás a sentir la tentación de buscar a Dios. Y sé feliz.

El viejo de la caracola, en la playa del *Embarcadero*, pasó como un relámpago por mi memoria.

Se levantó con su escoba en la mano. Yo no pude resistir el deseo de repetirle la pregunta esencial:

-Pero dime, Jesús, ¿existe Dios, un Dios distinto al que nos ofrecen las religiones?

Suspiró como quien intenta hablar a un alumno idiota.

-Ya te lo he dicho. Si tú quieres, sí.

Y se alejó barriando suavemente las viejas baldosas de la iglesia, sin levantar una sola mota de polvo, hasta desaparecer por la pequeña puerta de la sacristía.

He vuelto a mi habitación de la residencia y me he sentado al sol que entra por la amplia ventana. Frente a mí, a la derecha, tengo el mar, resplandeciente y tranquilo. A mi izquierda, las copas de los pinos que descienden hasta las rocas del fondo, la ciudad y la playa del *Embarcadero*. Lejos, un horizonte de nubes grises que amenazan tormenta para mañana.

He abierto un libro de poemas místicos, como hago otras veces, y he leído con envidia, como siempre, sin darme cuenta de que estoy alimentando mi propia nostalgia. Estoy pensando que ya va siendo hora de que Dios me busque a mí. A él le será más fácil, si de veras existe.

He vuelto a mirar mi vieja caracola sobre la mesita de noche. Luego he tendido la mano hacia ella, despacio, y la he contemplado en silencio. Por fin me he decidido a llevármela a la oreja. El murmullo que se escuchaba en su interior no me ha parecido tan impresionante como aquella vez, en la playa, cuando era un niño de ocho años. En realidad no tenía nada de impresionante.

Y me he visto a mí mismo como un viejo grotesco que toma un teléfono, marca un número imaginario y pregunta:

-¿Oiga? ¿Es usted Dios?

EPÍLOGO

El doctor Vladimiro, joven, bien afeitado, con el pelo muy negro y brillante y la vestimenta blanca de un médico de hospital, entró en el despacho del director después de golpear suavemente la puerta con los nudillos. Saludó y se sentó frente a su mesa. El director, también delgado, pero algo mayor, con una nariz prominente y una barba bien cuidada, se reclinó en su asiento de madera tallada.

-¿Ha terminado su ronda?

-Sí -respondió el joven con desgana.

-Tengo la impresión de que le está costando trabajo acostumbrarse a esto.

-Sólo llevo tres días, pero cuidar enfermos de alzheimer es deprimente. Resulta muy penoso verlos perdidos en un mundo sin referencias que cada día les debe resultar más extraño.

-Afortunadamente, dentro de unos años tendremos fármacos que al menos retrasarán el avance de la enfermedad - le consoló el director.

-Espero no estar aquí tanto tiempo. -El doctor Vladimiro se acercó a una ventana. Abajo, en la amplia zona ajardinada, con paseos y rotondas de sombras refrescantes y bancos de madera, algunos pacientes caminaban del brazo de enfermeros y enfermeras.

-Mírelos -dijo apartando el visillo que cubría los cristales- Parecen muertos vivientes.

El director también se había acercado a la ventana y contemplaba la escena con los brazos cruzados.

-Es muy poco lo que podemos hacer por ellos. Más que médicos parecemos Hermanitas de la Caridad. Comprendo su estado de ánimo.

-Y los que estamos viendo son los que aún se encuentran en la primera fase. O en los comienzos de la segunda. Los otros ya no son más que vegetales.

Un mocetón vestido de blanco apareció por la derecha empujando una silla de ruedas y con un periódico bajo el

brazo. El anciano que iba en la silla llevaba sobre sus piernas una bolsa de tela de saco de color marfil sujeta a su cuello por las asas, y su brazo derecho sostenía un objeto grande sobre su oído. El director señaló con su dedo:

-Ahí está el hombre de la caracola.

-Nadie sabe aquí qué hace con ese objeto en la oreja. ¿Qué se supone que oye con tanto interés?

-Los amigos que le trajeron me contaron una vieja historia: cuando era niño se la había regalado un hombre diciéndole que con ella podía oír la voz de Dios. Desde entonces la tuvo guardada en su casa sin hacerle caso. Luego se la llevó a la residencia. Parece ser que cuando empezó a perder la memoria adquirió el hábito de llevársela al oído. Ahora no sabe lo que está haciendo, pero sigue usándola de un modo mecánico. Sólo se la quita para comer y dormir. La guarda cuidadosamente en esa bolsa que lleva colgada al cuello.

-¿Era un hombre creyente?

-No lo sé. Escuchar a Dios en una caracola no es precisamente un acto religioso.

El doctor Vladimiro observó cómo el enfermero llevaba al anciano cerca de un banco, se sentaba y desplegaba el periódico.

-También lleva un libro -dijo-, pero nunca lo lee. Es realmente patético.

-Yo la he visto leyéndolo a veces, aunque lo más probable es que no se entere de nada. Sin embargo hay alguien que lee en voz alta para él, y nuestro enfermo adopta la actitud de quien escucha atentamente. Incluso mantienen una conversación.

El doctor Vladimiro miró interrogativamente al director del centro.

-Se trata de una mujer bien parecida, yo diría que atractiva, que viene todos los días a verlo. Desde que está aquí no ha faltado ni uno solo.

Como si hubiese pronunciado un conjuro, una mujer apareció por uno de los paseos. El doctor Vladimiro nunca la había visto, así que se quedó sorprendido por su presencia. Llevaba un traje amarillo muy ceñido con una cremallera de

arriba a abajo, tacones altos y un pequeño sombrero del mismo color que el vestido. Andaba contoneándose con soltura sin importarle que sus pechos se movieran descaradamente y se dirigió directamente al enfermero que leía el periódico. Habló unos segundos con él y se sentó junto al enfermo. El ayudante los dejó solos.

Con delicado gesto, ella le quitó la caracola del oído y tomándole la mandíbula le obligó a mirarla, sonrió y habló. Los dos médicos tuvieron la sensación de que el anciano respondía a la mujer, como dos personas normales que mantienen una conversación intrascendente. Ella le acariciaba la cabeza, o bien le apretaba el hombro o le cogía las manos mientras hablaban.

El doctor Vladimiro estaba fascinado.

-¿Comprende lo que quería decirle? -preguntó el director con las manos a la espalda.

-¿Quién es ella? Tiene un aspecto tan...especial.

-No lo sabemos. Se presentó el primer día en recepción diciendo que conocía a nuestro enfermo y que deseaba venir todos los días a verle. La vigilamos durante un tiempo, hasta que nos convencimos de que le hacía bien su presencia. El sigue empeorando, pero se le ve feliz cuando ella aparece.

Abajo, en el banco, la mujer sacó un libro de la bolsa que el anciano llevaba sobre las piernas. Lo abrió al azar. En lo alto de la página había una indicación: "YUNUS EMRE, poeta turco del siglo XIII". La mujer la omitió deliberadamente y comenzó directamente la lectura inclinándose hacia adelante para que su boca, roja de pintura, llegara lo más cerca posible al oído del anciano:

*"Concédeme tal amor
que ya no sepa dónde estoy,
que yo me pierda en mí mismo
y no encuentre a dónde ir.
Deslúmbreme de tal modo
que pierda el hoy y el ayer..."*

La mujer se detuvo, evidentemente sin terminar el poema, cerró el libro con un manotazo de rabia y se reclinó en el banco con los ojos cerrados durante unos instantes. Desde la nada de los siglos, aquellas palabras habían llegado hasta aquí rasgando el presente como un cuchillo implacable. Palabras que ardían y quemaban sus manos y sus sienes con su verdad desnuda y terrible.

Luego se incorporó y se colocó detrás de la silla de ruedas. Allí se limpió la mejilla con un gesto de irritación contenida y empujó la máquina suavemente para darle al anciano un paseo.

El hombre introdujo la mano en la bolsa, sacó la caracola y se la llevó al oído. Se perdieron los dos entre las acacias y los naranjos.

FIN



